

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOECONOMICOS, CESO

(Documento de Seminario)
Seminario Interno del CESO sobre
"Algunos aspectos de la transición
del capitalismo al socialismo"

CARACTER DE LA REVOLUCION DE 1905. LAS ETAPAS DE LA REVOLUCION.
POLEMICA LENIN Y TROTSKY.

(Selección de textos de Lenin y Trotsky)

DOCUMENTO N° 2₀ COMPLEMENTARIO DEL N° 2

-1971-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

336 976 10 (184-4) INDICE DE TEXTOS

- 20-1 Lenin. "La social democracia y el gobierno provisional revolucionario" 23 y 30 de Mayo de 1905. (p. 285 a 302). Texto completo. Obras completas. T. 8. Editorial Cartago, Buenos Aires, 1969.
- 20-2 Lenin. "La dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado" 12 de Abril de 1905. (p. 303 a 314). Texto completo. Obras Completas. T. 8. Op. cit.
- 20-3 Lenin. "Una revolución victoriosa" Mayo, Junio de 1905. (p. 524 a 525). Texto completo. Obras Completas. T. 8. Op. cit.
- 20-4 Lenin. "Tercer paso atrás" 20 de Junio de 1905. (p. 624 a 634). Textos seleccionados. p. 629 a 634. Obras Completas. T. 8. Op. cit.
- 20-5 Lenin. "El proletariado y el campesinado" 23 de Marzo de 1905. (p. 238 a 243). Texto completo. Obras Completas. T. 8. Op. cit.
- 20-6 Lenin. "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática" Junio, Julio de 1905. (p. 13 a 137). Selección de textos. Punto 1, p. 17 a 27. Punto 6, p. 43 a 56. Punto 12, p. 88 a 116. Obras Completas. T. 9. Op. cit.
- 20-7 Lenin. "El socialismo y el campesino" 10 de Octubre de 1905. (p. 309 a 317). Texto completo. Obras Completas. T. 9. Op. cit.
- 20-8 Lenin. "Socialismo pequeño-burgués y socialismo proletario" 25 de Octubre de 1905. (p. 256 a 264). En: "Alianza de la clase obrera y del campesinado". Ed. Lenguas extranjeras. Moscú, 1959. Texto completo.
- 20-9 Lenin. "Preface a la traduction russe de la brochure de Kautsky: Les forces motrices et les perspectives de la revolution russe". Diciembre de 1906. (p. 429 a 439) Texto completo. Obras completas en francés. T. 11. Editions Sociales. París, 1966.
- 20-10 Lenin. "El programa agrario de la socialdemocracia rusa de 1905-1907". Apartado sobre el tema. 136 páginas. Noviembre Diciembre de 1907. Selección de textos. Cap. IV. Pto. 5. Editorial Progreso. Moscú, 19.. (p. 145-146).
- 20-11 Lenin. "L'objectif de la lutte du proletariat dans notre revolution". Marzo de 1909. (P. 385 a 406). Texto completo. Obras completas en francés. T. 15. Op. cit.
- 20-12 Lenin. "A propos des deux lignes de la revolution". Noviembre de 1905. (p. 431 a 436). Texto completo. Obras completas en francés. T. 21. Op. cit.
- 20-13 Lenin. "Rapport sur la revolution de 1905" Enero de 1917. (p. 259 a 277). Texto completo. Obras completas en francés. T. 23. Op. cit.
- 20-14 Lenin. "Cartas desde lejos. La primera etapa de la primera revolución" 7 de Marzo de 1917. (p. 25 a 35). Texto completo. Obras escogidas. T. II. Ed. Lenguas extranjeras. Ed. Progreso. Moscú, 1960.
- 20-15 Lenin. "La revolution socialiste et les droits des nations a disposer d'elles memes". Pto. 6. Trois types de pays par rapport au droit des nations a disposer d'elles memes. (p. 163 a 165). Texto completo del N° 6. Enero, Febrero de 1916. Obras completas en francés. T. 22. Op. cit.
- 20-16 Trotsky. "La revolución permanente". 30 de Noviembre de 1929. Selección de textos. Pag. 27 a 40, 69 a 79, 85 a 97, 108 a 114, 120 a 125, 134 a 138, 149 a 151, 171 a 176. Ediciones Coyoacán. Buenos Aires, 1969.
- 20-17 Trotsky. "1905 et bilan et perspectives". Octubre de 1909. Selección de textos. Preface, p. 7 a 12. Les forces motrices de la revolution russe p. 43 a 59. Nos differends. p. 375 a 385. Editions de Minuit. París, 1969.
- 20-18 Trotsky. "Terrorisme et comunisme". 1920. Selección de textos. Cap. I. Les rapport des forces. Union Générale d'editions. París, 1963.

INDICE DE TEXTOS

- 20-1 Lenin. "La social democracia y el gobierno provisional revolucionario" 23 y 30 de Mayo de 1905. (p. 285 a 302). Texto completo. Obras completas. T. 8. Editorial Cartago, Buenos Aires, 1969.
- 20-2 Lenin. "La dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado" 12 de Abril de 1905. (p. 303 a 314). Texto completo. Obras Completas. T. 8. Op. cit.
- 20-3 Lenin. "Una revolución victoriosa" Mayo, Junio de 1905. (p. 524 a 525). Texto completo. Obras Completas. T. 8. Op. cit.
- 20-4 Lenin. "Tercer paso atrás" 20 de Junio de 1905. (p. 624 a 634). Textos seleccionados, p. 629 a 634. Obras Completas. T. 8. Op. cit.
- 20-5 Lenin. "El proletariado y el campesinado" 23 de Marzo de 1905. (p. 238 a 243). Texto completo. Obras Completas. T. 8. Op. cit.
- 20-6 Lenin. "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática" Junio, Julio de 1905. (p. 13 a 137). Selección de textos. Punto 1, p. 17 a 27. Punto 6, p. 43 a 56. Punto 12, p. 88 a 110. Obras Completas. T. 9. Op. cit.
- 20-7 Lenin. "El socialismo y el campesino" 10 de Octubre de 1905. (p. 309 a 317). Texto completo. Obras Completas. T. 9. Op. cit.
- 20-8 Lenin. "Socialismo pequeño-burgués y socialismo proletario" 25 de Octubre de 1905. (p. 256 a 264). En: "Alianza de la clase obrera y del campesinado". Ed. Lenguas extranjeras. Moscú, 1959. Texto completo.
- 20-9 Lenin. "Preface a la traduction russe de la brochure de Kautsky: Les forces motrices et les perspectives de la revolution russe". Diciembre de 1906. (p. 429 a 435) Texto completo. Obras completas en francés. T. 11. Editions Sociales. París, 1966.

- 20-10 Lenin. "El programa agrario de la socialdemocracia rusa de 1905-1907". Apartado sobre el tema. 130 páginas. Noviembre Diciembre de 1907. Selección de textos. Cap. IV. Pto. 5. Editorial Progreso, Moscú, 19.. (p. 145-149).
- 20-11 Lenin. "L'objectif de la lutte du proletariat dans notre revolution". Marzo de 1909. (P. 385 a 406). Texto completo. Obras completas en francés. T. 15. Op. cit.
- 20-12 Lenin. "A propos des deux lignes de la revolution". Noviembre de 1905. (p. 431 a 436). Texto completo. Obras completas en francés. T. 21. Op. cit.
- 20-13 Lenin. "Rapport sur la revolution de 1905" Enero de 1917. (p. 259 a 277). Texto completo. Obras completas en francés. T. 23. Op. cit.
- 20-14 Lenin. "Cartas desde lejos. La primera etapa de la primera revolución" 7 de Marzo de 1917. (p. 25 a 35). Texto completo. Obras escogidas, T. II. Ed. Lenguas extranjeras. Ed. Progreso, Moscú, 1960.
- 20-15 Lenin. "La revolution socialiste et les droits des nations a disposer d'elles memes". Pto. 6. Trois types de pays par rapport au droit des nations a disposer d'elles memes. (p. 163 a 165). Texto completo del N° 6. Enero, Febrero de 1916. Obras completas en francés. T. 22. Op. cit.
- 20-16 Trotsky. "La revolución permanente". 30 de Noviembre de 1929. Selección de textos. Pag. 27 a 40, 69 a 79, 85 a 97, 108 a 114, 120 a 125, 134 a 138, 149 a 151, 171 a 176. Ediciones Coyocacán. Buenos Aires, 1969.
- 20-17 Trotsky. "1905 et bilan et perspectives". Octubre de 1909. Selección de textos. Preface, p. 7 a 12, Les forces motrices de la revolution russe p. 43 a 59, Nos differenda, p. 375 a 385. Editions de Minuit. París, 1969.
- 20-18 Trotsky. "Terrorisme et comunisme". 1920. Selección de textos. Cap. I. Les rapport des forces. Union Générale d'editions. París. 1963.

LENIN

" TERCER PASO ATRAS"

Obras completas

20 de junio de 1905

T. 3. P. 624 a 634

Editorial Cartago

Buenos Aires, 1969,

Selección de textos.

P. 629 a 634. Clasificación: 20-4

Todos los camaradas conocen, por las resoluciones del III Congreso del POSDR, qué posición hemos adoptado, en el terreno de los principios y en materia de organización, ante la llamada minoría o los neoiskristas. El III Congreso, en el que se hizo hincapié en la necesidad de luchar ideológicamente contra los restos del "economismo", admitió la posibilidad de dar entrada en las organizaciones del partido a adherentes de la minoría, a condición de que aceptaran los congresos del partido y se sometieran a la disciplina de éste. Como esta condición no se ha cumplido, todos los grupos de la "minoría" deben considerarse fuera del partido, lo cual, se entiende, no es obstáculo para llegar a acuerdos prácticos con ellos, si así lo estiman conveniente el CC y los comités locales, sobre la base de los mismos principios que rigen para los acuerdos con el Bund, etc.

Por el momento, sólo podemos facilitar a los camaradas alguna información acerca del grupo de la minoría radicado en el extranjero, que se separó del partido. Inmediatamente después del congreso, el CC se dirigió por carta, tanto a la "Liga" como a los dirigentes del aparato técnico y financiero del partido; pedía a la primera que manifestase su actitud ante el III Congreso, y rogaba a los segundos que pusieran los bienes del partido a disposición del CC. Estas cartas quedaron sin respuesta. Los neoiskristas no tienen empacho en aprovecharse, en nombre de todo el partido, de la imprenta y depósitos de éste, en recibir dinero de la socialdemocracia alemana y del extranjero en general, pero se resisten a dar cuentas al partido sobre el uso de sus bienes y sobre el destino que se da a sus fondos. Creemos que huelga comentar semejante conducta.

En el artículo sobre el III Congreso (núm. 1 de *Proletari**)

* Véase el presente tomo, págs. 517-518. (Ed.)

expresábamos el deseo de que la parte escindida del partido se organizara por lo menos con la mayor cohesión, lo antes posible, ya que en ese caso sería más fácil establecer acuerdos parciales y se despejaría el camino para la futura unidad. Por desgracia, también este deseo nuestro ha resultado casi irrealizable. Las resoluciones de la "conferencia" de la minoría fueron publicadas (véase el interesantísimo folleto titulado *La primera conferencia de los militantes del partido de toda Rusia, suplemento especial del núm. 100 de Iskra*, así como este número del periódico). Recomendamos encarecidamente a todas las organizaciones del partido que lean este folleto, pues sería imposible imaginarse un material mejor para la lucha ideológica contra la parte escindida del partido. Estas resoluciones revelan la incapacidad total de la minoría para organizar siquiera a sus propios partidarios. Ni siquiera fueron capaces de convocar su propia conferencia; la convocamos nosotros, el Buró de Comités de la Mayoría y el CC, mediante el anuncio del III Congreso del partido. ¡Los delegados de las organizaciones mencheviques viajaron al extranjero, por mandato de sus organizaciones, para asistir al congreso, y fueron a parar a la conferencia! ¡La conferencia decidió no aceptar las resoluciones del III Congreso y derogar los estatutos aprobados por el III! La conferencia no pudo constituirse como congreso; sus decisiones son las de una asamblea *deliberante*, y deben ser ratificados por cada organización en particular. Inútilmente se buscará una nómina completa de los participantes en la conferencia, y tampoco existen las actas de las sesiones. Por consiguiente, las organizaciones de la minoría sólo pueden contestar con un sí o un no a la pregunta de si están de acuerdo con tal o cual resolución. Así se votará, y los votantes no tendrán la posibilidad de modificar los textos de las resoluciones ni conocer toda la marcha de los debates respecto de ellas. Solo Dios sabe cómo se hará el cómputo total de dichos votos, que, además, en ciertos casos, pueden diferir en cuanto a la aprobación de una parte de la resolución y a la desaprobación de otra. Es el principio en que se basan los plebiscitos bonapartistas, por oposición al principio de la representación democrática, reconocido en general por los socialdemócratas de todo el mundo. En nuestro partido deliberan y resuelven los representantes de las organizaciones con plenitud de derechos, democráticamente elegidos y obligados a dar cuentas de su gestión. En

el caso de
así como
derechos
difícil con
los social
degenera

Los

y que e

perla. L

en el sig

gente, 5

5) conf

nismos

el cuer

princip

el del

de la

en el

bros,

"grup

¡¡Por

repre

impo

y po

"ant

"el c

ción

de

con

mit

na

de

bo

co

m

m

le

s

s

c

el caso de ellos deliberan y hacen propuestas los representantes, así como los invitados, y las organizaciones con plenitud de derechos sólo dicen sí o no a las resoluciones aprobadas. Sería difícil concebir un sistema más apropiado para desorganizar a los socialdemócratas. En la práctica, este sistema plebiscitario degenera siempre en una comedia.

Los "estatutos de organización" aprobados por la conferencia, y que constan de 13 artículos, son, a su modo, una verdadera perla. Levantan un edificio de partido formado por seis pisos, en el siguiente orden, de abajo arriba: 1) cuerpo colegiado dirigente, 2) comité, 3) asamblea regional, 4) comité regional, 5) conferencia, y 6) comisión ejecutiva. En general, los organismos inferiores eligen a los superiores. Pero las relaciones entre el cuerpo colegiado dirigente y el comité no se rigen por el principio de la elección, sino, según creen los neoiskristas, por el del "convenio" o, tal como nosotros lo vemos, por el principio de la "confusión". Por una parte, todo el comité está incluido en el organismo colegiado dirigente, junto con todos los miembros, no sólo de los comités de distrito, sino también de los "grupos que trabajan entre determinadas capas de la población". ¡¡Por otra parte, "al comité de distrito pertenecerá también un representante del comité"! Por una parte, todas las decisiones importantes deberán partir del organismo colegiado dirigente, y por la otra, en casos urgentes, el comité actuará por su cuenta, "antes de consultar [!] al comité de distrito". En tercer lugar, "el comité está obligado a informar periódicamente de su actuación a los comités de distrito". Si la mayoría de los miembros de los comités de distrito expresan su desconfianza hacia el comité, éste será "reorganizado, por acuerdo mutuo entre el comité regional y el de distrito". No aparecen definidos para nada los derechos ni la composición de las demás organizaciones de partido (incluido el comité de distrito). ¡Se echa por la borda el concepto de miembro del partido, que en el segundo congreso los mencheviques convirtieron en una cuestión fundamental! El principio del "convenio" entre los miembros de la misma organización o el mismo partido, unidos en torno de todos los problemas esenciales del programa y de la táctica, era considerado hasta ahora como un principio del anarquismo. Los socialdemócratas del mundo entero se atenían y siguen ateniéndose, en tales casos, al principio de la subordinación de la mino-

ría a la mayoría. Los neiskristas se proponen brindar al mundo un ejemplo inmortal de cómo estos dos principios pueden mezclarse y revolverse en "el más poético" de los embrollos. No hace mucho cayó por casualidad en nuestras manos un ejemplar de un periódico alemán que ostentaba este lema: *Weder Autorität noch Majorität*, "ni autoridad ni mayoría". Es un principio bastante parecido al de la "organización como proceso" de los neiskristas. El periódico a que nos referimos se titula *Der Anarchist* y es el órgano de los anarquistas alemanes.

Para la elección de la dirección central (el "organismo que unifica todo el trabajo del partido"), los neiskristas optan por el sistema indirecto, mediante electores surgidos de la votación en primera etapa. La comisión ejecutiva no es elegida directamente por los representantes de los cuerpos colegiados dirigentes, ¡sino por una elección en cuatro etapas! Sólo Dios sabe el porqué de esta repentina aversión por las elecciones directas. Hay quien piensa que quizá haya influido en los neiskristas el ejemplo del señor Struve, quien desea implantar, para la cámara alta, un sistema de elecciones generales, pero no directas. También es un misterio, pues los "estatutos" nada dicen acerca de ello, cómo se realizarán estas elecciones en cuatro etapas.

Sería ridículo, por supuesto, tomar en serio tales estatutos, que encierran, además de los apuntados aquí, muchos otros encantos. Jamás serán aplicados. Este vehículo de seis pisos —aun suponiendo que se lograra construir semejante artefacto— no podrá moverse de su lugar. Pero si los estatutos no tienen importancia práctica, la tienen, en cambio, como declaración de principio. Constituyen, en efecto, una espléndida e insuperable ilustración de la famosa teoría de la "organización como proceso". Hasta los ciegos tienen que ver ahora que esa "organización" no es, en realidad, otra cosa que desorganización. Hasta ahora, los mencheviques habían actuado como desorganizadores de sus adversarios, del II Congreso y de los órganos creados por éste. Ahora actúan como desorganizadores de sus propios correligionarios. Esto es lo que se llama, verdaderamente, llevar la desorganización a la categoría de principio.

No nos sorprende que los mencheviques comiencen por infringir sus propios estatutos. No han procedido a dividir a Rusia en regiones. No se eligió, ni siquiera con carácter provisional, una comisión ejecutiva, previa a la confirmación de los

comités y organizaciones. La conferencia eligió una comisión de organización, no prevista en los estatutos, a la que otorgó mandatos especiales. Ahora resultan muy difíciles inclusive los acuerdos provisionales y parciales con los mencheviques, ya que esta comisión de organización no ocupa ningún puesto oficial y los pasos que dé carecen de importancia decisiva. ¡Quien desee tratar con los mencheviques tiene que molestarse en dirigirse a cada organización por separado, e incluso a cada uno de los "panis" que puede decir: "¡no doy mi permiso!"

Por último, lo más asombroso de los "estatutos" de la minoría es la omisión de toda referencia a los órganos de prensa del partido y a las publicaciones del partido en general. Los órganos de prensa existen (son *Iskra* y *Sotsial-Demokrat**), y seguirán existiendo, pero los "estatutos" aprobados por la conferencia no establecen ningún nexo entre ellos y el partido. Es monstruoso, pero así es. Los publicistas se hallan al margen del partido y por encima de él. Nada de control, nada de dar cuentas a nadie, nada de supeditación material. Es algo similar a lo que ocurría en los peores tiempos del oportunismo entre los socialistas franceses; por un lado el partido, por el otro los publicistas. Desde este punto de vista, quizá no parezca accidental la siguiente resolución de la conferencia, a saber, la resolución acerca de las publicaciones de partido (?): "La conferencia considera necesario: 1) que la comisión de organización tome medidas para proporcionar a los publicistas del partido mayores posibilidades para luchar por los principios teóricos del partido en la prensa legal." Es, en cierto modo, un prototipo de organización menchevique: un grupo de "publicistas del partido" no responsables ante nadie e "independientes", irremplazables e inamovibles. ¡Y junto a él, una comisión encargada de... preparar ediciones legales!

Resulta difícil hablar con la necesaria seriedad de este tipo de organización. Cuanto más se acerca la revolución, y con ella la posibilidad de que los socialdemócratas escriban abiertamente en la prensa "legal", con mayor rigor debe velar el partido del proletariado por el principio de la incondicional responsabilidad de los "publicistas del partido" ante éste, de su dependencia con respecto al partido.

* Periódico menchevique; se publicó en Ginebra desde octubre de 1904 hasta octubre de 1905. (Ed.)

En cuanto a las resoluciones de la conferencia en materia de táctica, son una magnífica confirmación de lo que declaró el III Congreso acerca de las tendencias "afines al economismo" en el seno de la socialdemocracia, y de quienes "restringen la empujadura del trabajo del partido". Y no hablémos del increíble desecado con que están redactadas las resoluciones, que parecen más bien ideas trazadas a vuela pluma, aforismos, apuntes y fragmentos de borradores. En este aspecto, sólo el "programa de la Liga de Obreros" podría rivalizar con las resoluciones de la conferencia. Y es que no se trata de directrices claras y precisas impartidas por el órgano superior del partido, sino simplemente... de ejercicios de estilo de unos cuantos publicistas del partido.

Observemos su contenido. Del candente problema de la insurrección no se nos dice que se haya convertido en una "necesidad", que debe discutirse no sólo su importancia política sino también su "aspecto práctico y organizativo", y que para ello hay que "organizar al proletariado" y "crear, en la medida necesaria, grupos especiales" (resolución del III Congreso). Nada de eso. Se nos dice que "está excluida" la posibilidad de fijar la insurrección para un determinado plazo y de prepararla por métodos conspirativos de organización; más adelante se afirma en relación con esto que si se amplía la agitación y la organización, será posible convertir los movimientos espontáneos en "insurrecciones planificadas". ¡Y se pretende que este embrollo confusionista proporcione dirección ideológica al partido del proletariado! El III Congreso del POSDR repite y ratifica todas las antiguas verdades acerca de la propaganda, la agitación, el movimiento democrático general, etc., pero añade a todo eso la nueva misión: organizar al proletariado para la insurrección, explicar el "aspecto práctico y organizativo" de los nuevos métodos de lucha, de la lucha decisiva por la libertad. La conferencia, en cambio, sólo habla de la "preparación de la insurrección" en general, repite las cosas archisabidas acerca de la agitación y la organización en términos generales; no se atreve a plantear por su cuenta ninguna tarea nueva, no ofrece ninguna consigna orientadora acerca de la necesidad de dar un paso hacia adelante y, concretamente, pasar de la organización general, de la que venimos hablando desde 1902, al enfoque práctico y organizativo del asunto. Exactamente igual que los viejos "econo-

mistas". Cuando aparecieron en el escenario nuevos objetivos de la lucha política, fueron subestimados, divididos en etapas, subordinados a los objetivos de la lucha económica.

No hay que limitarse a la lucha económica, sino acometer también la lucha política en sus formas más amplias y más audaces, decían los socialdemócratas revolucionarios. El mejor medio para la agitación política es la lucha económica, replicaban los "economistas". No basta con la propaganda y la agitación en general, dicen ahora los socialdemócratas revolucionarios, no basta con explicar la importancia política de la insurrección, sino que es preciso proceder, además, a crear grupos especiales, abordar inmediatamente el trabajo práctico de organización, "tomar las más enérgicas medidas para armar al proletariado". Está excluida la posibilidad de una insurrección planificada, contestan los neoiskristas; debemos ampliar la agitación, fortalecer la organización, preparar las cosas para convertir el movimiento espontáneo en un movimiento planificado; sólo sobre esta base "podrá acercarse el momento de la insurrección", "podrán los preparativos técnicos de lucha llegar a adquirir una importancia más o menos digna de ser tomada en serio".

¡Para ellos, aún no se "ha acercado" el momento de la insurrección! ¡Para ellos, "los preparativos técnicos de lucha podrán llegar a adquirir una importancia más o menos digna de ser tomada en serio"! ¿Qué es esto, sino política seguidista de la más pura cepa? ¿Qué es esto, sino una degradación de la "inaplazable" tarea (en opinión del III Congreso) para cuya realización aún hemos hecho tan espantosamente poco? ¿Acaso esta gente no retrocede de la insurrección a la agitación, exactamente lo mismo que los "economistas" retrocedían de la lucha política a la lucha económica contra los patronos y el gobierno? Léase cómo el señor Struve, en el núm. 71 de *Osvobozhdenie*, retrocede ante la consigna de la "insurrección armada", cómo este portavoz de la burguesía liberal niega que la insurrección sea inevitable (pág. 340), cómo trata de minimizar la importancia de la "revolución en su aspecto técnico", cómo "ahonda" la consigna de la insurrección con la referencia a las "condiciones psicológico-sociales", cómo sustituye esta consigna por la de "impregnar a las masas con las ideas de la transformación democrática", y se comprenderá qué influencia corruptora tiene que ejercer sobre

el proletariado el seguidismo de los neoisristas, y a quién beneficia.

El segundo problema político urgente es el del gobierno provisional revolucionario. La resolución del III Congreso lo formula clara y nitidamente. El preámbulo habla de la lucha por la república; se dice que ésta sólo podrá conquistarse si la insurrección tiene pleno éxito; se señala la necesidad de que la asamblea constituyente sea convocada por un gobierno provisional revolucionario, que garantice elecciones libres y normales; se hace constar la necesidad de prepararse para la lucha contra la burguesía en defensa de las conquistas revolucionarias. Conclusiones y directivas del congreso: hacer comprender al proletariado la necesidad de un gobierno revolucionario provisional. El proletariado debe exigirle medidas definidas con claridad: la realización de todo el programa mínimo. La participación de la socialdemocracia en el gobierno (acción "desde arriba") es admisible; la finalidad de esta participación aparece señalada en forma inequívoca (combatir implacablemente la contrarrevolución y defender los intereses independientes de la clase obrera). De modo no menos inequívoco se señalan las condiciones para esta participación: la condición formal es el riguroso control del partido; la condición material, o sea, la que determina la eficacia de la participación, mantener inquebrantablemente la independencia de la socialdemocracia y preparar las condiciones para la revolución socialista. Esta enumeración de las condiciones para participar en el gobierno, de las condiciones para actuar desde arriba, como una forma nueva de actividad, característica de la época revolucionaria, aparece complementada por la referencia a las formas y objetivos de la presión continua desde abajo, necesaria en cualesquiera circunstancias; de la presión que debe ejercer sobre el gobierno provisional revolucionario el proletariado en armas, dirigido por la socialdemocracia. Es, en su conjunto y a grandes rasgos, la respuesta completa a un interrogante político nuevo, una caracterización exacta de la importancia de las nuevas formas de lucha, de su meta, del programa de esa lucha y de las condiciones en que estas nuevas formas de lucha deben emplearse.

Veamos, ahora, lo que nos dice la resolución de la conferencia. Comienza haciendo la afirmación escandalosamente falsa de que "la victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo"

podrá caracterizarse, bien por el establecimiento de un gobierno provisional, "o bien por la iniciativa revolucionaria de una institución representativa, que, bajo la presión revolucionaria directa del pueblo, decida organizar una asamblea constituyente, elegida por el pueblo en su totalidad".

Se puede y se debe dar al partido orientaciones de orden táctico, tanto para el caso de la victoria, como para la derrota de la insurrección, tanto para el caso de que se convoque por la vía revolucionaria una asamblea realmente constituyente, como para el caso de que el zar convoque una caricatura de representación popular. Pero calificar de victoria decisiva algo que carece del elemento esencial para la victoria no es guiar, sino extraviar la conciencia revolucionaria. Cualquier "decisión" de cualquier institución representativa, de organizar una asamblea constituyente, estará tan lejos de la victoria decisiva como las palabras de los hechos, pues el gobierno zarista conserva en sus manos el poder de impedir que las palabras se conviertan en hechos. La resolución de los neoiskristas es idéntica a la afirmación de los viejos "economistas", cuando decían que sería una victoria decisiva de los obreros la conquista de la jornada de ocho horas, o que el gobierno les concediera la jornada de diez horas, de la que luego pasarían a la de nueve.

La resolución de la conferencia repite las irrefutables tesis del marxismo sobre el carácter burgués de la revolución democrática, pero las interpreta de un modo demasiado estrecho, o incorrecto. En vez de la combativa consigna de la "república", se nos ofrece una descripción del proceso de "liquidación del régimen monárquico". En lugar de señalar las condiciones y tareas del nuevo método de lucha "desde arriba", que puede y debe emplearse si la insurrección proletaria triunfa en la época de la revolución, se nos presenta la tesis de "seguir siendo el partido de la extrema oposición revolucionaria". Es una tesis muy útil para la lucha parlamentaria y para la acción desde abajo, pero a todas luces insuficiente para la época de la insurrección. En esa época, la tarea de la "oposición" consiste en derrocar al gobierno por la violencia, problema acerca del cual, sin embargo, la conferencia no fue capaz de ofrecer una consigna orientadora.

Si bien admite una "toma del poder" parcial y episódica en ciudades y distritos, la resolución de la conferencia abandona el "principio" de la nueva *Iskra*, según el cual participar en un

gobierno provisional revolucionario al lado de la burguesía es traicionar al proletariado, caer en la corriente de Millerand, etc. Pero la traición no deja de serlo porque sea episódica y parcial. Y circunscribir esta tarea a unos cuantos distritos y ciudades no la resuelve, sino que dispersa la atención, divide al problema único en una serie de problemas parciales y lo embrolla. Por último, la consigna de "comunidades revolucionarias", formulada en la resolución de la conferencia, se parece mucho, por su vaguedad, a una mera frase, al contrario de lo que ocurre con la consigna de dictadura revolucionario-democrática del proletariado y el campesinado.

La resolución de los neiskristas sobre el gobierno provisional revolucionario adolece de los mismos males que la referente a la insurrección: incapacidad para determinar las nuevas tareas tácticas impuestas por la situación, repetición de cosas archisabidas, en vez de exhortación a marchar hacia adelante, falta de una consigna orientadora para la clase más avanzada en la revolución democrática; subestimación de las tareas y de la envergadura de la actividad de esta clase, de su entusiasmo y su energía revolucionarios. La tendencia política de esta errónea línea táctica consiste en acercar el neiskristismo a los conceptos de *Oscobozhdenie*, en ceder a la burguesía liberal el papel dirigente en la revolución democrática y en convertir al proletariado en simple apéndice suyo.

Este error fundamental se manifiesta también en las resoluciones menos importantes de la conferencia. Por ejemplo, en vez de la consigna: conquista, por medios revolucionarios, de la jornada de ocho horas (resolución del III Congreso), se formula simplemente la vieja consigna de la agitación por la implantación legislativa de la jornada de ocho horas, consigna insuficiente en la situación actual. En lugar de la inmediata organización de comités revolucionarios de campesinos, sólo se propone presentar en la asamblea constituyente la exigencia de su creación. En vez de la consigna de luchar contra la inconsecuencia, las limitaciones y la insuficiencia del movimiento burgués por la libertad, dondequiera se manifiesten estas características (resolución del III Congreso), la resolución de la conferencia reincide en el error de Starover y plantea la quimérica tarea de encontrar el "papel de tornasol", de enumerar una serie de "puntos" que, caso de darse, autoricen a considerar al demócrata burgués como

amigo sincero del pueblo. Por supuesto, los "puntos" de la resolución de la nueva *Iskra* han revelado inmediatamente que distan mucho de ser completos. Falta entre ellos la consigna de la república. Y resulta que un grupo democrático como la "Unión de Liberación de Rusia" (*Proletari*, núm. 4*) se ajusta a dichos "puntos", aunque en realidad no exista la menor garantía contra el predominio en él de los elementos de *Oscobozhdenie*.

Como es natural, en un artículo de periódico no podemos hacer otra cosa que esbozar en lineamientos muy breves y generales el error fundamental que impregna toda la línea táctica del neoiskrismo, tal como se expresa en las resoluciones de la conferencia. Todo lo que tiene de ridículo su "organización como proceso" lo tienen de serio e importante para el partido las erróneas tendencias de su táctica. Por lo tanto, estudiaremos a fondo esas tendencias en un folleto especial que se halla ya en prensa y que aparecerá muy pronto**.

Proletari, núm. 6, 3 de julio
(20 de junio) de 1905.

Se publica de acuerdo con el
texto manuscrito, traducido del
francés.

* Véase el presente tomo, págs. 378-389. (Ed.)

** Alude a *Dos tácticas de la socialdemocracia*, que apareció a fines de julio de 1905. (Ed.)

LENIN

**"DOS TACTICAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA
EN LA REVOLUCION DEMOCRATICA"**

Obras completas

Junio-julio de 1905

T. 9. P. 13 a 137

Editorial Cartago

Buenos Aires, 1969

Selección de textos. Clasif: 2^o-6

P. 17 a 27 (cap. 1), P. 43 a 56 (cap. 6)

P. 88 a 99 (cap. 12), P. 99 a 110 (cap. 13)

En los actuales momentos revolucionarios está a la orden del día la convocatoria de una asamblea constituyente elegida por todo el pueblo. Las opiniones divergen cuando se trata de determinar cómo hay que resolver dicho problema. Se manifiestan tres tendencias políticas. El gobierno zarista admite la necesidad de convocar a los representantes del pueblo, pero no desea en absoluto permitir que esa asamblea sea de todo el pueblo, ni constituyente. Al parecer, aceptaría, si se da crédito a las noticias periodísticas sobre la labor de la Comisión Bulguin*, una asamblea consultiva elegida sin libertad de agitación y mediante un sistema electoral basado en condiciones restrictivas o en los estamentos. El proletariado revolucionario, por cuanto está dirigido por la socialdemocracia, exige el paso total del poder a la asamblea constituyente, y con este fin lucha por lograr no sólo el sufragio universal y la completa libertad de agitación, sino también el derrocamiento inmediato del gobierno zarista y su sustitución por un gobierno provisional revolucionario. Por último, la burguesía liberal, que expresa sus aspiraciones por boca de los jefes del "Partido demócrata constitucionalista"*, no exige el derrocamiento del gobierno zarista, no propugna la consigna de gobierno provisional, ni insiste en garantías efectivas para que las elecciones sean completamente libres y justas, para que la asamblea de los representantes pueda realmente ser de todo el pueblo y constituyente. En el fondo, la burguesía liberal, único apoyo social serio de la tendencia de *Osvobozhdenie*, trata de conseguir una transacción, lo más pacífica posible, entre el zar y el pueblo revolucionario y, además, una transacción tal que deje

* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.* t. III, nota 5. (Ed.)

en sus manos la mayor parte posible del poder, y la menor posible en las del pueblo revolucionario, el proletariado y los campesinos.

Tal es la situación política actual. Tales son las tres tendencias políticas principales, correspondientes a las tres fuerzas sociales principales de la Rusia contemporánea. Hemos hablado más de una vez en *Proletari* (números 3, 4 y 5) *, de cómo los adeptos de *Ostobozsdenie* encubren con frases seudodemocráticas su política ambigua, o, para hablar en forma más franca y directa, su política desleal, de traición a la revolución. Veamos ahora cómo conciben los socialdemócratas las tareas del momento. En este sentido constituyen un material excelente las dos resoluciones recién aprobadas por el III Congreso del POSDR y por la conferencia del sector que se separó del partido. Es de enorme importancia saber cuál de estas resoluciones es más acertada en la apreciación del momento político y en la definición de la táctica del proletariado revolucionario; y todo socialdemócrata que desee cumplir a conciencia su papel de propagandista, agitador y organizador, debe estudiar con suma atención este problema, dejando a un lado todas las consideraciones secundarias.

Se entiende por táctica de un partido su conducta política, es decir, el carácter, la orientación y los procedimientos de su actuación política. Las resoluciones tácticas son aprobadas por el congreso del partido para precisar la conducta política del partido en su conjunto, en relación con las nuevas tareas o en vista de una nueva situación política. Una nueva situación de esta naturaleza ha sido creada por la revolución iniciada en Rusia, es decir, por la divergencia completa, tajante y franca entre la inmensa mayoría del pueblo y el gobierno zarista. El nuevo problema consiste en saber cuáles son los métodos prácticos que deben emplearse para convocar una asamblea realmente popular y constituyente (lo cual, desde el punto de vista teórico, ya fue resuelto oficialmente por la socialdemocracia en su programa, hace mucho tiempo y antes que todos los otros partidos). Si el pueblo se ha divorciado del gobierno y las masas adquirieron conciencia de la necesidad de instaurar un nuevo régimen, el partido que se im-

* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, tomo VIII "Lucha revolucionaria y comunistas liberales", "Las tareas democráticas del proletariado revolucionario" y "Primeros pasos de la traición de la burguesía". (Ed.)

puso el objetivo de derribar al gobierno debe pensar que el gobierno remplazará al antiguo, al que sea derrocado. Surge el nuevo problema del gobierno provisional revolucionario. Para resolverlo de manera completa, el partido del proletariado consciente debe aclarar, primero, la significación del gobierno provisional revolucionario en la revolución que se está desarrollando y en la lucha general del proletariado; segundo, su actitud ante el gobierno provisional revolucionario; tercero, las condiciones precisas de la participación socialdemócrata en ese gobierno; cuarto, las condiciones para presionar a dicho gobierno desde abajo, es decir, en el caso de que la socialdemocracia no participe en él. Sólo cuando se esclarezcan todos estos aspectos, la conducta política del partido en este terreno será una conducta ajustada a sus principios, clara y firme.

Veamos, pues, cómo soluciona estas cuestiones la resolución del III Congreso del POSDR, cuyo texto completo transcribimos:

"Resolución sobre el gobierno provisional revolucionario"

"Considerando:

"1) que tanto los intereses inmediatos del proletariado como los intereses de su lucha por los objetivos finales del socialismo exigen la libertad política más completa posible y, por consiguiente, la sustitución de la forma de gobierno autocrática por la república democrática;

"2) que la instauración de la república democrática en Rusia sólo es posible por medio de una insurrección popular victoriosa, cuyo órgano será el gobierno provisional revolucionario, único capaz de garantizar una amplia libertad de agitación electoral y convocar, sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto, una asamblea constituyente que exprese realmente la voluntad del pueblo;

"3) que esta revolución democrática en Rusia, dado el actual régimen económicosocial, no debilitará, sino que fortalecerá la dominación de la burguesía, la cual intentará inevitablemente, en un momento dado, sin detenerse ante nada, arrebatarse al proletariado de Rusia la mayor parte posible de las conquistas del período revolucionario;

"El III Congreso del POSDR resuelve:

a) es necesario difundir entre la clase obrera una idea concreta de la marcha más probable de la revolución y de la necesidad

de que, en un momento determinado de la misma, surja un gobierno provisional revolucionario, al cual el proletariado exigirá la realización de todas las reivindicaciones políticas y económicas inmediatas de nuestro programa (programa mínimo);

b) de acuerdo con la correlación de fuerzas y otros factores que no es posible predeterminar, es admisible la participación de representantes de nuestro partido en el gobierno provisional revolucionario, con el fin de luchar implacablemente contra todos los intentos contrarrevolucionarios y defender los intereses propios de la clase obrera;

c) condiciones indispensables para esta participación son el control riguroso del partido sobre sus representantes y la salvaguardia constante de la independencia de la socialdemocracia, que aspira a la revolución socialista completa y es, por lo tanto, enemiga irreconciliable de todos los partidos burgueses;

d) prescindiendo de que sea o no posible la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario, se debe propagar entre las más vastas capas del proletariado la idea de que es necesario que el proletariado armado, dirigido por la socialdemocracia, presione constantemente al gobierno provisional, con el fin de mantener, consolidar y extender las conquistas de la revolución".

2. ¿QUE NOS BRINDA LA RESOLUCION DEL III CONGRESO DEL POSDR SOBRE EL GOBIERNO PROVISIONAL REVOLUCIONARIO?

La resolución del III Congreso del POSDR, como lo indica su título, está íntegra y exclusivamente dedicada al gobierno provisional revolucionario; esto es, la participación en el mismo de la socialdemocracia aparece aquí como un aspecto de la cuestión. Por otra parte, dado que la resolución trata sólo del gobierno provisional revolucionario y no de otra cosa, no incluye en absoluto cuestiones como la "conquista del poder" en general y otras. ¿Ha obrado bien el Congreso al eliminar este último problema y otros análogos? Por cierto que sí, pues la situación política de Rusia no las pone en manera alguna a la orden del día. Por el contrario, el problema cuya urgente solución plantea todo el pueblo es el de derrocar a la autocracia y convocar a una asamblea

constituyente. Los congresos del partido no tienen por qué solucionar los problemas que plantea, oportunamente o no, uno u otro escritor, sino, aquellos que asumen una importancia política vital en virtud de las condiciones dadas y como consecuencia de la marcha objetiva del desarrollo social.

¿Qué significa el gobierno provisional revolucionario en la revolución actual y en la lucha general del proletariado? La resolución del Congreso lo explica e indica desde el comienzo la necesidad de que exista la "libertad política más completa posible", tanto desde el punto de vista de los intereses inmediatos del proletariado como en cuanto a los "objetivos finales del socialismo". Pero, como señala el programa de nuestro partido, la libertad política completa presupone la sustitución de la autocracia zarista por la república democrática. Tanto desde el punto de vista lógico como en el terreno de los principios, resulta necesario subrayar la consigna de la república democrática en la resolución del congreso, pues el proletariado, como combatiente de avanzada por la democracia, trata de conquistar precisamente la libertad completa; además, subrayarlo en estos momentos es más conveniente aun porque hoy enarbolan la bandera de la "democracia" los monárquicos, es decir, el Partido "demócrata" constitucionalista u *Ostobozhdenie*. Para instaurar la república es imprescindible convocar la asamblea de los representantes populares, asamblea que debe ser de todo el pueblo (sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto) y constituyente. Así lo señala más adelante la resolución del Congreso. Pero no se detiene en esto. Para establecer un nuevo régimen que "exprese efectivamente la voluntad del pueblo", no basta con dar a la asamblea representativa la denominación de constituyente: es preciso que dicha asamblea tenga poder y fuerza para "constituir". Conciente de ello, la resolución del Congreso no se limita a la consigna formal de "asamblea constituyente", sino que enuncia cuáles son las únicas condiciones materiales que permitirán que dicha asamblea cumpla su misión. Es una necesidad imperiosa especificar las condiciones en que una asamblea constituyente nominal puede convertirse en auténtica asamblea constituyente, ya que la burguesía liberal, personificada por el Partido monárquico constitucionalista, falsea deliberadamente como ya hemos indicado más de una vez, la consigna de asamblea

constituyente de todo el pueblo, reduciéndola a una formulación sin contenido.

La resolución del Congreso dice que solo un gobierno provisional revolucionario, a condición de que sea el órgano de la insurrección popular victoriosa, es capaz de garantizar una amplia libertad de agitación durante la campaña electoral, de convocar una asamblea que exprese realmente la voluntad del pueblo. ¿Es justa esta tesis? Quien intente ponerla en tela de juicio debe afirmar que el gobierno zarista puede no apoyar a la reacción, que es capaz de mantenerse neutral durante las elecciones, de preocuparse por dar expresión real a la voluntad del pueblo. Tales afirmaciones son tan absurdas que nadie se atreverá a defenderlas públicamente, pero los partidarios de *Osvobozhdenie* las hacen pasar bajo cuerda, escudándose con la bandera liberal. Alguien debe convocar a la asamblea constituyente; las elecciones libres y justas deben ser garantizadas por alguien; alguien debe otorgar a esa asamblea la totalidad de la fuerza y el poder; sólo un gobierno revolucionario, órgano de la insurrección, puede querer con absoluta sinceridad la convocatoria y poseer fuerzas que le permitan recurrir a todos los medios para llevarla a cabo. Inevitablemente el gobierno zarista se opondrá a ello. Un gobierno liberal, que hubiera concertado una transacción con el zar y no se apoyara por entero en la insurrección popular, no sería capaz de desearlo sinceramente, e incluso en el caso de que sí lo deseara, no sería capaz de realizarlo. Por consiguiente, la resolución del Congreso da la única consigna democrática acertada y consecuente.

Pero, la apreciación de lo que significa el gobierno provisional revolucionario sería incompleta e inexacta si se perdiera de vista el carácter de clase de la revolución democrática. Por eso, la resolución agrega que la revolución fortalecerá el dominio de la burguesía, hecho inevitable bajo el régimen actual, es decir, el régimen económico-social capitalista. Pero el resultado inevitable del fortalecimiento de la dominación de la burguesía sobre un proletariado que ha conquistado cierto grado de libertad política, será una lucha encarnizada entre ambos por el poder, y frenéticas tentativas de la burguesía para "arrebatar al proletariado las conquistas del período revolucionario". Al luchar por la democracia, a la vanguardia y al frente de todos, el proletario-

riado no debe olvidar un solo instante las nuevas contradicciones y la nueva lucha latentes en la democracia burguesa.

La significación del gobierno provisional revolucionario es apreciada, pues, de un modo cabal en la parte de la resolución que examinamos, tanto en su posición con respecto a la lucha por la libertad y la república, como en las que sostiene con respecto a la asamblea constituyente y a la revolución democrática, que desbrozará el camino para una nueva lucha de clases.

¿Cuál debe ser, entonces, la posición del proletariado en general con respecto al gobierno provisional revolucionario? La resolución del Congreso responde, ante todo, con el consejo directo al partido de difundir entre la clase obrera la convicción de que se necesita un gobierno provisional revolucionario. La clase obrera debe tener conciencia de esta necesidad. Mientras que la burguesía "democrática" deja en segundo plano el derrocamiento del gobierno zarista, nosotros debemos colocarlo en primer lugar e insistir en la necesidad de instituir un gobierno provisional revolucionario. Es más, debemos indicar el programa de acción de ese gobierno, de modo que corresponda a las condiciones objetivas del período histórico que estamos atravesando y a los fines de la democracia proletaria. Dicho programa es todo el programa mínimo de nuestro partido, el programa de las transformaciones políticas y económicas inmediatas, completamente realizables, por una parte, sobre la base de las relaciones económico sociales existentes, y necesarias, por otra, para dar el paso siguiente, para hacer realidad el socialismo.

Así, pues, la resolución define claramente el carácter y los fines del gobierno provisional revolucionario. Por su origen y por sus características fundamentales, dicho gobierno debe ser el órgano de la insurrección popular. Por su destino formal, debe servir de instrumento para convocar la asamblea constituyente de todo el pueblo. Por el contenido de su actuación, debe realizar el programa mínimo de la democracia proletaria, único capaz de defender los intereses del pueblo alzado contra la autocracia.

Pueden objetarnos que al gobierno provisional, por ser provisional, no le corresponde realizar un programa positivo no aprobado aún por todo el pueblo. Tal objeción sólo sería un sofisma de los reaccionarios y los "absolutistas". No llevar a cabo ningún programa positivo, significa tolerar la existencia de los métodos feudales propios de la autocracia podrida. Sólo podría tolerarlo

un gobierno de traidores a la causa de la revolución, no un gobierno que fuera el órgano de la insurrección popular. ¡Sería burla que alguien propusiese renunciar al ejercicio de la libertad de reunión hasta que ésta sea reconocida por la asamblea constituyente, so pretexto de que la asamblea constituyente puede no reconocerla! Una burla análoga sería objetar la aplicación inmediata del programa mínimo por el gobierno provisional revolucionario.

Anotemos, por último, que, al fijar como tarea del gobierno provisional revolucionario la aplicación del programa mínimo, la resolución descarta las absurdas ideas semianarquistas de realizar en seguida el programa máximo y de conquistar el poder para llevar a cabo la revolución socialista. El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de conciencia y organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva, indisolublemente ligada a la anterior), hacen imposible la inmediata y absoluta liberación de la clase obrera. Sólo la gente más ignorante puede no tener en cuenta el carácter burgués de la revolución democrática que se está desarrollando; sólo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras los objetivos del socialismo y los métodos para lograrlos. Pero todos nosotros estamos persuadidos de que la emancipación de los obreros sólo puede ser obra de los obreros mismos; sin la conciencia y organización de las masas, sin su preparación y educación por medio de la franca lucha de clases contra toda la burguesía, no puede haber revolución socialista. Y para contestar a las objeciones anarquistas de que aplazamos la revolución socialista, diremos: no la aplazamos, sino que damos el primer paso hacia ella por el único procedimiento posible, por la única senda acertada, por la senda de la república democrática. Quien desee llegar al socialismo por otro camino que no sea el de la democracia política, formulará inevitablemente conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político. Si en un momento determinado ciertos obreros nos preguntan por qué no realizamos nuestro programa máximo, les contestaremos señalándoles cuán ajenas al socialismo son aún las masas del pueblo, impregnadas de un espíritu democrático, cuán poco desarrolladas se hallan aún las contradicciones de clase, cuán poco organizados están aún los proletarios. ¡Organicen a centenares de miles de

obreros en toda Rusia, conquisten la simpatía de millones de personas por el programa! Traten de cumplir esta tarea sin limitarse a una sonora pero hueca fraseología anarquista, y en seguida verán que llevar a cabo esa labor de organización, y difundir esa educación socialista, depende de la realización más completa posible de las transformaciones democráticas.

Continuemos. Una vez aclarada la significación del gobierno provisional revolucionario y la actitud del proletariado al respecto, surge la siguiente pregunta: ¿es admisible, y en qué condiciones, nuestra participación en dicho gobierno (acción desde arriba)? ¿Cuál debe ser nuestra acción desde abajo? La resolución da respuesta exacta a ambas preguntas. Declara categóricamente que, en principio, la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario (en el período de la revolución democrática, en el período de la lucha por la república) *es admisible*. Con esta declaración nos separamos irrevocablemente tanto de los anarquistas, que, en principio, contestan negativamente a esta pregunta, como de los "seguidistas" de la socialdemocracia (al estilo de Martinov y los neoiskristas), que *trataron de intimidarnos* con la perspectiva de una situación en la cual dicha participación pudiera resultarnos ineludible. Con esta declaración, el III Congreso del POSDR rechazó categóricamente la idea de la nueva *Iskra*, según la cual, la participación de los socialdemócratas en el gobierno provisional revolucionario es una variante del millerandismo², teóricamente inadmisibles porque constituye una consagración del sistema burgués, etc.

Pero, por supuesto, resolver que algo es teóricamente admisible, no basta para solucionar el problema de su conveniencia práctica. ¿En qué condiciones es conveniente ese nuevo método de lucha, la lucha "desde arriba", aceptada por el congreso del partido? Se sobreentiende que ahora resulta imposible hablar de condiciones concretas tales como la correlación de fuerzas y otras, y la resolución, claro está, renuncia a prefijar dichas condiciones. Ninguna persona sensata se decidirá a pronosticar nada en el momento actual con respecto al tema que nos ocupa. Pueden y deben definirse el carácter y los fines de nuestra participación. Es lo que hace la resolución al indicar dos de esos fines: 1) lucha implacable frente a los intentos contrarrevolucionarios, y 2) defensa de los intereses propios de la clase obrera. Cuando los burgueses liberales comienzan a ocuparse con afán de la psico-

logía de la reacción (véase la muy edificante *Carta abierta* del señor Struve en el núm. 71 de *Ostobozhdenie*) y se empeñan en intimidar al pueblo revolucionario e incitarlo a mostrarse dócil ante la autocracia, es particularmente oportuno que el partido del proletariado recuerde el objetivo de la guerra que hoy sostenemos con la contrarrevolución. En último término, sólo la fuerza resuelve los grandes problemas de la libertad política y la lucha de clases, y debemos preocuparnos de preparar y organizar esa fuerza y de emplearla en forma activa, no sólo defensiva, sino también ofensiva. La prolongada época de reacción política, que reina en Europa casi sin interrupción desde la Comuna de París, nos ha familiarizado demasiado con la idea de que sólo es posible la acción "desde abajo", nos ha acostumbrado demasiado a considerar la lucha sólo desde el punto de vista defensivo. Ahora entramos, sin duda alguna, en una nueva época: se ha iniciado un período de conmociones políticas y revoluciones. En un período como el que vive Rusia es inadmisible regirse por los viejos clisés. Hay que difundir la idea de la acción desde arriba, prepararse para las acciones ofensivas más enérgicas, estudiar las condiciones y las formas de dichas acciones. Dos de estas condiciones son las que coloca en primer plano la resolución del Congreso: una se refiere al aspecto formal de la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario (riguroso control del partido sobre sus representantes); otra, al carácter de dicha participación (no perder de vista ni un instante la meta: la revolución socialista completa).

Por lo tanto, después de haber aclarado en todos los aspectos la política del partido en la acción "desde arriba" —nuevo procedimiento de lucha, casi sin precedentes—, la resolución también prevé la posibilidad de que no logremos actuar desde arriba. En todo caso, estamos obligados a presionar desde abajo sobre el gobierno provisional revolucionario. Para ejercer esa presión, el proletariado debe estar armado —pues en los momentos revolucionarios la situación desemboca con insólita rapidez en una auténtica guerra civil—, y dirigido por la socialdemocracia. El objetivo de esa presión armada es "mantener, consolidar y extender las conquistas de la revolución", es decir, las conquistas que, desde el punto de vista de los intereses del proletariado, deben consistir en la aplicación de nuestro programa mínimo en su conjunto.

Con esto terminamos nuestro breve examen de la resolución del III Congreso sobre el gobierno provisional revolucionario. Como ve el lector, esta resolución aclara, tanto la significación del nuevo problema, como la posición del partido del proletariado con respecto al mismo y la política del partido dentro del gobierno provisional revolucionario y fuera de él.

Analicemos ahora la resolución de la "conferencia" sobre el mismo tema.

6. «DESDE DONDE AMENAZA AL PROLETARIADO EL PELIGRO DE VERSE CON LAS MANOS ATADAS EN LA LUCHA CONTRA LA BURGUESIA INCONSECUENTE?»

Los marxistas están absolutamente convencidos del carácter burgués de la revolución rusa. ¿Qué significa esto? Significa que las transformaciones democráticas en el régimen político y las transformaciones económicasociales, que se han convertido en una necesidad para Rusia, no implican por sí solas el quebrantamiento del capitalismo, no minarán la dominación de la burguesía; por el contrario, por primera vez desbrozarán el terreno en forma apropiada para un desarrollo vasto y rápido, europeo y no asiático, del capitalismo; por primera vez harán posible la dominación de la burguesía como clase. Los socialistas revolucionarios no pueden comprender esta idea porque desconocen el abecé de las leyes de desarrollo de la producción mercantil y capitalista, no perciben que ni siquiera el éxito completo de la insurrección campesina, ni siquiera la redistribución de toda la tierra en interés de los campesinos y de acuerdo con sus deseos ("redistribución general", o algo por el estilo), destruiría al capitalismo, sino que, por el contrario, impulsaría su desenvolvimiento y aceleraría la diferenciación de clase de los campesinos mismos. El no comprender esta verdad convierte a los socialistas revolucionarios en ideólogos inconcientes de la pequeña burguesía. Insistir sobre esta verdad tiene para la socialdemocracia una importancia inmensa, no sólo teórica, sino también práctica, pues de aquí se desprende que la total independencia clasista del partido del proletariado en el presente movimiento "democrático general", es una condición indispensable.

Pero de esto no se desprende, ni mucho menos, que la revolución democrática (burguesa por su contenido económico-social) no sea de un interés enorme para el proletariado. De esto no se desprende, ni mucho menos, que la revolución democrática no se pueda producir de manera que favorezca preferentemente al gran capitalista, al magnate financiero, al terrateniente "ilustrado", o bien de manera ventajosa para el campesino y para el obrero.

Los neoskristas interpretan de un modo radicalmente erróneo el sentido y la significación de la categoría revolución bur-

guesa. En sus razonamientos se desliza constantemente la idea de que la revolución burguesa sólo puede beneficiar a la burguesía. Nada más erróneo que esta idea. La revolución burguesa no va más allá del marco del régimen económico-social burgués, esto es, capitalista, y expresa las necesidades de su desarrollo no sólo porque no destruye las bases del capitalismo sino porque, por el contrario, las ensancha y profundiza. Esta revolución expresa, entonces, no sólo los intereses de la clase obrera, sino también los de toda la burguesía. Por cuanto la dominación de la burguesía sobre la clase obrera es inevitable bajo el capitalismo, se puede decir, con pleno derecho, que la revolución burguesa expresa los intereses no tanto del proletariado como de la burguesía. Pero la idea de que la revolución burguesa no expresa en lo más mínimo los intereses del proletariado es completamente absurda. Esta idea repite la ancestral teoría populista de que la revolución burguesa se halla en pugna con los intereses del proletariado, motivo por el cual no necesitaríamos de la libertad política burguesa, o bien repite al anarquismo, que niega toda participación del proletariado en la política, en la revolución y en el parlamentarismo burgueses. Teóricamente, esta idea implica un olvido de las tesis elementales del marxismo relativas a la inevitabilidad del desarrollo capitalista sobre la base de la producción mercantil. El marxismo enseña que una sociedad basada en la producción mercantil y que ha establecido el intercambio con las naciones capitalistas civilizadas, al alcanzar cierto grado de desarrollo se coloca inevitablemente en la senda del capitalismo. El marxismo ha roto irrevocablemente con las lucubraciones de los populistas y anarquistas, según las cuales Rusia, por ejemplo, podría evitar el desarrollo capitalista, sortear el capitalismo o pasarlo por alto, por algún medio que no sea el de la lucha de clases en el terreno y dentro de los límites de ese mismo capitalismo.

Todas estas tesis marxistas han sido detalladamente demostradas y repetidas, tanto en general como en particular, con respecto a Rusia. Y de ellas se deduce que buscar la salvación de la clase obrera en algo que no sea el mayor desarrollo del capitalismo, es una idea *reaccionaria*. En países como Rusia, la clase obrera sufre no tanto del capitalismo como del insuficiente desarrollo capitalista. Por eso, la clase obrera está plenamente interesada en el desarrollo más amplio, libre y rápido del capita-

lismo y para ella es *beneficiosa* la eliminación de todos los vestigios del pasado que entorpecen ese desarrollo. La revolución burguesa es, precisamente, la que con más decisión barre los restos de lo antiguo, los vestigios del feudalismo (a los cuales pertenece no sólo la autocracia, sino también la monarquía) y de modo más completo asegura el desarrollo amplio, libre y rápido del capitalismo.

Por eso, la revolución burguesa es sumamente *beneficiosa* para el proletariado, *absolutamente* necesaria para sus intereses. Cuanto más completa y decidida, cuanto más consecuente sea la revolución burguesa, más garantías tendrá el proletariado en su lucha contra la burguesía por el socialismo. Esta conclusión sólo puede parecerles nueva, extraña o paradójica a quienes ignoran el abecé del socialismo científico. Y de esta conclusión, dicho sea de paso, se desprende también la tesis de que, en cierto sentido, la revolución burguesa es *más beneficiosa* para el proletariado que para la burguesía. He aquí en qué sentido es indiscutible esta tesis: a la burguesía, para enfrentar a la clase obrera, le conviene apoyarse en algunas de las supervivencias del pasado, por ejemplo, en la monarquía, en el ejército regular, etc. A la burguesía le conviene que la revolución burguesa no haga con demasiado vigor todas las supervivencias del pasado, sino que deje en pie algunas de ellas; es decir, que esa revolución no sea del todo consecuente, no sea llevada hasta el final, no sea decidida e implacable. Los socialdemócratas suelen expresar esta idea de un modo algo distinto al decir que la burguesía se traiciona a sí misma, que la burguesía traiciona la causa de la libertad, que la burguesía es incapaz de desarrollar una democracia consecuente. A la burguesía le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democrático-burgués, se produzcan de manera más lenta, gradual y cautelosa, menos resuelta, por medio de reformas y no de la revolución; que esos cambios sean lo más prudentes posible con respecto a las "honorables" instituciones de la época feudal (tales como la monarquía); que impulsen lo menos posible la acción independiente, la iniciativa y energía revolucionarias de los hombres del pueblo, es decir los campesinos y en particular los obreros, a quienes de lo contrario les será más fácil "cambiar de hombre el fusil", como dicen los franceses, esto es, dirigir contra la propia burguesía el arma que la revolución burguesa ponga en sus manos, la libertad que

ella les dé, las instituciones democráticas que broten en el terreno desbrozado de feudalismo.

Por el contrario, a la clase obrera le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democrático-burgués se realicen no por medio de reformas, sino por la vía revolucionaria, pues el camino reformista es el camino de las dilaciones, los aplazamientos, la agonía dolorosa y lenta de los miembros podridos del organismo popular nacional, y los que más sufren con ese lento proceso de agonía son el proletariado y los campesinos. El camino revolucionario es la operación más rápida y menos dolorosa para el proletariado, la amputación de los miembros podridos, el camino de mínimas concesiones y cautelas con respecto a la monarquía y a sus infames instituciones que envenenan la atmósfera con su descomposición.

He aquí por qué nuestra prensa liberal burguesa, no sólo por miedo a la censura, no sólo por miedo a las autoridades, deplora la posibilidad de un camino revolucionario, teme a la revolución, asusta al zar con la revolución, procura evitar la revolución, se humilla y se prosterna servilmente en aras de reformas mezquinas como base del camino reformista. Sostienen este punto de vista no sólo *Rússkie Viédomosti**, *Sin Otiéchestva**, *Nasha Zhizn****, *Nashi Dni****, sino también la ilegal *Osvobozhdenie*, que no pasa por la censura. La situación de la burguesía como clase en la sociedad capitalista, engendra inevitablemente su inconsecuencia en la revolución democrática. La situación del proletariado como clase, lo obliga a ser democrata consecuente. La burguesía teme el progreso democrático, que amenaza con fortalecer al proletariado, y por eso vuelve la vista

* *Sin Otiéchestva* ("Hijo de la Patria"): periódico de tendencia liberal que se publicó en Petersburgo desde 1856 a 1900 y más tarde, a partir del 18 de noviembre (1 de diciembre) de 1904. Contó con la colaboración de los adeptos de *Osvobozhdenie* y de diversos populistas. Desde el 15 (28) de noviembre de 1905 fue órgano del partido de los socialistas revolucionarios y el 2 (15) de diciembre de ese año fue clausurado. (Ed.)

** *Nasha Zhizn* ("Nuestra vida"): periódico liberal publicado irregularmente desde 1904 a 1906. (Ed.)

*** *Nashi Dni* ("Nuestros días"): periódico liberal que se publicó en Peterburgo en 1904 y 1905. A fines de ese año se reanudó su publicación, pero sólo aparecieron dos números. (Ed.)

hacia atrás. El proletariado nada tiene que perder, excepto sus cadenas *, y, con ayuda de la democracia, todo un mundo por ganar. Por eso, cuanto más consecuente es la revolución burguesa en sus transformaciones democráticas, menos se limita a lo que beneficia exclusivamente a la burguesía. Cuanto más consecuente es la revolución burguesa, tanto más garantiza las ventajas del proletariado y los campesinos en la revolución democrática.

El marxismo no enseña al proletariado a mantenerse al margen de la revolución burguesa, a no participar en ella, a entregar su dirección a la burguesía, sino que, por el contrario le enseña a participar en ella del modo más energético y luchar con la mayor decisión por la democracia proletaria consecuente, por llevar la revolución hasta su término. No podemos salirnos del marco democraticoburgués de la revolución rusa, pero podemos ensancharlo en proporciones colosales, podemos y debemos, dentro de sus límites, luchar por los intereses del proletariado, por la satisfacción de sus necesidades inmediatas y por las condiciones que posibilitarán la preparación de sus fuerzas para la futura victoria completa. Hay democracia burguesa y democracia burguesa. El monárquico de los zares, partidario de una cámara alta, que "reclama" el sufragio universal y concierta en secreto una transacción con el zar para obtener una constitución mutilada, es un democrata burgués. El campesino que con las armas en la mano se alza contra los terratenientes y funcionarios, y con "republicanismo ingenuo" propone "echar al zar"**, es también un democrata burgués. Hay regímenes democraticoburgueses tales como el de Alemania y el de Inglaterra; como el de Austria y el de Norteamérica o Suiza. Bueno sería el marxista que en el período de la revolución democrática no percibiera esta diferencia entre los grados del democratismo y entre los caracteres de sus diferentes formas, y se limitara a "discurrir con gran ingenio" a propósito de que, pese a todo, se trata de una "revolución burguesa", del fruto de una "revolución burguesa".

Pues bien, nuestros neoisristas son sabihondos de esa indole que se vanaglorian de su miopía. Se limitan a discurrir sobre el

* Véase C. Marx y F. Engels, *ob. cit.*, pág. 35. (Ed.).

** Véase *Orcobozhdanie*, núm. 71, pág. 337, nota 2.

carácter burgués de la revolución, cuando lo que se requiere es saber establecer una diferencia entre la democracia burguesa republicana revolucionaria y la monárquica liberal, sin hablar ya de la diferencia entre el democratismo burgués inconsecuente y el democratismo proletario consecuente. Se contentan — como si se hubieran convertido verdaderamente en “hombres enfundados”^{*} — con disquisiciones melancólicas sobre el “proceso de lucha recíproca entre las clases antagónicas”, cuando se trata de dar una *dirección democrática* a la revolución actual, de destacar las *consignas democráticas de vanguardia* para diferenciarlas de las consignas traicioneras del señor Struve y Cia., para indicar de un modo directo y tajante las tareas inmediatas de la lucha verdaderamente revolucionaria del proletariado y los campesinos, a diferencia de las componendas liberales de los terratenientes y fabricantes. En esto consiste ahora la esencia del problema, que ustedes, señores, han pasado por alto: ¿en que nuestra revolución se vea coronada por una verdadera y grandiosa victoria, o tan sólo por una transacción mezquina; en que culmine en la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado, o “pierda sus fuerzas” en una constitución liberal a lo Shípov!

A primera vista, pero sólo a primera vista, puede parecer que al plantear esta cuestión nos apartamos por completo de nuestro tema. En realidad, es en esta cuestión precisamente donde radica la divergencia de principio que se ha delineado ya, ahora, de una manera concreta, entre la táctica socialdemócrata del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia y la táctica fijada en la conferencia de los neoiskristas. Estos últimos han dado ya, ahora, no dos sino tres pasos atrás, pues resucitan los errores del “economismo” en su forma de resolver los problemas más complejos, importantes y vitales para el partido obrero: los de su táctica en el período de la revolución. He aquí por qué es necesario detenernos con toda atención en el examen de la cuestión planteada.

^{*} El hombre enfundado, personaje de un cuento de igual título de A. Chéjov. Tipo de funcionario de cortos alcances con miedo a toda innovación e iniciativa. (Ed.)

La parte de la resolución neoisrista que hemos reproducido, señala el peligro de que la socialdemocracia se encuentre con las manos atadas en la lucha contra la política inconsecuente de la burguesía, de que se diluya en la democracia burguesa. La idea de ese peligro constituye el leitmotiv de la literatura específicamente neoisrista, es el verdadero eje, en el terreno de los principios, de la escisión de nuestro partido (desde que los elementos de querrela personal que hubo en esta escisión quedaron relegados a último término ante los elementos de viraje hacia el "economismo"). Reconocemos sin ambages que ese peligro es real, que ahora, en el apogeo de la revolución rusa, ese peligro ha tomado un carácter particularmente grave. A todos nosotros, los teóricos, o, como por lo que a mí se refiere preferiría decir, los escritores de la socialdemocracia, nos incumbe la tarea inaplazable y extraordinariamente responsable de analizar de qué lado, en realidad, amenaza ese peligro. Porque el origen de nuestra divergencia no reside en el debate a propósito de si existe o no dicho peligro, sino en la discusión acerca de si lo engendra el seguidismo de la "minoría" o el revolucionarismo de la "mayoría".

Para evitar tergiversaciones y malentendidos, consignemos, ante todo, que el peligro de que hablamos no reside en el aspecto subjetivo, sino en el objetivo de la cuestión, no en la posición formal que la socialdemocracia ocupe en la lucha, sino en el desenlace material de toda la lucha revolucionaria actual. No se trata de saber si tales o cuales grupos socialdemócratas quieren diluirse en la democracia burguesa. No creemos que ningún socialdemócrata aliente semejante desecho; por lo demás, no se trata de deseos, ni mucho menos. Tampoco de si tal o cual grupo socialdemócrata conservará en el transcurso de la revolución su autonomía formal, su propia fisonomía, su independencia con respecto a la democracia burguesa. Esos grupos pueden no sólo proclamar dicha "independencia", sino también mantenerla formalmente y, sin embargo, las cosas pueden ocurrir de tal modo que se vean con las manos atadas en la lucha contra la inconsecuencia de la burguesía. La revolución puede tener un resultado político definitivo tal que la socialdemocracia, aunque conserve plenamente su "independencia" formal, su propia fisonomía como organización partidaria, no sea independiente en la práctica, carezca de fuerza para imprimir a la marcha de los acontecimientos el

sello de su independencia proletaria, resulte tan débil que en el conjunto, en el balance definitivo, su "dilución" en la democracia burguesa sea, no obstante, un hecho histórico.

He ahí el peligro real. Y ahora examinemos de qué lado nos amenaza: ¿del lado de la desviación de la socialdemocracia hacia la derecha, personificada por la nueva *Iskra*, como creemos nosotros, o del de la desviación hacia la izquierda, personificada por la "mayoría", por *Vperiod*, etc., como creen los neoisikristas?

La respuesta a este interrogante, como hemos indicado, está dada por la combinación objetiva de la acción de las distintas fuerzas sociales. El carácter de estas fuerzas está determinado, en el aspecto teórico, por el análisis marxista de la realidad rusa, y en el aspecto práctico, actualmente, por las acciones públicas de los grupos y clases en la marcha de la revolución. Ahora bien, el análisis teórico, efectuado por los marxistas mucho antes de ahora, y las observaciones prácticas sobre el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios nos muestran que, desde el punto de vista de las condiciones objetivas, existen dos cursos y dos desenlaces posibles de la revolución en Rusia. La transformación del régimen económico y político del país en el sentido democrático-burgués es inevitable e ineludible. No hay fuerza en el mundo capaz de impedirla. Pero, de la acción combinada de las fuerzas existentes, creadoras de esa transformación, pueden resultar dos desenlaces, pueden producirse dos formas de transformación. Una de dos: 1) las cosas terminarán con la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo", o 2) no habrá suficientes fuerzas para la victoria decisiva, y las cosas terminarán con un arreglo entre el zarismo y los elementos más "inconsecuentes" y "egoistas" de la burguesía. La infinita variedad de imprevisibles detalles y combinaciones se reduce, en suma, a uno de estos dos desenlaces.

Analicemos ahora ambas posibilidades: primero, desde el punto de vista de su significación social y, después, teniendo en cuenta la situación de la socialdemocracia (que se "diluya" o que se encuentre "maniatada") en uno u otro caso.

¿Qué es la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo"? Ya explicamos que, al emplear esta expresión, los neoisikristas no la comprenden ni siquiera en su sentido político inmediato. Menos todavía parecen comprender el contenido de clase de este concepto. Porque nosotros, los marxistas, no debemos dejarnos

seducir en ningún caso por las palabras "revolución" o "gran revolución rusa", como lo hacen hoy muchos demócratas revolucionarios (por el estilo de Capón). Debemos formarnos una idea exacta de las fuerzas sociales reales que se enfrentan con el "zarismo" (que es una fuerza real y tangible para todos) y que son capaces de obtener la "victoria decisiva" sobre el mismo. Estas fuerzas no pueden serlo la gran burguesía, los terratenientes, los fabricantes, la "sociedad" que sigue a los adeptos de *Oscobozhdenie*. Vemos que ellos ni siquiera desean una victoria decisiva. Sabemos que son incapaces, por su posición de clase, de desarrollar una lucha decisiva contra el zarismo: para ir a la lucha decisiva, la propiedad privada, el capital, la tierra, son un lastre demasiado pesado. Tienen demasiada necesidad del zarismo, con sus fuerzas policiales, burocráticas y militares, que emplean contra el proletariado y los campesinos, para que puedan desear su destrucción. No, la fuerza capaz de obtener la "victoria decisiva sobre el zarismo" sólo puede serlo el pueblo, es decir, el proletariado y los campesinos, si tomamos las fuerzas grandes y fundamentales y distribuimos entre ellas la pequeña burguesía rural y urbana (asimismo parte del "pueblo"). "La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" es la *dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado*. Nuestros neokristas no podrán eludir esta conclusión, indicada hace ya tiempo por *Vperiod*. No hay otra fuerza capaz de obtener la victoria decisiva sobre el zarismo.

Y esa victoria será, precisamente, una dictadura: es decir, deberá apoyarse inevitablemente en la fuerza de las armas, en las masas armadas, en la insurrección, y no en algunas instituciones creadas "por la vía legal", "por la vía pacífica". Sólo puede ser una dictadura, porque la implantación de los cambios inmediata y absolutamente necesarios para el proletariado y el campesinado provocará una enconada resistencia de los terratenientes, la gran burguesía y el zarismo. Sin dictadura será imposible aplastar esa resistencia, rechazar los intentos contrarrevolucionarios. Pero, por supuesto, no será una dictadura socialista, sino una dictadura democrática, la cual no podrá alterar (sin pasar por toda una serie de grados intermedios de desarrollo revolucionario) las bases del capitalismo. En el mejor de los casos, podrá llevar a cabo una redistribución radical de la propiedad de la tierra a favor de los campesinos, implantar una de-

democracia consecuente y completa hasta llegar a la república, desarraigando, no sólo de la vida del campo sino también del régimen de la fábrica, todas las características de la bárbara opresión feudal, iniciar un auténtico mejoramiento en la situación de los obreros y elevar su nivel de vida y, finalmente, *last but not least**, extender la hoguera revolucionaria a Europa. Semejante victoria no convertirá aún, ni mucho menos, nuestra revolución burguesa en socialista; la revolución democrática no sobrepasará inmediatamente el marco de las relaciones económicas sociales burguesas; pero, no obstante, tendrá una importancia gigantesca para el desarrollo futuro de Rusia y del mundo entero. Nada elevará a tal altura la energía revolucionaria del proletariado mundial, nada acortará tanto el camino que conduce a su victoria total como esa victoria decisiva de la revolución que se ha iniciado en Rusia.

Hasta qué punto es probable esa victoria, es ya otra cuestión. En este aspecto estamos muy lejos de ser propensos al optimismo insensato: no olvidamos en ningún momento las enormes dificultades de este objetivo, pero, al ir a la lucha, debemos desear la victoria y saber señalar el verdadero camino que conduce a ella. Las tendencias capaces de conducir a esa victoria existen, indiscutiblemente. Es verdad que nuestra influencia, la de los socialdemócratas, sobre las masas del proletariado, es aún muy insuficiente; el influjo revolucionario sobre las masas campesinas es insignificante; la dispersión, el atraso, la ignorancia del proletariado y sobre todo de los campesinos, son aún terriblemente grandes. Pero la revolución cohesiona e instruye con rapidez. Cada paso en su desarrollo despierta a las masas y las atrae con vigor irresistible hacia el programa revolucionario, el único que expresa de modo consecuente y acabado sus verdaderos intereses vitales.

Una ley de la mecánica establece que la acción es equivalente a la reacción. En la historia, la fuerza destructora de la revolución depende también, y no poco, de la fuerza y duración del período de aplastamiento de las aspiraciones de libertad, de la profundidad que adquieran las contradicciones entre la "superestructura" antediluviana y las fuerzas dinámicas actuales.

* El último, pero no el menos importante.

Y la situación política internacional, va siendo en muchos aspectos, la más ventajosa para la revolución rusa. La insurrección de los obreros y campesinos ha empezado ya; se halla dispuesta espontánea, débil, pero demuestra de modo indiscutible e ineludible la existencia de fuerzas capaces de entablar la lucha decisiva y por una victoria decisiva.

Si esas fuerzas resultaran insuficientes, el zarismo podría certar el arreglo que ya están preparando desde un extremo los señores Buliguin, y desde otro los señores Struve. Entonces las cosas terminarían con una constitución mutilada o, en el peor de los casos, con una parodia constitucional. Eso también sería una "revolución burguesa", pero de nacimiento prematuro, aborto, un engendro monstruoso. La socialdemocracia no se deja ilusiones, conoce la naturaleza traicionera de la burguesía, se desalienta ni abandona su labor tenaz, paciente y firme por la educación clasista del proletariado, aun en los más graves días de bienaventuranza burguesa constitucional a lo "Shipov". El desenlace se parecería, más o menos, al de casi todas las revoluciones democráticas europeas del siglo XIX, y en tal caso el desarrollo de nuestro partido seguiría una senda ardua, de larga, pero conocida y frecuentada.

Cabe ahora preguntar en cuál de estos dos desenlaces posibles la socialdemocracia se vería, en la práctica, con las manos atadas frente a la burguesía inconsecuente y egoísta. ¿Se vería en verdad "diluida", o casi diluida, en la democracia burguesa?

Basta formular esta pregunta de un modo claro para contestarla inmediatamente sin dificultad.

Si la burguesía consigue que la revolución rusa fracase por medio de un arreglo con el zarismo, entonces la socialdemocracia se verá realmente con las manos atadas frente a la burguesía inconsecuente; la socialdemocracia se verá "diluida" en la democracia burguesa en el sentido de que el proletariado no conseguirá imprimir su nítido sello a la revolución, no conseguirá ajustar las cuentas al zarismo a la manera proletaria o, como decía en su tiempo Marx, "a la plebeya".

Si se logra la victoria decisiva de la revolución, entonces ajustaremos las cuentas al zarismo a la manera jacobina o, si se quiere, a la plebeya. "Todo el terrorismo francés — escribía Marx

en 1848, en la famosa *Neue Rheinische Zeitung** no fue sino un procedimiento plebeyo para ajustar las cuentas a los enemigos de la burguesía: al absolutismo, al feudalismo y al filisteísmo". (Véase: Marx, *Nachlass*, edición de Mehring, tomo III, pág. 211.) ** ¿Han pensado alguna vez en la significación de estas palabras de Marx aquellos que intimidan a los obreros socialdemócratas rusos con el espantajo del "jacobinismo" en la época de la revolución democrática?

Los girondinos de la actual socialdemocracia rusa, los neois-kristas, no se funden con los partidarios de *Ostobozhdenie*, pero en la práctica, como consecuencia del carácter de sus consignas, marchan a la zaga de los mismos. Y el grupo de *Ostobozhdenie*, es decir, los representantes de la burguesía liberal, quieren desembarazarse de la autocracia suavemente, a la manera reformista, haciendo concesiones, sin ofender a la aristocracia, a la nobleza, a la corte, con cautela, sin romper nada, amable y cortésmente, de un modo señorial, con guantes blancos (como los que se puso sacados de manos de un esbirro, el señor Petrunkiévich en la recepción ofrecida a los "representantes del pueblo" (?) por Nicolás el Sanguinario*. Véase *Proletari*, núm. 5***).

Los jacobinos de la socialdemocracia actual —los bolcheviques, los partidarios de *Vperiod*, el grupo del Congreso, o los partidarios de *Proletari*, ya no sé cómo decirlo— quieren elevar con sus consignas a la pequeña burguesía revolucionaria y republicana y, sobre todo, al campesinado, hasta el nivel de la democracia consecuente del proletariado, el cual conserva íntegramente sus rasgos específicos de clase. Quieren que el pueblo, es decir, el proletariado y los campesinos, ajuste las cuentas a la monarquía y la aristocracia "a la plebeya", aniquilando sin cuartel a los enemigos de la libertad, aplastando por la fuerza su resistencia, sin hacer concesión alguna a la maldita herencia de la servidumbre, de la barbarie asiática y la degradación humana.

* Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. II, nota 4. (Ed.)

** Alusión al libro *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle*, Herausgegeben von Franz Mehring, Band III, Stuttgart, 1902 S. 211 ("De la herencia literaria de Carlos Marx, Federico Engels y Ferdinand Lassalle, bajo la dirección de F. Mehring", t. 3, pág. 211, Stuttgart, 1902, pág. 211.) (Ed.)

*** Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. VIII, "Revolucionarios de guante blanco". (Ed.)

Esto no significa, en modo alguno, que propongamos imitar a toda costa a los jacobinos de 1793, adoptar sus concepciones, programa, consignas, métodos de acción. Nada de eso. El nuestro no es un programa viejo, sino nuevo: el programa mínimo del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Tenemos una consigna nueva: la democrática dictadura revolucionaria del proletariado y los campesinos. Tendremos también, si vivimos hasta la verdadera victoria de la revolución, nuevos métodos de acción que corresponderán al carácter y a los fines del partido de la clase obrera, partido que aspira a la revolución socialista total. Con nuestra comparación sólo deseamos aclarar que los socialdemócratas, representantes de la clase avanzada del siglo XX, del proletariado, se dividen también en las dos alas (oportunistas y revolucionaria) en que se dividía la burguesía, representante de la clase avanzada del siglo XVIII, es decir, en girondinos y jacobinos.

Sólo en el caso de victoria completa de la revolución democrática, el proletariado no se encontrará con las manos atadas en la lucha contra la burguesía inconsecuente; sólo en ese caso no se "diluía" en la democracia burguesa, sino que imprimirá a toda la revolución su sello proletario, o, para decirlo más exactamente, el sello proletario-campesino.

En una palabra, para no verse con las manos atadas en la lucha contra la inconsecuente democracia burguesa, el proletariado debe ser lo suficientemente consciente y fuerte como para elevar hasta la conciencia revolucionaria al campesinado, dirigir su acometida, realizar así de un modo independiente la democracia consecuentemente proletaria.

Así está planteada la cuestión, con tan poca fortuna resuelta por los neoiskristas, sobre el peligro de encontrarnos con las manos atadas en la lucha contra la burguesía inconsecuente. La burguesía será siempre inconsecuente. Nada hay más cándido y estéril que estipular los puntos o condiciones * cuya ejecución permitiría considerar a la democracia burguesa sincera amiga del pueblo. Sólo el proletariado puede luchar consecuentemente por la democracia, pero para que esa lucha culmine en la victoria las

* Como intentó hacerlo Starovier en su resolución *, anulada por el III Congreso, y como lo hace la conferencia en una resolución no menos desafortunada.

masas campesinas deben unírsele. Si al proletariado no le alcanzan las fuerzas para lograrlo, la burguesía se pondría al frente de la revolución democrática y le daría un carácter inconsecuente y egoísta. No hay otro medio de impedirlo que la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y los campesinos.

Así, pues, llegamos a la conclusión indudable de que la táctica neoiskrista, por su significación objetiva, *hace el juego a la democracia burguesa*. Predicar la dispersión organizativa — que llega hasta los plebiscitos, hasta el principio de la conciliación, hasta separar del partido la literatura partidaria — mediante la subestimación de los objetivos de la insurrección armada, la confusión de las consignas políticas populares del proletariado revolucionario con las de la burguesía monárquica, la tergiversación de las condiciones para la "victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo" —, todo esto tomado en conjunto, da como resultado una política sequidista en un período revolucionario, que desorienta y desorganiza al proletariado, lleva el desconcierto a su conciencia, menoscaba la táctica de la socialdemocracia, en vez de indicar el único camino hacia la victoria y agrupar en torno de la consigna del proletariado a todos los elementos revolucionarios y republicanos del pueblo.

• • •

Para confirmar esta conclusión a que nos llevó el análisis de la resolución, abordemos el problema desde otros ángulos. Veamos, en primer lugar, de qué manera un menchevique cándido y sincero ilustra la táctica neoiskrista en el periódico georgiano *Sotsial-Demokrat*, y, en segundo lugar, quién recurre, en la práctica, en la actual situación política, a las consignas de la nueva *Iskra*.

12. ¿DISMINUIRA EL ALCANCE DE LA REVOLUCION DEMOCRATICA SI LA BURGUESIA LE DA LA ESPALDA?

Estaban ya escritas las lineas precedentes cuando recibimos las resoluciones de la conferencia de los neoiskristas del Cáucaso, publicadas por *Iskra*. *Pour la bonne bouche* (para postre) no podíamos imaginar una documentación mejor.

La Redacción de *Iskra* observa con razón: "En la cuestión fundamental de la táctica, la Conferencia del Cáucaso ha adoptado una decisión *análoga* [¡es verdad!] a la tomada por la Conferencia [es decir, la de la nueva *Iskra*]. La posición de la socialdemocracia con respecto al gobierno provisional revolucionario ha sido resuelta por los camaradas caucasianos en el sentido de la más franca oposición al nuevo método preconizado por el grupo *Vperiod* y por los delegados al llamado congreso que se adhirieron a dicho grupo. Debemos calificar de *muy acertada* la formulación de la Conferencia sobre la táctica del partido proletario en la revolución burguesa.

Lo que es verdad, es verdad. Nadie hubiera podido lograr una formulación más "acertada" del error capital de los neoiskristas.

Vamos a citar esta formulación completa, destacando primero entre paréntesis las flores y presentando luego los frutos al final.

Resolución de la conferencia de los neoi-kristas del Cáucaso sobre el gobierno provisional:

"Considerando que nuestra misión consiste en utilizar la situación revolucionaria para profundizar [¡sí, naturalmente!, sólo que deberían agregar: profundizar a la manera de Martínov] la conciencia socialdemócrata en el proletariado [¿únicamente para profundizar la conciencia y no para conquistar la república? ¿Qué "profunda" comprensión de la revolución!], la Conferencia, con el fin de garantizar al partido la más completa libertad de crítica al régimen estatal burgués naciente [¡garantizar la república no es cosa nuestra! Nuestra misión es únicamente garantizar la libertad de crítica. Las ideas anarquistas engendran el lenguaje anarquista: ¡el régimen "estatal burgués"!], se pronuncia contra la formación de un gobierno provisional socialdemócrata y contra la participación en el mismo [acuérdense de la resolución de los bakuninistas que cita Engels, adoptada diez meses antes de la revolución española; véase *Proletari*, núm. 3 *] y juzga que lo más conveniente es ejercer desde fuera [desde abajo y no desde arriba] una presión sobre el gobierno provisional burgués, para democratizar tanto como sea posible [¿?] el régimen estatal. La Conferencia estima que la formación de un gobierno provisional por los socialdemócratas o la entrada de éstos en dicho gobierno, por un lado, alejaría del Partido Socialdemócrata a las grandes masas del proletariado, que se sentirían desilusionadas, pues la socialdemocracia, a pesar de la toma del poder, no podría satisfacer las necesidades vitales de la clase obrera hasta que se realizara el socialismo [¡la república no es una necesidad vital! ¡Los autores no advierten, en su inocencia, que emplean un lenguaje puramente anarquista, como si negasen la posibilidad de participar en las revoluciones burguesas!] y, por otro lado, OBLIGARÍA A LAS CLASES BURGUESAS A DAR LA ESPALDA A LA REVOLUCIÓN Y CON ELLO DISMINUIRÍA SU ALCANCE."

* En ese número se publicó el artículo de Lenin "Sobre el gobierno provisional revolucionario" (véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, t. VIII) donde cita el trabajo de Engels *Los bakuninistas en acción. Apuntes sobre la insurrección del verano de 1873 en España*, en el que se critica la resolución de los bakuninistas mencionada por Lenin. (Ed.).

Este es el quid de la cuestión: aquí es donde las ideas anarquistas se entrelazan (como también les ocurre continuamente a los bernsteinianos de la Europa occidental) con el más neto oportunismo. Figúrense: ¡no participar del gobierno provisional por lo que eso obligaría a la burguesía a volver la espalda a la revolución, con lo cual disminuiría su alcance! Aquí tenemos, pues, ante nosotros, expuesta por entero, en forma neta y coherente, esa filosofía de la nueva *Iskra* según la cual, puesto que la revolución es burguesa, debemos inclinarnos ante la ramplonería burguesa y cederle la acera. Si nos dejamos guiar, siquiera parcialmente, siquiera un minuto, por la consideración de que nuestra participación puede obligar a la burguesía a dar la espalda a la revolución, cedemos totalmente la hegemonía en la revolución a las clases burguesas. De esa manera sometemos al proletariado a la tutela de la burguesía (¡¡preservándonos la plena "libertad de crítica"!), y lo forzamos a ser moderado y dócil para evitar que la burguesía vuelva la espalda. Castramos las necesidades más vitales del proletariado, precisamente sus necesidades políticas, nunca bien comprendidas por los "economistas" y sus epígonos, para que la burguesía no vuelva la espalda. Del terreno de la lucha revolucionaria por la realización de la democracia en los límites necesarios al proletariado, pasamos totalmente al terreno del regateo con la burguesía, comprando mediante nuestra traición a los principios, a la revolución, el consentimiento benévolo de la burguesía ("para que no vuelva la espalda").

En pocas líneas, los neoiskristas del Cáucaso han sabido expresar la esencia de la táctica encaminada a traicionar a la revolución y convertir al proletariado en un lamentable apéndice de las clases burguesas. Lo que hemos deducido más arriba de los errores del neoiskrismo como tendencia, se erige ahora ante nosotros en un principio claro y concreto: ¡a la zaga de la burguesía monárquica! Como la instauración de la república obligaría (y obliga ya: ejemplo, el señor Struve) a la burguesía a volver la espalda a la revolución, ¡abajo la lucha por la república! Como toda reivindicación democrática del proletariado sostenida enérgicamente y llevada hasta el fin obliga siempre y en todas partes del mundo a la burguesía a volver la espalda, ¡escóndanse en sus agujeros, camaradas obreros, actúen solamente desde fuera, no piensen en utilizar para la revolución las armas y los procedimientos

tos del régimen "estatal burgués", y conserven la "libertad de crítica".

Aquí se manifiesta el error fundamental en la interpretación misma de los términos "revolución burguesa". La "interpretación" de Martinov o de la nueva *Iskra* lleva directamente a traicionar la causa del proletariado en interés de la burguesía.

Quien haya olvidado el antiguo "economismo", quien no lo estudie o no se acuerde de él, difícilmente podrá comprender la actual reincidencia en el "economismo". Recuerden el Credo bernsteiniano. De los puntos de vista y de los programas "puramente proletarios", esa gente había extraído la siguiente conclusión: para nosotros, socialdemócratas, la economía, la causa obrera, la libertad de crítica toda politiquería, la verdadera profundización de la labor socialdemócrata; para ellos, para los liberales, la política. Dios nos libre de caer en el "revolucionarismo"; eso obligaría a la burguesía a volver la espalda. Quien relea por entero el Credo o bien el suplemento especial del número 9 de *Rabóchnia Misl* * (septiembre de 1899), apreciará todo el curso de este razonamiento.

¡Ahora ocurre lo mismo, pero en gran escala, aplicado a la apreciación de toda la "gran" revolución rusa, lamentablemente envilecida de antemano y rebajada al nivel de una caricatura por los teóricos del filisteísmo ortodoxo! Para nosotros, socialdemócratas, la libertad de crítica, la profundización de la conciencia, la acción desde fuera. Para ellos, para las clases burguesas, la libertad de acción, el campo libre para su dirección revolucionaria (léase: liberal), la libertad para efectuar "reformas" desde arriba.

Estos vulgarizadores del marxismo jamás reflexionaron en las palabras de Marx sobre la necesidad de remplazar las armas de la crítica por la crítica de las armas **. Invocan en vano el nombre de Marx, pero en la práctica elaboran resoluciones políticas en el más puro estilo de los charlatanes burgueses de Frankfurt, que criticaban libremente el absolutismo, profundizaban la conciencia democrática, pero no comprendían que la época de la revolución es la época de la acción, de la acción tanto desde

* Véase V.I. Lenin, ob. cit., t. IV, nota 20. (Ed.)

** Referencia a una expresión de Marx en su trabajo *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. (Ed.)

arriba como desde abajo. Han convertido al marxismo en huera teorización y han hecho de la ideología de la clase avanzada, la clase revolucionaria más decidida y enérgica, una ideología de los sectores más atrasados de esa clase, los cuales rehuyen las difíciles tareas democráticas revolucionarias y las confían a los señores Struve.

Si debido a la participación de la socialdemocracia en el gobierno revolucionario, las clases burguesas vuelven la espalda a la causa de la revolución, "disminuirán con ello su alcance".

Obreros rusos, escuchen: el alcance de la revolución será mayor si la llevan a cabo —en caso de que los socialdemócratas no los espanten— los señores Struve, que no quieren obtener la victoria sobre el zarismo, sino pactar con él. ¡El alcance de la revolución será mayor si, de los dos desenlaces posibles, que hemos señalado más arriba, se realiza el primero, es decir, si la burguesía monárquica negocia una transacción con la autocracia sobre la base de una "constitución" a lo Shipov!

Los socialdemócratas que escriben cosas tan vergonzosas en resoluciones destinadas a servir de guía a todo el partido, o que aprueban esas "acertadas" resoluciones, están hasta tal punto obcecados por la pedante teorización que ha despojado de toda vida al marxismo, que no perciben cómo esas resoluciones convierten en frases vacías sus demás palabras excelentes. Tomen cualquier artículo de *Iskra*, por ejemplo el famoso folleto de nuestro famoso Martínov, y encontrarán divagaciones sobre la insurrección popular, sobre la necesidad de llevar la revolución hasta el fin, sobre la aspiración a apoyarse en las capas profundas del pueblo en la lucha contra la burguesía inconsecuente. Pero todas esas buenas cosas se convierten en lamentable frascología desde el momento en que aceptan o aprueban la idea de que el "alcance" de la revolución "disminuirá" si la burguesía se desentiende de ella. Una de dos, señores: o debemos aspirar a llevar a cabo la revolución con el pueblo y obtener una victoria total sobre el zarismo, a pesar de la burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde, o bien no admitimos este "a pesar", tememos que la burguesía "vuelva la espalda" y entonces entregamos al proletariado y al pueblo en manos de la burguesía inconsecuente, egoísta y cobarde.

No traten de interpretar mis palabras a su manera. No griten que se los acusa de traición conciente. No: ustedes siempre han tratado de hundirse, y ahora están hundidos en el pantano, con la misma inconsecuencia con que los antiguos "economistas" se deslizaron irresistiblemente e irremediabilmente por la pendiente de la "profundización" del marxismo hasta hundirse en la pedantería antirrevolucionaria, sin alma y sin vida.

¿De qué fuerzas sociales reales depende el "alcance de la revolución"? ¿Han pensado en ello, señores? Dejemos de lado las fuerzas de la política exterior y de las combinaciones internacionales, que se vuelcan ahora en nuestro favor, pero de las cuales hacemos caso omiso en nuestro examen, y con toda razón, puesto que de lo que se trata es de las fuerzas interiores de Rusia. Examinen estas fuerzas sociales interiores. Contra la revolución se alinean la autocracia, la corte, la policía, los funcionarios, el ejército y el grupito de la alta aristocracia. Cuando más honda es la indignación en el pueblo, menos seguro es el ejército, mayor la vacilación entre los funcionarios. Por otra parte, la burguesía en términos generales, está ahora por la revolución y pronuncia discursos sobre la libertad, hablando cada vez con mayor frecuencia en nombre del pueblo e inclusive en nombre de la revolución*. Pero, los marxistas sabemos por la teoría y observamos cada día y a cada hora en el ejemplo de nuestros liberales, de la gente de los zemstvos y de *Osvobozhdenie*, que la burguesía está por la revolución de manera inconsecuente, egoísta y cobarde. La burguesía, en su mayoría, se volverá inevitablemente al lado de la contrarrevolución, de la autocracia contra la revolución, contra el pueblo, en cuanto sean satisfechos sus intereses estrechos y egoístas, en cuanto "dé la espalda" al democratismo consecuente (*¡y ahora ya comienza a darle la espalda!*). Queda "el pueblo", es decir, el proletariado y los campesinos: sólo el proletariado es capaz de marchar seguro hasta el fin, pues va mucho más allá de la revolución democrática. Por eso, el proletariado lucha en primera fila por la república y rechaza con desprecio los tontos y denigrantes consejos de quienes le recomien-

* En este sentido, es interesante la carta abierta del señor Struve a Jaurès, publicada recientemente por este último en *L'Humanité* 12 y por el señor Struve en *Osvobozhdenie*, núm. 72.

dan no asustarse a la burguesía. Entre los campesinos hay, al lado de los elementos pequeñoburgueses, una masa de elementos semi-proletarios. Esto los hace ser también inestables, y obliga al proletariado a cohesionarse en un partido rigurosamente clasista. Pero la inestabilidad de los campesinos es totalmente distinta a la de la burguesía, pues, en este momento concreto, se hallan menos interesados en que se mantenga indemne la propiedad privada que en arrebatar a los terratenientes sus tierras, que es una de las principales formas de ese tipo de propiedad. Sin convertirse por ello en socialistas ni dejar de ser pequeños burgueses, los campesinos son susceptibles de actuar como los más genuinos y radicales partidarios de la revolución democrática. Los campesinos procederán invariablemente así, siempre y cuando el curso de los acontecimientos revolucionarios que los alecciona no se interrumpa demasiado pronto por la traición de la burguesía y la derrota del proletariado. Si esto último no ocurre, los campesinos se convertirán inevitablemente en un baluarte de la revolución y de la república, ya que sólo una revolución plenamente victoriosa puede darles todo en materia de reforma agraria, todo lo que el campesinado quiere, sueña y necesita realmente, no para destruir el capitalismo, como se figuran los "socialistas revolucionarios", sino para salir de la abyección de la semiservidumbre, de las tinieblas de la opresión y el servilismo, para mejorar sus condiciones de existencia en la medida en que ello es posible en el marco de la economía mercantil.

Más aún. Los campesinos están vinculados a la revolución no solamente por la reforma agraria radical sino, además, por todos sus intereses generales y permanentes. Hasta para combatir junto al proletariado, el campesino tiene necesidad de la democracia, pues sólo el régimen democrático es capaz de expresar con exactitud sus intereses y de darle preponderancia como masa, como mayoría. Cuanto más instruido sea el campesino (y desde la guerra con el Japón se instruye con una rapidez que muchos no sospechan siquiera, habituados como están a medir la instrucción únicamente con el rasero escolar), tanto más consecuenta y decididamente estará a favor de la revolución democrática total, porque no teme, como la burguesía, la supremacía del pueblo; por el contrario, le favorece. La república democrática se convertirá en su ideal en cuanto comience a despojarse

de su monarquismo ingenuo pues el monarquismo consciente de la burguesía traficante (con su cámara alta, etc.) promete al campesino la misma ausencia de derechos, la misma opresión, la misma ignorancia, ligeramente teñidos con un barniz constitucional a la europea.

He aquí por qué la burguesía, como clase, tiende naturalmente a cobijarse bajo el ala del partido liberal monárquico, mientras los campesinos, como masa, tienden a colocarse bajo la dirección del partido revolucionario y republicano. He aquí por qué la burguesía es incapaz de llevar la revolución democrática hasta el fin, mientras los campesinos sí son capaces de hacerlo y nosotros debemos ayudarlos con todas nuestras energías.

Se me objetaría: no hay necesidad de probar esto; es el abecé: todos los socialdemócratas lo comprenden perfectamente. No, eso no lo comprenden los que son capaces de hablar de la "diminución del alcance" de la revolución en el caso de que la burguesía se aparte de ella. Esa gente repite frases de nuestro programa agrario, aprendidas de memoria, pero sin comprender su sentido; de otro modo, no les asustaría la idea de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos, que se desprende necesariamente de toda la concepción marxista y de nuestro programa; de otro modo, no limitarían el alcance de la gran revolución rusa al alcance que pretende darle la burguesía. Esa gente desmiente sus abstractas frases revolucionarias marxistas con sus resoluciones concretas, anti-marxistas y antirevolucionarias.

Quien comprende de veras cuál es el papel de los campesinos en la revolución rusa victoriosa, jamás dirá que el alcance de la revolución se reduce si la burguesía le vuelve la espalda. No, en realidad, la revolución rusa no comenzará a adquirir su alcance, no comenzará a adquirir la mayor envergadura posible en la época de la revolución democrático-burguesa hasta que la burguesía no le vuelva la espalda y las masas campesinas actúen como fuerza revolucionaria junto al proletariado. Para ser llevada consecuentemente hasta su término, nuestra revolución democrática debe apoyarse en fuerzas capaces de contrarrestar la inevitable inconsecuencia de la burguesía (es decir, capaces pre-

cisamente de "obligarla a volver la espalda", cosa que temen, en su simplicidad, los partidarios caucasianos de *Iskra*).

El proletariado debe llevar a término la revolución democrática atrayéndose a las masas del campesinado para aplastar por la fuerza la resistencia de la autoocracia y contrarrestar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista atrayéndose a las masas de elementos semiproletarios de la población para quebrar por la fuerza la resistencia de la burguesía y contrarrestar la inestabilidad del campesinado y de la pequeña burguesía. Tales son los objetivos del proletariado, tan estrechamente concebidos por los neokristas en todos sus razonamientos y resoluciones sobre el alcance de la revolución.

Sólo no hay que olvidar una circunstancia, que con frecuencia se pierde de vista cuando se discurre sobre ese "alcance". No se olvide que aquí no hablamos de las dificultades del problema, sino de la vía por la cual hay que buscar y procurar su solución. No se trata de establecer si es fácil o difícil hacer que el alcance de la revolución sea potente e invencible, sino de cómo hay que proceder para que ese alcance sea mayor. El desacuerdo se refiere precisamente al carácter fundamental de nuestra actividad, de su orientación. Lo subrayamos porque personas negligentes y poco escrupulosas confunden con harta frecuencia dos cuestiones diferentes: la del camino a seguir, es decir, la elección entre dos caminos diferentes, y la de la facilidad para alcanzar nuestra meta o la proximidad de alcanzarla siguiendo un camino determinado.

No nos hemos referido a esto último en la exposición precedente, porque esa cuestión no ha suscitado desacuerdos y divergencias en el seno de nuestro partido. Pero, claro está, el problema es de por sí muy importante y merece la mayor atención de todos los socialdemócratas. Sería un optimismo imperdonable olvidar las dificultades que supone incorporar al movimiento no sólo a la masa de la clase obrera, sino también a la masa campesina. Contra esas dificultades se han estrellado más de una vez los esfuerzos hechos para llevar hasta el fin la revolución democrática, con la particularidad de que en la mayoría de los casos ha triunfado la burguesía más inconsecuente y egoísta, que "amasaba capital" defendiendo a la monarquía contra el pueblo y, al mismo

tiempo, "conservaba la virginidad" del liberalismo... o de la tendencia de *Ostobozhdenie*. Pero, difícil no quiere decir imposible. Lo que importa es estar seguros de haber elegido el buen camino, y esta seguridad centuplica la energía y el entusiasmo revolucionarios, que son capaces de realizar milagros.

Lo profundo del desacuerdo existente en la socialdemocracia contemporánea a propósito del camino a seguir, queda en evidencia de inmediato cuando se compara la resolución del grupo neokrista caucásico con la del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. La resolución del Congreso declara: la burguesía es inconsecuente, intentará por todos los medios arrebatarnos las conquistas de la revolución. Por lo tanto, camaradas obreros, prepárense más enérgicamente para la lucha, ármense, atraigan a su lado a los campesinos. No cederemos sin combate nuestras conquistas revolucionarias a la burguesía egoísta. La resolución del grupo caucásico de la nueva *Iskra* dice: la burguesía es inconsecuente, puede volver la espalda a la revolución. Por eso, camaradas obreros: ¡no piensen, por favor, en participar en el gobierno provisional, pues, en tal caso, la burguesía volverá seguramente la espalda y el alcance de la revolución, por lo tanto, será menor!

Unos dicen: impulsen la revolución hasta el fin, a pesar de la resistencia o la pasividad de la burguesía inconsecuente.

Otros dicen: no piensen en llevar la revolución hasta el fin de una manera independiente, pues entonces la burguesía inconsecuente le volverá la espalda.

¿Es que no son dos rutas diametralmente opuestas? ¿No es evidente que una táctica excluye absolutamente la otra y que la primera es la única táctica acertada de la socialdemocracia revolucionaria, mientras la segunda es, en el fondo, una táctica puramente al estilo de *Ostobozhdenie*?

13. CONCLUSION. ¿NOS ATREVEREMOS A VENCER?

Quiénes conocen superficialmente la situación que impera en la socialdemocracia rusa, o quienes la juzgan desde fuera y desconocen la historia de toda nuestra lucha interna desde la época del "economismo", muy a menudo se desentienden tam-

bien de las divergencias tácticas que se han definido ahora, sobre todo después del III Congreso, aludiendo simplemente a dos tendencias naturales, inevitables, perfectamente conciliables, de todo movimiento socialdemócrata. Según ellos, una parte pone particular énfasis en la labor corriente, cotidiana, en la necesidad de desarrollar la propaganda y la agitación, preparar las fuerzas, profundizar el movimiento, etc. Y la otra subraya las tareas de combate, las tareas políticas generales y las tareas revolucionarias del movimiento, indica la necesidad de la insurrección armada y lanza las consignas de dictadura democrática revolucionaria y gobierno provisional revolucionario: no se debe exagerar en una parte ni en la otra, ni allí ni aquí (como, en general, en ninguna parte del mundo) los extremismos con buenos, etc., etc.

Las verdades baratas de la subiduría práctica (y "política" entre comillas) que indudablemente encierran semejantes razonamientos, disimulan con harta frecuencia la incompreensión de las necesidades vitales, candentes del partido. Tomemos las actuales divergencias tácticas entre los socialdemócratas rusos. Desde luego, el que los argumentos neoiskristas sobre la táctica subrayen de un modo particular el aspecto cotidiano, habitual del trabajo, no podría constituir de por sí ningún peligro ni provocar divergencia alguna en las consignas tácticas. Pero basta comparar las resoluciones del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia con las de la conferencia para que dicha divergencia salte a la vista.

¿De qué se trata? Se trata, primero, de que no es suficiente hablar en forma general, abstracta, de las dos corrientes existentes en el movimiento y de lo perniciosos que son los extremismos. Hay que saber concretamente cuál es el mal que aqueja a un movimiento en determinado momento, y qué constituye en la hora actual el peligro político real para el partido. Segundo, hay que saber qué fuerzas políticas reales sacan provecho de determinadas consignas tácticas, o tal vez de la falta de ciertas consignas. Si uno escucha a los neoiskristas, llegará a la conclusión de que al partido socialdemócrata lo amenaza el peligro de arrojar por la borda la propaganda y la agitación, la lucha económica y la crítica de la democracia burguesa, de dejarse seducir desmesuradamente por la preparación militar, los ataques armados, la toma del poder, etc. Pero, en realidad, el verdadero peligro que amenaza

al partido proviene de un lado completamente distinto. Quien conozca siquiera sea un poco de cerca el estado del movimiento, quien lo siga de un modo atento y reflexivo, no puede menos que ver lo que tienen de ridículo los temores de los neoisristas. Toda la labor del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia ha cristalizado ya en una forma definida e invariable, lo cual garantiza de manera incondicional que concentraremos nuestra atención en la propaganda y la agitación, en los mítines relámpago y reuniones de masas, en la difusión de volantes y folletos, en la contribución a la lucha económica y en el apoyo a sus consignas. No hay un solo comité de partido, un solo comité regional, una sola reunión del centro de dirección, un solo grupo de fábrica en el cual el 99 por ciento de la atención, las energías y el tiempo no se dedique siempre y de modo constante a todas esas funciones, sólidamente establecidas desde la segunda mitad de la década del 90. Esto sólo lo ignoran quienes no conocen en absoluto el movimiento. Sólo gente muy ingenua o poco informada puede tomar en serio los viejos estribillos que los neoisristas repiten con aire de importancia.

El hecho es que entre nosotros la gente no sólo no se entusiasma demasiado por las tareas de la insurrección, por las consignas políticas generales, por la dirección de toda la revolución popular, sino que, al contrario, el atraso en este aspecto salta a la vista, es el lado más vulnerable, es un peligro real para el movimiento, el cual puede degenerar, y en algunos sitios degenera, de revolucionario en los hechos a revolucionario de palabra. De los muchos centenares de organizaciones, grupos y círculos que realizan la actividad partidaria, no se encontrará ni uno solo donde no se haya llevado a cabo desde su nacimiento esa labor cotidiana, de la que los sabios de la nueva *Iskra* hablan con ínfulas de quien ha descubierto nuevas verdades. Por el contrario, se encontrará un porcentaje insignificante de grupos y círculos que tengan conciencia de las tareas de la insurrección armada, que hayan emprendido la realización de las mismas, que se den cuenta de la necesidad de dirigir toda la revolución popular contra el zarismo, de la necesidad de propugnar para ello determinadas consignas de avanzada y no otras.

Nos hallamos en un atraso increíble con respecto a las tareas de avanzada y efectivamente revolucionarias, no hemos adqui-

rido todavía conciencia de ellas en infinidad de casos, hemos dejado que aquí y allá se fortaleciera la democracia burguesa revolucionaria a expensas de nuestro atraso en este sentido. Pero los redactores de la nueva *Iskra*, volviendo la espalda a la marcha de los acontecimientos y a las exigencias del momento, repiten tercamente: ¡No olviden lo viejo! ¡No se apasionen por lo nuevo! Este es el leitmotiv invariable de todas las resoluciones sustanciales de la conferencia, mientras que en las del Congreso puede leerse, también invariablemente, esto otro: al mismo tiempo que confirmamos lo viejo (pero sin detenernos a rumiarlo, precisamente porque es algo viejo, ya resuelto y consagrado en las publicaciones, en las resoluciones y en la experiencia), proponemos una nueva tarea, llamamos la atención sobre ella, planteamos una nueva consigna, exigimos a los socialdemócratas auténticamente revolucionarios que se pongan a trabajar de inmediato para llevarla a la práctica.

Así es como en realidad está planteada la cuestión de las dos tendencias en la táctica de la socialdemocracia. La época revolucionaria ha destacado nuevas tareas que solo la gente completamente ciega puede dejar de ver. Y hay socialdemócratas que aceptan sin vacilar esas tareas y las ponen a la orden del día: la insurrección armada es inaplazable, prepárense para ella en seguida y con toda energía, recuerden que es indispensable para la victoria decisiva, planteen las consignas de república, gobierno provisional, dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Otros socialdemócratas, en cambio, retroceden, no se mueven de su sitio; en vez de proponer consignas escriben prólogos; en lugar de señalar lo nuevo a la par que confirman lo viejo, rumian incansable y aburridamente lo viejo, inventan pretextos para desentenderse de lo nuevo, porque son incapaces de determinar las condiciones de la victoria decisiva, no saben plantear las únicas consignas que corresponden a la aspiración de conquistar la victoria total.

El resultado político de este seguidismo salta a la vista. La fábula relativa al acercamiento de la "mayoría" del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia a la democracia burguesa revolucionaria sigue siendo una fábula, no confirmada por un solo hecho político, por una sola resolución importante de los "bolcheviques", por un solo documento del III Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Mientras tanto, la

burguesía oportunista, monárquica, personificada por Ostobozh-
denic, celebra desde tiempo atrás las tendencias "de principio" del
grupo de la nueva *Iskra*, y ahora ya francamente mueve su molino
con el agua de esas tendencias, asimila todos sus términos e "ide-
as" contra la "conspiración" y el "motín", contra las exageracio-
nes del aspecto "técnico" de la revolución, contra la proclamación
directa de la consigna de insurrección armada, contra el "revolu-
cionismo" de las reivindicaciones extremas, etc., etc. La reso-
lución de nada menos que una conferencia de los socialdemócrata-
s "mencheviques" del Cáucaso y su aprobación por la Redac-
ción de la nueva *Iskra*, ofrecen un resumen político inequívoco
de todo esto: ¡lo esencial es que la burguesía no vuelva la espalda
en caso de que el proletariado participe en la dictadura democrá-
tica revolucionaria! Está dicho todo. Con esto se consagra definiti-
vamente la transformación del proletariado en apéndice de la
burguesía monárquica. Con esto queda demostrada en la prác-
tica, no por la declaración casual de una persona, sino por una
resolución especialmente aprobada por toda una tendencia, la
significación política del seguidismo de la nueva *Iskra*.

Quien reflexione sobre estos hechos comprenderá la verda-
dera significación de las referencias, tan en boga, a los dos aspec-
tos y a las dos tendencias del movimiento socialdemócrata. To-
men ustedes el bernsteinismo para estudiar dichas tendencias en
gran escala. Los bernsteinianos afirmaban, y siguen afirmándolo
exactamente igual, que son ellos los que comprenden las verda-
deras necesidades del proletariado, las tareas que traen apareja-
das el crecimiento de sus fuerzas, el abondamiento de todo el
trabajo, la preparación de los elementos de la nueva sociedad, la
propaganda y la agitación. ¡Exigimos el reconocimiento franco
de lo que existe! —dice Bernstein, consagrando así el "movimien-
to" sin "meta final", predicando la táctica meramente defensiva,
la táctica del miedo "a que la burguesía vuelva la espalda". Tam-
bién los bernsteinianos gritaban a propósito del "jacobinismo"
de los socialdemócratas revolucionarios, de los "literatos" que no
comprenden la "iniciativa obrera", etc., etc. En realidad, como
todo el mundo sabe, los socialdemócratas revolucionarios no ha-
bían pensado siquiera en abandonar la labor cotidiana y pequeña,
la preparación de fuerzas, etc., etc. Lo único que exigían era la
conciencia clara del objetivo final, el planteamiento claro de las
tareas revolucionarias; querían elevar a los sectores semiprole-

tarios y semipequeñoburgueses hasta el nivel revolucionario del proletariado, y no rebajar al proletariado hasta el nivel de la va la espalda". Quizás la expresión más elocuente de esa disensión entre el ala oportunista intelectual y el ala revolucionaria proletaria del partido fuese la pregunta: *dürfen wir siegen?*, "¿nos atrevemos a vencer?", ¿nos está permitido vencer?, ¿no es peligroso vencer?, ¿conviene que vencamos? Por extraño que parezca a primera vista, esta pregunta fue formulada y debía serlo, pues los oportunistas temían la victoria, intimidaban al proletariado con la perspectiva de la misma, pronosticaban toda suerte de calamidades como consecuencia de ella, ridiculizaban las consignas que incitaban directamente a conquistarla.

Esta misma división fundamental en tendencias oportunista intelectual y revolucionaria proletaria, existe también entre nosotros, con la sola y sustancial diferencia de que no se trata de la revolución socialista, sino de la democrática. Entre nosotros también ha sido formulada la pregunta, absurda a primera vista: "¿nos atreveremos a vencer?". Lo hizo Mart'nov en *Dos dictaduras*, donde profetiza todo género de calamidades en caso de que preparemos muy bien y llevemos a cabo con pleno éxito la insurrección. Lo hicieron todas las publicaciones neoiskristas dedicadas al gobierno provisional revolucionario, con la particularidad de que constantemente intentaron, con celo pero sin éxito, comparar la participación de Millerand en el gobierno oportunista burgués con la participación de Varlin * en el gobierno revolucionario pequeñoburgués. La cuestión quedó fijada en la resolución que expresa los recelos de que "la burguesía vuelva la espalda". Y si bien Kautsky, por ejemplo, intenta ahora ironizar, diciendo que nuestras discusiones sobre el gobierno provisional revolucionario equivalen a repartir la piel del oso antes de haberlo matado, su ironía sólo demuestra que hasta los socialdemócratas inteligentes y revolucionarios caen en la trampa cuando hablan de lo que sólo conocen de oídas. La socialdemocracia alemana no se encuentra todavía muy cerca del momento en que pueda matar el oso (realizar la revolución socialista), pero la

* Louis Eugène Varlin. Véase V. I. Lenin, *ob. cit.*, "Biografías", tomo complementario I. (Ed.)

discusión a propósito de saber si nos "atreveremos" a matarlo tuvo una inmensa importancia desde el punto de vista de los principios y desde el punto de vista político práctico. Los socialdemócratas rusos no se encuentran todavía muy cerca de contar con fuerzas suficientes para "matar a su oso" (realizar la revolución democrática), pero saber si nos "atreveremos" a matarlo es de una importancia extraordinaria para el porvenir de Rusia y de la socialdemocracia rusa. No se puede hablar del reclutamiento enérgico y eficaz de un ejército, ni de su dirección, sin estar seguros de que nos "atreveremos" a vencer.

También nuestros viejos "economistas" gritaban que sus adversarios eran unos conspiradores, unos jacobinos (véase *Rabócheie Dielo*, sobre todo el número 10, y el discurso de Martínov en los debates del II Congreso * sobre el programa) que, absorbidos por la política, se divorciaban de las masas, olvidaban los fundamentos del movimiento obrero, no tenían en cuenta la iniciativa obrera, etc., etc. Pero, en realidad, esos partidarios de la "iniciativa obrera" eran unos intelectuales oportunistas que imponían a los obreros su concepción estrecha y filistea de las tareas del proletariado. En realidad, los adversarios del "economismo", como cualquiera puede verlo por la vieja *Iskra*, no abandonaban ni relegaban a último término ninguno de los aspectos de la actividad socialdemócrata, no olvidaban en lo más mínimo la lucha económica y, al mismo tiempo, sabían plantear en toda su amplitud las tareas políticas urgentes e inmediatas, oponiéndose a la transformación del partido obrero en un apéndice "económico" de la burguesía liberal.

Los "economistas" habían aprendido de memoria que la base de la política es la economía, y "entendían" esto como si fuera necesario rebajar la lucha política hasta la lucha económica. Los neoisikristas aprendieron de memoria que la revolución democrática es por su esencia económica una revolución burguesa, y "entienden" esto como si fuera necesario rebajar los objetivos democráticos del proletariado hasta el nivel de la moderación burguesa, hasta el límite más allá del cual "la burguesía volverá la espalda". Los "economistas", con el pretexto de profundizar el trabajo, con el pretexto de la iniciativa obrera y de la política pu-

* Véase V.I. Lenin, *ob. cit.*, t. VI, nota 28 (Ed.).

ramente de clases, entregaban, en realidad, a la clase obrera en manos de los políticos liberales burgueses, es decir, conducían al partido por un camino cuya significación objetiva era precisamente esa. Los neoisristas, con los mismos pretextos, traicionan en realidad a favor de la burguesía los intereses del proletariado en la revolución democrática, es decir, conducen al partido por el camino cuya significación objetiva es precisamente ésta. A los "economistas" les parecía que la hegemonía en la lucha política no era cosa de los socialdemócratas, sino, en rigor, de los liberales. A los neoisristas les parece que la realización activa de la revolución democrática no es cosa de los socialdemócratas, sino, en rigor, de la burguesía democrática, pues la dirección y la participación hegemónica del proletariado "disminuirían el alcance" de la revolución.

En una palabra, los neoisristas son epígonos del "economismo", no sólo por su origen en el II Congreso del partido, sino también por la forma en que plantean hoy las tareas tácticas del proletariado en la revolución democrática. También ellos son un ala oportunista intelectual del partido. En materia de organización, esa ala comenzó con el individualismo anarquista propio de los intelectuales, y terminó con la "desorganización como proceso" cuando en los "estatutos" * aprobados por la conferencia refirmó la desconexión entre las publicaciones y la organización partidarias, las elecciones indirectas casi en cuatro etapas, el sistema de los plebiscitos bonapartistas en vez de la representación democrática y, finalmente, el principio del "acuerdo" entre la parte y el todo. En lo tocante a la táctica del partido se deslizaron por la misma pendiente. En el "plan de campaña de los zemstvos" declararon como "tipo superior de manifestación" la acción ante los elementos de los zemstvos, pues en la escena política sólo percibían dos fuerzas activas (¡en vísperas del 9 de enero!): el gobierno y la democracia burguesa. "Profundizaron" la tarea urgente de armarse, sustituyendo la consigna práctica y directa por una invitación a armar al pueblo con el deseo ardiente de armarse. Las tareas de la insurrección armada, del gobierno provisional, de la dictadura

* Lenin criticó los "estatutos de organización" aprobados por la conferencia menchevíque de 1905, en el artículo "Tercer paso atrás" y en el "Prólogo al folleto *Los obreros y la escisión del partido*", Ob. cit., t. VIII, y el presente tomo, pág. 157, respectivamente. Ed.).

democrática revolucionaria, las deformaron y entorpecieron en sus resoluciones oficiales. "Que la burguesía no vuelva la espalda" acorde final de la última de sus resoluciones, proyecta viva luz sobre la cuestión de saber a dónde conduce al partido el camino que ellos preconizan.

No basta con repetir sencillamente la justa tesis marxista de que la revolución democrática en Rusia es una revolución burguesa por su esencia social y económica. Hay que saber comprenderla y aplicarla a las consignas políticas. Toda libertad política en general basada en las actuales relaciones de producción, esto es, capitalistas, es una libertad burguesa. La reivindicación de libertad expresa, ante todo, los intereses de la burguesía. Sus representantes fueron los primeros en presentarla. Sus partidarios han aprovechado en todas partes, como dueños y señores, la libertad obtenida, ajustándola meticolosamente a un rasero burgués moderado, combinándola con la represión del proletariado revolucionario, más sutil en tiempo de paz y ferozmente cruel durante las tormentas.

Pero sólo los populistas rebeldes, los anarquistas y los "economistas" podían deducir de esto la negación o el menoscabo de la lucha por la libertad. Si se consigue imponer al proletariado estas doctrinas intelectual-filisteas, es únicamente de un modo temporal y a pesar de su resistencia. El proletariado percibe siempre, por instinto, que la libertad política le es necesaria, le es necesaria a él más que a nadie, a pesar de que el efecto inmediato de esa libertad será reforzar y organizar a la burguesía. El proletariado no espera su salvación apartándose de la lucha de clases, sino desarrollándola, aumentando sus alcances y elevando su conciencia, su organización y su decisión. El menoscabo de los objetivos de la lucha política convierte al socialdemócrata, tribuno del pueblo, en secretario de tradeunion. El menoscabo de los objetivos proletarios en la revolución democráticoburguesa convierte al socialdemócrata, jefe de la revolución popular, en líder de sindicato obrero libre.

Sí, jefe de la revolución popular. La socialdemocracia ha luchado y lucha con pleno derecho contra el abuso democráticoburgués de la palabra "pueblo". Exige que con ella no se encubra la incomprensión de los antagonismos de clase en el seno del pueblo. Insiste categóricamente en la necesidad de una total independencia de clase del partido del proletariado. Pero divide al "pueblo" en

"clases" no para que la clase avanzada se encierre en sí misma, se restrinja con un rasero mezquino, castre su actividad con consideraciones inspiradas por el temor a que los amos de la economía del mundo le vuelvan la espalda, sino para que la clase avanzada, que no adolece de las vacilaciones, la inestabilidad, ni la indecisión de las clases intermedias, luche con mayor energía y entusiasmo por la causa de todo el pueblo, al frente de todo el pueblo.

¡He aquí lo que tan a menudo no comprenden hoy los neokristas, que sustituyen el empleo de consignas políticas activas en la revolución democrática por una pedante repetición de la expresión "de clase", usada en todos los géneros y casos!

La revolución democrática es burguesa. La consigna de "redistribución general de la tierra" o de "tierra y libertad" —tan difundida entre las masas campesinas, ignorantes y oprimidas, pero que buscan apasionadamente la luz y la felicidad—, es una consigna burguesa. Pero nosotros, los marxistas, debemos saber que no hay, ni puede haber otro camino hacia la verdadera libertad del proletariado y los campesinos que el que pasa a través de la libertad y el progreso burgueses. No debemos olvidar que en estos momentos no hay ni puede haber otro medio de acercar el socialismo que la total libertad política, la república democrática, la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Como representantes de la clase avanzada, la única clase revolucionaria sin reservas ni dudas, que no vuelve la vista hacia atrás, debemos plantear ante todo el pueblo, con la mayor amplitud, claridad de visión y audacia, los objetivos de la revolución democrática. El menoscabo de dichos objetivos es teóricamente una caricatura y una adulteración filistea del marxismo, y desde el punto de vista político práctico significa poner la causa de la revolución en manos de la burguesía, la cual se apartará inevitablemente de su realización consecuente. Las dificultades que se alzan en el camino hacia la victoria completa de la revolución, son muy grandes. Nadie podrá censurar a los representantes del proletariado si hacen todos los esfuerzos posibles y éstos se estrellan ante la resistencia de la reacción, la traición de la burguesía y la ignorancia de las masas. Pero todos —y sobre todo el proletariado conciente— condenarán a la socialdemocracia si ésta cercena la energía revolucionaria de la revolución democrática, si coarta el entusiasmo revolucionario con el miedo a vencer, con

consideraciones sobre el peligro de que la burguesía vuelva la espalda.

Las revoluciones son las locomotoras de la historia, decía Marx *. Las revoluciones son días de júbilo de los oprimidos y explotados. Nunca las masas populares son capaces de ser creadoras tan activas de nuevos regímenes sociales como durante la revolución. Las cosas de que es capaz el pueblo durante los períodos revolucionarios, son milagrosas según el estrecho rasero pequeñoburgués del proceso gradual. Pero es necesario que en esos períodos también los dirigentes de los partidos revolucionarios planteen sus objetivos con más amplitud y audacia, que sus consignas se adelanten siempre a la iniciativa revolucionaria de las masas para servirles de faro, mostrarles en toda su magnífica grandeza nuestro ideal democrático y socialista, indicarles el camino más corto y directo hacia la victoria completa, incondicional y decisiva. Dejemos a los oportunistas burgueses de *Ostobozhdenie* la búsqueda, por miedo a la revolución y al camino directo, de sendas indirectas, rodeos y componendas. Si se nos obliga por la fuerza a arrastrarnos por esos caminos, sabremos cumplir con nuestro deber, incluso en la pequeña labor cotidiana. Pero que sea la lucha implacable la que primero resuelva la elección del camino. Seremos fe- lones, traidores a la revolución, si no aprovechamos esta jubí- lisa energía de las masas, su entusiasmo revolucionario, para librar una lucha implacable y abnegada por el camino directo y decisivo. Que los oportunistas de la burguesía piensen co- hardemente en la reacción futura. A los obreros no les asusta la idea de que la reacción se disponga a ser terrible ni de que la burguesía se disponga a volver la espalda. Los obreros no esperan componendas ni solicitan dádivas; aspiran a aplastar implacablemente a las fuerzas reaccionarias, es decir, aspiran a la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado.

Por supuesto, en los períodos tempestuosos la nave de nues- tro partido se ve amenazada por mayores peligros que durante la tranquila "navegación" del progreso liberal, la cual representa una extracción dolorosa y lenta de los jugos de la clase obre-

* Véase C. Marx y F. Engels, *ob. cit.*, pág. 139. (Ed.).

ra por sus explotadores. Por supuesto, las tareas de la dictadura democrática revolucionaria son mil veces más difíciles y complejas que las de la "oposición extrema" y la mera lucha parlamentaria. Pero aquél que en el momento revolucionario actual es concientemente capaz de preferir la navegación tranquila y el camino de la "oposición" sin peligros, es mejor que se aparte por un tiempo de la labor socialdemócrata, aguarde el fin de la revolución, espere a que terminen los días de júbilo y se reinicie la labor cotidiana, en la que el estrecho rascro al que está habituado no chocará como una nota disonante y abominable, ni constituirá una deformación tan repugnante de los objetivos de la clase avanzada.

¡A la cabeza de todo el pueblo y, en particular, de los campesinos, por la libertad total, por la revolución democrática consecuente, por la república! ¡A la cabeza de todos los trabajadores y explotados, por el socialismo! Esta debe ser, en la práctica, la política del proletariado revolucionario, ésta es la consigna de clase que debe inspirar y determinar la solución de todos los problemas prácticos, todos los pasos prácticos del partido obrero durante la revolución.

"PREFACE A LA TRADUCTION RUSSE DE
LA BROCHURE DE KAUTSKY: LES FORCES MOTRI-
CES ET LES PERSPECTIVES DE LA REVOLUTION
RUSSE"

Obras completas

Diciembre de 1906

(en francés) T. 11. P. 429 a 435.

Editions Sociales.

Ed. Progreso, Moscú, 1966

Texte complet. Clasificación: 20-9

Les ouvriers russes d'avant-garde connaissent depuis longtemps K. Kautsky comme un écrivain à eux, qui sait non seulement établir sur de fortes bases et expliquer la théorie du marxisme révolutionnaire, mais l'appliquer en connaissance de cause, après avoir sérieusement analysé les faits, aux problèmes complexes et embrouillés posés par la révolution russe. Et maintenant que l'attention des social-démocrates est parfois presque entièrement absorbée par les caquets de divers Pétrouchka¹⁰⁰ libéraux sans idéologie et par ceux qui, le voulant ou non, leur font accompagner, maintenant que les petits détails de la technique « parlementaire » dissimulent aux yeux de beaucoup les questions de principe de la lutte de classe prolétarienne, maintenant que bien souvent une certaine lassitude s'empare même d'hommes très estimables, diminuant leurs facultés intellectuelles et politiques, il est trois fois plus important, pour tous les social-démocrates de Russie, d'écouter attentivement les avis de Kautsky sur les grands problèmes de la révolution russe. Et même, il ne s'agit pas tant d'entendre l'opinion de Kautsky que de voir comment il pose la question: car Kautsky n'est pas étourdi au point de bavarder sur des questions concrètes de notre tactique

LININ

"EL PROGRAMA AGRARIO DE LA SOCIALDEMOCRACIA
RUSA DE 1905 - 1907"

Apartado. 230 pag.
Editorial Progreso.
Moscú. Sin Fecha.

Noviembre-diciembre de
1907

Selección de textos. Cap. IV. Pto. 5. P. 145 a 149
Clasificación: 2₀ - 10

5. ¿UNA REVOLUCION CAMPESINA SIN QUE LOS
CAMPESINOS CONQUISTEN EL PODER?

El programa agrario de la socialdemocracia de Rusia es el programa proletario en la revolución campesina, dirigida contra los restos del régimen de servidumbre, contra todo lo medieval en nuestro régimen agrario. En el terreno teórico, esta tesis, como hemos visto, es admitida también por los mencheviques (discurso de Plejánov en Estocolmo). Pero los mencheviques no han meditado en absoluto en esta tesis, no han advertido la ligazón inseparable que existe entre ella y los fundamentos generales de la táctica socialdemócrata en la revolución burguesa de Rusia. Y es precisamente en las obras de Plejánov donde con mayor claridad se ha reflejado esta falta de meditación.

Toda revolución campesina dirigida contra las reminiscencias medievales -cuando es capitalista el carácter de toda la economía social- es una revolución burguesa. Pero no toda revolución burguesa es una revolución campesina. Si en un país con una agricultura organizada totalmente sobre bases capitalistas los agricultores-capitalistas, con ayuda de

LENIN

"EL PROGRAMA AGRARIO DE LA SOCIALDEMOCRACIA
RUSA DE 1905 - 1907"

Apartado. 230 pag.
Editorial Progreso.
Moscú. Sin fecha.

Noviembre-diciembre de
1907

Selección de textos. Cap. IV. Pto. 5. P. 145 a 149
Clasificación: 2₀ - 10

5. ¿UNA REVOLUCION CAMPESINA SIN QUE LOS
CAMPESINOS CONQUISTEN EL PODER?

El programa agrario de la socialdemocracia de Rusia es el programa proletario en la revolución campesina, dirigida contra los restos del régimen de servidumbre, contra todo lo medieval en nuestro régimen agrario. En el terreno teórico, esta tesis, como hemos visto, es admitida también por los mencheviques (discurso de Plejánov en Estocolmo). Pero los mencheviques no han meditado en absoluto en esta tesis, no han advertido la ligazón inseparable que existe entre ella y los fundamentos generales de la táctica socialdemócrata en la revolución burguesa de Rusia. Y es precisamente en las obras de Plejánov donde con mayor claridad se ha reflejado esta falta de meditación.

Toda revolución campesina dirigida contra las reminiscencias medievales -cuando es capitalista el carácter de toda la economía social- es una revolución burguesa. Pero no toda revolución burguesa es una revolución campesina. Si en un país con una agricultura organizada totalmente sobre bases capitalistas los agricultores-capitalistas, con ayuda de

los obreros asalariados, llevasen a cabo la revolución agraria, destruyendo, por ejemplo, la propiedad privada de la tierra, esto sería una revolución burguesa, pero de ningún modo una revolución campesina. Si en un país cuyo régimen agrario se ha amalgamado ya hasta tal punto con la economía capitalista en general, que sería imposible destruir este régimen sin destruir el capitalismo, sobreviniese una revolución que colocase en el poder, supongamos, a la burguesía industrial en lugar de la burocracia absolutista, eso sería una revolución burguesa, pero de ningún modo una revolución campesina. En otras palabras: es posible un país burgués sin campesinos y, en semejante país, es posible una revolución burguesa sin los campesinos. Es posible una revolución burguesa en un país de considerable población campesina y que, sin embargo, esa revolución no sea campesina, ni mucho menos, es decir, sea tal que no revolucione las relaciones agrarias que afectan en especial a los campesinos y no destaque a éstos entre las fuerzas sociales siquiera sea algo activas, ejecutoras de la revolución. Por consiguiente, el concepto marxista general de "revolución burguesa" contiene determinadas tesis que son obligatoriamente aplicables a toda revolución campesina en un país de capitalismo en desarrollo, pero este concepto general no indica en absoluto si la revolución burguesa de dicho país debe (en el sentido de la necesidad objetiva) convertirse o no en una revolución campesina para conseguir la plena victoria.

El origen fundamental del carácter erróneo de toda la línea táctica de Plejánov y de los mencheviques que le seguían, en el primer periodo de la revolución rusa (es decir, en los años 1905-1907), radica en que no comprendieron en absoluto esta correlación entre la revolución burguesa en general y la revolución burguesa campesina. El atronador alboroto*, habitual en la literatura menchevique, acerca de que los bolcheviques, supuestamente, no ven el carácter burgués de la presente revolución, no es otra cosa que un velo que encubre esta incomprensión. De hecho, ni un solo social-

* En las *Nuevas cartas sobre la táctica y la falta de tacto*, de Plejánov (Edit. Glagólev, San Petersburgo), este alboroto es simplemente común. Abundan hasta lo infinito las palabras tonantes, las injurias contra los bolcheviques y las gesticulaciones, pero no hay ni una pizca de pensamiento.

demócrata, ni de una ni de otra fracción, ni antes de la revolución ni durante ella, se ha apartado del criterio marxista sobre el carácter burgués de la revolución; sólo los "marxistas simplificados", los vulgarizadores de las divergencias fraccionarias, han podido asegurar lo contrario. Pero una parte de los marxistas, precisamente el ala derecha, ha salido siempre de los pasos con un concepto general, abstracto y estereotipado de la revolución burguesa, sin ser capaz de comprender las particularidades de la presente revolución burguesa, precisamente como revolución campesina. Es del todo natural e inevitable que esta ala de la socialdemocracia no haya podido comprender el origen del carácter contrarrevolucionario de nuestra burguesía en la revolución rusa, que no haya podido precisar con claridad qué clases son capaces de obtener en esta revolución la victoria total, que no haya podido por menos de desviarse hasta sostener la opinión de que en la revolución burguesa el proletariado debe apoyar a la burguesía, de que en la revolución burguesa el personaje principal debe ser la burguesía, el alcance de la revolución se reduce si la burguesía vuelve la espalda, etc., etc.

Por lo contrario, los bolcheviques, desde el comienzo mismo de la revolución en la primavera y el verano del año 1905, cuando ni siquiera cabía hablar aún de la confusión—tan extendida ahora entre gentes ignorantes o torpes—del bolchevismo con el boicotismo, con la acción de los grupos de combate, etc., señalaban con claridad el origen de nuestras divergencias sobre táctica, destacando el concepto de revolución campesina como una de las variedades de la revolución burguesa y precisando su victoria: "dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos". Una inmensa conquista ideológica hecha por el bolchevismo desde entonces en la socialdemocracia internacional fue el pronunciamiento de Kautsky mediante un artículo sobre las fuerzas motrices de la revolución rusa (la traducción rusa se hizo hecha bajo la redacción y con un prólogo de N. Lenin*): *Las fuerzas motrices y las perspectivas de la revolución rusa*. Moscú, 1907, editorial Nóvaia Époka ("Nueva Época"). Como se sabe, cuando comenzó la escisión entre

* V. I. Lenin. Obras, t. 11, págs. 370-375. 4ª ed. en ruso. (N. la Ed.)

bolcheviques y mencheviques, en 1903, Kautsky se puso al lado de estos últimos. En 1907, después de observar la revolución rusa, sobre la cual Kautsky ha escrito en reiteradas ocasiones, comprendió al punto el error de Plejánov, que le había enviado su conocido cuestionario. En este cuestionario, Plejánov hacía preguntas *exclusivamente* sobre el carácter burgués de la revolución rusa, sin destacar el concepto de revolución burguesa campesina, sin ir más allá de los conceptos generales: "democracia burguesa", "partidos burgueses de oposición". Corrigiendo este error, Kautsky contestó a Plejánov diciendo que la burguesía no es la fuerza motriz de la revolución rusa, que en este sentido la época de las revoluciones burguesas ha pasado, que "sólo entre el proletariado y los campesinos existe una comunidad sólida de intereses durante todo el periodo de la lucha revolucionaria" (folleto citado, págs. 30-31), que "ésta (comunidad sólida de intereses) debe ser precisamente la base de toda la táctica revolucionaria de la socialdemocracia rusa" (lug. cit., pág. 31). Aquí aparecen expresados con entera claridad los principios fundamentales de la táctica bolchevique contra la menchevique. Plejánov se muestra terriblemente enojado a este respecto en las *Nuevas cartas*... Pero su disgusto no hace sino destacar con mayor relieve la impotencia de la argumentación. La crisis por la que atravesamos "es, a pesar de todo, burguesa", insiste Plejánov, tildando a los bolcheviques de "analfabetos" (pág. 127). Esta injuria revela una impotencia airada. Plejánov no ha comprendido la diferencia que hay entre la revolución burguesa campesina y la revolución burguesa no campesina. Al decir que Kautsky "exagera la rapidez del desarrollo de nuestro campesino" (pág. 131), que "la divergencia de opiniones entre nosotros (Plejánov y Kautsky) sólo es posible en los matices" (131), etc., Plejánov recurre a los más lamentables y cobardes subterfugios, pues toda persona que piense siquiera un poco ve precisamente lo contrario. El asunto no estriba en los "matices", ni en la rapidez del desarrollo, ni en la "conquista" del poder, que es sobre lo que alborota Plejánov, sino en el criterio, *fundamental* sobre las clases capaces de ser la fuerza motriz de la revolución rusa. Plejánov y los mencheviques se desvían *indefectiblemente*, de modo voluntario e involuntario, hacia un apoyo oportunista a la burguesía, pues

no comprenden el carácter contrarrevolucionario de la burguesía en la revolución burguesa campesina. Los bolcheviques definieron, desde el primer instante, las condiciones generales y fundamentales de clase de la victoria de esta revolución, como dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. Kautsky llegó, en el fondo, a este mismo criterio en *Las fuerzas motrices* y lo repitió en la segunda edición de su obra *La revolución social*, donde dice: "Ella (la victoria de la socialdemocracia rusa en un futuro próximo) sólo puede ser obra de una alianza (*einer Koalition*) del proletariado con los campesinos" ("*Die soziale Revolution*," von K. Kautsky. *Zweite Auflage*. Berlin, 1907, Seite 62*). (La falta de espacio no nos permite detenernos en otra adición hecha por Kautsky, al ser editado por segunda vez su libro, en su valoración de las enseñanzas de diciembre de 1905, valoración que difiere radicalmente del menchevismo.)

Vemos, pues, que Plejánov ha sido incapaz de resolver el problema relativo a los fundamentos de toda la táctica socialdemócrata en general en una revolución burguesa que sólo puede vencer como revolución campesina. Mis palabras dichas en Estocolmo (abril de 1906)**, cuando afirmé que Plejánov había llevado al menchevismo hasta lo absurdo, al rechazar la idea de la conquista del poder por los campesinos en la revolución campesina, se han visto confirmadas con la mayor plenitud en las publicaciones aparecidas más tarde. Y este error fundamental de la línea táctica no podía por menos de ejercer su influencia en el programa agrario menchevique. La municipalización, como he demostrado hasta aquí en más de un lugar, no expresa plenamente, ni en el terreno económico ni en el político, las condiciones de la victoria efectiva de la revolución campesina, las condiciones de la conquista efectiva del poder por el proletariado y los campesinos. En el terreno económico, esta victoria no puede compaginarse con la consolidación de la vieja propiedad parcelaria; en el terreno político, no puede ser compaginada con el solo democratismo regional, si al propio tiempo existe un democratismo incompleto del poder central.

* C. Kautsky. *La revolución social*, 2ª edición, Berlin, 1907, pag. 62. (N. de la Edit.)

** V. I. Lenin. *Obras*, t. 10, pag. 257, 4ª ed. en ruso (N. de la Edit.)

LENIN

" L'OBJECTIF DE LA LUTTE DU PROLETARIAT
DANS NOTRE RÉVOLUTION "

Obras completas
en francés. T. 15

P. 385 a 406.

Editions Sociales. Paris.

Ed. Progreso, Moscú, 1967

Marzo de 1909

Texte complet. Clasificación 2

Q. 11

Dans l'article ci-dessus, le camarade Martov aborde un problème, ou plutôt toute une série de problèmes extrêmement importants qui concernent l'objectif de la lutte menée par le prolétariat et la social-démocratie dans notre révolution. Il touche à l'historique de la discussion de ces problèmes au sein de notre parti, de leur rapport avec les fondements du marxisme et le populisme, il touche aux opinions de toutes nuances qui ont été exprimées à son sujet. En un mot, il évoque tous les aspects de la question sans faire la lumière sur un seul. Pour pouvoir lui répondre sur le fond, il nous faudra procéder à un examen systématique de tous ces aspects.

I

Commençons par faire l'historique de la discussion du problème au sein de la social-démocratie russe. La question a été posée au début de 1905 par les bolcheviks et les mencheviks. Les premiers l'ont résolu par la « formule » : dictature démocratique révolutionnaire du prolétariat et de la paysannerie (cf. *Vpériod* ¹⁴⁵, n° 14, 12 avril 1905) *. Les seconds se sont catégoriquement opposés à cette définition

* Voir V. Lénine, Œuvres, Paris-Moscou, t. 8, pp. 294-304.
(N. R.)

LÉNINE

" A PROPOS DES DEUX LIGNES DE
LA RÉVOLUTION".

Obras completas
T. 21.P. 431 a 436
Editions Sociales. Paris
Ed. Progreso, Moscú. 1960

Noviembre de 1915

Texto completo. Clasificac: 2 0-12

Dans le n° 3 du *Prizyr*¹³⁶, M. Plékhanov essaie de poser la question théorique fondamentale de la révolution imminente en Russie. Il cite un passage de Marx disant qu'en France la révolution de 1789 suivit une ligne ascendante, et celle de 1848, une ligne descendante. Dans le premier cas, le pouvoir passa graduellement d'un parti plus modéré à un parti plus avancé : Constituants — Girondins — Jacobins. Dans le second cas, c'est le contraire qui se produisit (prolétariat — démocrates — petits-bourgeois — républicains bourgeois — Napoléon III). « Il serait désirable », conclut notre auteur, « d'orienter la révolution russe selon une ligne ascendante », c'est-à-dire que le pouvoir devrait passer d'abord aux cadets et aux octobristes, puis aux troudoviks et enfin aux socialistes. Il découle évidemment de ces considérations que la gauche russe est mal avisée de se refuser à soutenir les cadets et de les discrediter prématurément.

Ces considérations « théoriques » de M. Plékhanov ne sont rien d'autre qu'un nouvel exemple de substitution du libéralisme au marxisme. Pour M. Plékhanov, tout le problème est de savoir si les « concepts stratégiques » des éléments avancés étaient « justes » ou faux. Marx raisonnait autrement. Il constatait un fait : la révolution, dans les deux cas cités, s'est orientée différemment ; mais il ne cherchait pas l'explication de cette différence dans les « concepts stratégiques ». Du point de vue du marxisme, il est ridicule de chercher cette explication dans des concepts. Elle tire sa source d'une différence dans les rapports

LENIN

"RAPPORT SUR LA REVOLUTION DE 1905"

Obras completas

Numero de 1917

T. 23.P. 259 a 277

Edition sociales.Paris

Ed.Progreso,Moscú.1959

Texto completo.Clasificación:2

Q-13

Jeunes amis et camarades,

Nous commémorons aujourd'hui le douzième anniversaire du «Dimanche sanglant», considéré à bon droit comme le début de la révolution russe.

Des milliers d'ouvriers, non pas des social-démocrates, mais des croyants, de fidèles sujets du tsar, conduits par le pope Gapone, s'acheminent de tous les points de la ville vers le centre de la capitale, vers la place du Palais d'Hiver, pour remettre une pétition au tsar. Les ouvriers marchent avec des icônes, et Gapone, leur chef du moment, avait écrit au tsar pour l'assurer qu'il se portait garant de sa sécurité personnelle et le prier de se présenter devant le peuple.

La troupe est alertée. Uhlans et cosaques chargent la foule à l'arme blanche; ils tirent sur les ouvriers désarmés qui supplient à genoux les cosaques de leur permettre d'approcher le tsar. D'après les rapports de police, il y eut ce jour-là plus d'un millier de morts et plus de deux mille blessés. L'indignation des ouvriers fut indécrite.

Tel est, dans ses grandes lignes, le tableau du 22 janvier 1905, du «Dimanche sanglant».

Afin de mieux faire ressortir la portée historique de cet événement, je citerai quelques passages de la pétition des ouvriers. Elle commence par ces mots :

« Nous, ouvriers, habitants de Pétersbourg, nous venons à Toi. Nous sommes des esclaves misérables, humiliés; nous sommes accablés sous le despotisme et l'arbitraire. Notre patience étant à bout, nous avons cessé le travail et prié nos maîtres de nous donner au moins ce sans quoi la vie n'est qu'une torture. Mais cela nous a été refusé; selon les labr-

**"CARTAS DESDE LEJOS. LA PRIMERA ETAPA
DE LA PRIMERA REVOLUCION".**

Obras escogidas.
T. II. P. 25 a 35.
Ed. Lenguas extranjeras
Ed. Progreso, Moscú, 1960.

7 de marzo de 1917

Texto completo. Clasif: 2
C- 14

**LA PRIMERA ETAPA
DE LA PRIMERA REVOLUCION**

La primera revolución engendrada por la guerra imperialista mundial ha estallado. Seguramente, esta primera revolución no será la última.

La primera etapa de esta primera revolución, concretamente la revolución rusa del 1 de marzo de 1917, ha terminado, a juzgar por los escasos datos de que se dispone en Suiza. Seguramente, esta primera etapa no será la última de nuestra revolución.

¿Cómo ha podido producirse el "milagro" de que sólo en ocho días —según ha afirmado el señor Miliukov en su jactancioso telegrama a todos los representantes de Rusia en el extranjero— se haya desmoronado una monarquía que se había mantenido a lo largo de siglos y que se mantuvo, pese a todo, durante tres años —1905-1907— de gigantescas batallas de clases en las que participó todo el pueblo?

Ni en la naturaleza ni en la historia se producen milagros, pero todo viraje brusco de la historia, incluida cualquiera revolución, ofrece un contenido tan rico, desarrolla combinaciones tan inesperadas y originales de formas de lucha y de correlación de las fuerzas en pugna, que muchas cosas pueden parecer milagrosas a la mente del filisteo.

Para que la monarquía zarista pudiera desmoronarse en unos días, fue precisa la conjugación de varias condiciones de importancia histórica para el mundo entero. Indiquemos las principales.

Sin los tres años de formidables batallas de clases, sin la energía revolucionaria desplegada por el proletariado ruso en 1905-1907, hubiera sido imposible una segunda revolución tan rápida, en el sentido de que ha culminado su etapa inicial en unos cuantos días. La primera revolución (1905) removió pro-

"LA REVOLUCION PERMANENTE"

Ediciones Coyoacán
Buenos Aires, 1969

30 de noviembre
de 1929.

Selección de textos. P. 27 a 40.
P. 69 a 79. 85 a 97. 108 a 114. 120 a 125
134 a 138. 149 a 151 y 171 a 176.
Clasificación: 2
0-16

El presente libro está consagrado a un problema estrechamente relacionado con la historia de las tres revoluciones rusas, pero no atañe exclusivamente a ellas. Es un problema que durante estos últimos años ha desempeñado un papel inmenso en la lucha interna del Partido Comunista de la Unión Soviética, que ha sido luego trasplantado a la Internacional Comunista, que ha tenido decisiva importancia en el desarrollo de la revolución china y que ha provocado una serie de resoluciones de importancia primordial respecto a los problemas relacionados con la lucha revolucionaria en los países de Oriente. Me refiero a la teoría que se ha llamado de la "revolución permanente", y que, según la doctrina de los epígonos del leninismo (Stalin, Zinovief, Bujarin y otros), constituye el pecado original del "trotskismo".

Después de una gran pausa, y de un modo a primera vista completamente inesperado, el porvenir de la revolución permanente fue planteado en 1924. No había motivos políticos para ello: se trataba de divergencias que se referían a un pasado ya lejano. Pero los motivos de orden psicológico eran considerables.

El grupo de los llamados "viejos bolcheviques", que rompió el fuego contra mí, se atrincheraba principalmente en ese título. Pero el año 1917 constituyó un gran obstáculo en su camino. Por importante que fuera, la historia precedente de lucha ideológica y de preparación vióse sometida a una prueba suprema e inapelable en la Revolución de Octubre, no sólo por lo que se refiere al partido en su conjunto, sino también a las personalidades aisladas. Y ninguno de los epígonos lo resistió. Todos ellos, sin excepción, adoptaron, al estallar la Revolución de Febrero de 1917, una posición de izquierda democrática. Nie-

guno defendió la consigna de la lucha del proletariado por el Poder. Todos ellos consideraban el hecho de poner proa hacia la revolución socialista como un absurdo, o peor aún, como un pecado "trotskista". En este espíritu se inspiraron los dirigentes del Partido antes de que llegase Lenin del extranjero y saliesen a luz sus famosas tesis del 4 de abril. Después de esto, Kamenev, ya en lucha franca con Lenin, intenta formar abiertamente un ala democrática dentro del Partido. Más tarde, se une a él Zinoviev, que había llegado con Lenin de la emigración. Stalin, gravemente comprometido por su posición social patriótica, se pone al margen, a fin de que el Partido olvide sus deplorables discursos y sus artículos lamentables durante las semanas decisivas de marzo, y, poco a poco, va colocándose en el punto de vista de Lenin. Esto nos sugiere una pregunta: ¿Qué habían aprendido del leninismo esos dirigentes, esos "viejos bolcheviques", si ni uno solo demostraba capacidad para aplicar por su cuenta la experiencia teórica y práctica del Partido, en el momento histórico más importante y de mayor responsabilidad? Era preciso esquivar a toda costa esta cuestión, sustituyéndola por otra. Con este fin decidióse abrir el fuego contra la teoría de la revolución permanente. Mis adversarios no previeron —cosa muy natural— que, al crear un eje artificial de la lucha, se moverían alrededor del mismo, sin darse cuenta de ello, creando para mí, por el método inverso una nueva concepción.

En sus rasgos fundamentales, la teoría de la revolución permanente fue formulada por mí antes ya de los acontecimientos decisivos de 1905.

Rusia avanzaba hacia la revolución burguesa. En las filas de la socialdemocracia —entonces, todos nos llamábamos socialdemócratas— nadie dudaba de que la revolución que se acercaba era precisamente *burguesa*; es decir una revolución engendrada por la contradicción entre el desarrollo adquirido por las fuerzas productoras de la sociedad capitalista y las condiciones políticas y de casta semifeydales y medievales ya caducas. En la lucha sostenida por aquel entonces contra los populistas y los anarquistas, tuve ocasión de explicar, en no pocos discursos y artículos,

de acuerdo con el marxismo, el carácter burgués de la revolución que se avecinaba.

Pero el carácter burgués de la revolución no prejuzgaba qué clases habrían de realizar los fines de la revolución democrática y qué relación guardarían entre sí. En este punto era precisamente donde empezaban los problemas estratégicos fundamentales.

Plejanov, Axelrod, la Sasulich, Martov, y con ellos, todos los mencheviques rusos, partían del punto de vista de que, en la revolución burguesa inminente, el papel directivo sólo podía pertenecer a la burguesía liberal, en su condición de pretendiente natural al Poder. Según este esquema, al proletariado no le correspondía más papel que el de la izquierda del frente democrático: la socialdemocracia debería apoyar a la burguesía liberal contra la reacción, y, al mismo tiempo, defender los intereses del proletariado contra la propia burguesía.

En otros términos, los mencheviques concebían la revolución burguesa principalmente como una reforma de tipo liberal-constitucional.

Lenin planteaba la cuestión en términos completamente distintos. Para él, la emancipación de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa de los cepos en que las tenían aprisionados el régimen servil, significaba ante todo la solución del problema agrario, con la liquidación completa de la clase de los grandes hacendados y la transformación revolucionaria de la propiedad de la tierra. Con esto, estaba íntimamente ligada la destrucción de la monarquía. Lenin planteó con una audacia verdaderamente revolucionaria el problema agrario, que tocaba a los intereses vitales de la inmensa mayoría de la población, y condicionaba al mismo tiempo el problema del mercado capitalista. Como la burguesía liberal, hostil a los obreros, está unida por numerosos lazos a la gran propiedad agraria, la verdadera emancipación democrática de los campesinos sólo podía realizarse, lógicamente, por medio de la unión revolucionaria de los campesinos y los obreros, y, según Lenin, el alzamiento conjunto de ambos contra la vieja sociedad, conduciría, caso de triunfar, a la instauración de la "dictadura democrática de los obreros y campesinos".

En la Internacional Comunista se repite actualmente esta fórmula como una especie de dogma superhistórico, sin intentar siquiera analizar la experiencia histórica viva del último cuarto de siglo, como si todos nosotros no hubiéramos sido testigos y actores de la Revolución de 1905, de la de Febrero de 1917, y, finalmente, de la de Octubre. Y este análisis histórico es tanto más necesario cuanto que la historia no nos ofrece ejemplos de un régimen semejante de "dictadura democrática de los obreros y campesinos".

En 1905, la tesis de Lenin tenía el carácter de una hipótesis estratégica, que necesitaba ser contrastada por la marcha y los derroteros de la lucha de clases en la realidad.

La fórmula de la "dictadura democrática de los obreros y campesinos" tenía deliberadamente, en gran parte, carácter algebraico.

Lenin no prejuzgaba la cuestión de cuáles serían las relaciones políticas que hubieran de establecerse entre los partícipes de la supuesta dictadura democrática, esto es, el proletariado y los campesinos. No excluía la posibilidad de que éstos estuvieran representados en la revolución por un partido que fuera independiente en dos aspectos, a saber: frente a la burguesía y frente al propio proletariado, y que fuese, al mismo tiempo, capaz de llevar adelante la revolución democrática en contra de la burguesía liberal y aliado al partido del proletariado. Más aún: Lenin admitía, como veremos más adelante, la posibilidad de que el partido de los campesinos revolucionarios obtuviera la mayoría en un Gobierno de dictadura democrática.

En punto al problema de la importancia decisiva que había de tener la revolución agraria en los destinos de la revolución burguesa, yo profesé siempre, al menos desde octubre de 1902, esto es, desde mi primer viaje al extranjero, la doctrina de Lenin.

Para mí no era discutible —digan lo que quieran los que durante estos últimos años han difundido versiones absurdas sobre este particular— que la revolución agraria, y, por consiguiente, la democrática en general, sólo podía realizarse contra la burguesía liberal por las fuerzas mancomunadas de los obreros y los campesinos. Pero me pro-

nunciaba contra la fórmula "dictadura democrática del proletariado y de los campesinos", por entender que tenía un defecto, y era dejar en pie la cuestión de saber a qué clase correspondería, en la práctica, la dictadura. Intenté demostrar que los campesinos, a pesar del inmenso peso social y revolucionario de esta clase, no eran capaces pero de crear un partido verdaderamente revolucionario ni, con mayor motivo, de concentrar el poder revolucionario en manos de ese partido. Del mismo modo que en las antiguas revoluciones, empezando por el movimiento alemán de la Reforma, en el siglo xvi, y aún antes, los campesinos, en sus levantamientos, apoyaban a una de las fracciones de la burguesía urbana, decidiendo muchas veces la victoria, en nuestra revolución burguesa retrasada, podrían prestar un sostén análogo al proletariado y ayudarle a llegar al Poder, dando el empuje máximo a su lucha. Nuestra revolución burguesa —decía yo como conclusión— sólo puede cumplir radicalmente su misión siempre y cuando que el proletariado respaldado por el apoyo de los millones de campesinos, consiga concentrar en sus manos la dictadura revolucionaria.

¿Cuál había de ser el contenido social de dicha dictadura? En primer lugar, implantaría en términos radicales la revolución agraria y la transformación democrática del Estado. En otras palabras, la dictadura del proletariado se convertiría en el instrumento para la realización de los fines de una revolución burguesa históricamente retrasada. Pero las cosas no podían quedar aquí. Al llegar al Poder, el proletariado veríase obligado a hacer cortes cada vez más profundos en el derecho de propiedad privada, abrazando con ello las reivindicaciones de carácter socialista.

—Pero, ¿es que considera usted que Rusia está bastante madura para una revolución socialista? —me objetaron docenas de veces, Stalin, Ríkov y todos los Molotov por el estilo, allá por los años 1905 a 1917.

Y yo les contestaba invariablemente:

—No, pero sí lo está, y bien en sazón, la economía mundial en su conjunto y, sobre todo, la europea. El que la dictadura del proletariado implantada en Rusia lleve o no al socialismo —¿con qué ritmo y a través de qué etapas?—

depende de la marcha ulterior del capitalismo en Europa y en el mundo.
He aquí los rasgos fundamentales de la teoría de la revolución permanente, tal y como surgió en los primeros meses del año 1905.

De entonces acá, se han sucedido tres revoluciones. El proletariado ruso subió al Poder empujado por la potente oleada del levantamiento campesino. Y la dictadura del proletariado fue un hecho en Rusia antes que en ningún otro de los países incomparablemente más desarrollados. En 1924, esto es, siete años después de que la predicción histórica de la teoría de la revolución permanente se viese confirmada con una fuerza verdaderamente excepcional, los epígonos emprendían una furiosa campaña contra esa teoría sacando a relucir artificiosamente frases sueltas y réplicas polémicas de mis viejos trabajos, de los cuales casi ni me acordaba.

No será inoportuno recordar aquí que la primera revolución rusa estalló más de medio siglo después de la racha de revoluciones burguesas que sacudieron a Europa, y treinta y cinco años después del episódico alzamiento de la Commune de París. Europa había perdido ya la costumbre de las revoluciones. Rusia no la había conocido. Planteábansele con carácter de novedad todos los problemas de la revolución.

No sería difícil comprender toda la serie de factores incógnitos e hipotéticos que en aquel entonces encerraba para nosotros la revolución futura. Hace falta tener una absoluta incapacidad para la predicción histórica y una incomprensión completa de sus métodos, para pararse a examinar ahora análisis y apreciaciones de 1905, como si hubieran sido escritos ayer. Estoy harto de decirlo a mis amigos: no me cabe la menor duda de que en mis predicciones de 1905 había grandes lagunas, que ahora no es difícil llenar. ¿Pero es que mis críticos veían entonces mejor o más allá?

Como no había releído hacía mucho tiempo mis viejos trabajos, estaba de antemano dispuesto a conceder a las lagunas de los mismos más importancia de la que en realidad tenían. Me convencí de ello en 1928, durante mi destierro en Alma-Ata, cuando el ocio político forzado me

dio la posibilidad de releer, lápiz en mano; mi lector adquirirá asimismo la convicción absoluta de ello en las páginas siguientes.

Pero antes, es necesario que demos en esta introducción una característica, lo más precisa que nos sea posible, de los elementos que integran la teoría de la revolución permanente y de las principales objeciones suscitadas contra la misma. El debate ha adquirido una extensión y una profundidad tales, que abraza, en síntesis, los problemas más importantes del movimiento revolucionario internacional.

La revolución permanente, en el sentido que Marx daba a esta idea, quiere decir una revolución que no se aviene a ninguna de las formas de predominio de clase, que no se detiene en la etapa democrática y pasa a las reivindicaciones de carácter socialista, abriendo la guerra franca contra la reacción, una revolución en la que cada etapa se basa en la anterior y que no puede terminar más que con la liquidación completa de la sociedad de clases.

Con el fin de disipar el caos que cerca la teoría de la revolución permanente, es necesario que separemos las tres series de ideas aglutinadas en dicha teoría.

En primer lugar, ésta encierra el problema del tránsito de la revolución democrática a la socialista. No es otro, en el fondo, el origen histórico de la teoría.

La idea de la revolución permanente fue formulada por los grandes comunistas de mediados del siglo XIX, por Marx y sus adeptos, por oposición a la ideología democrática, la cual, como es sabido, pretende que con la instauración de un Estado "racional" o democrático, no hay ningún problema que no pueda ser resuelto por la vía pacífica, reformista o progresiva. Marx consideraba la revolución burguesa de 1848, únicamente como un preludio de la revolución proletaria. Y, aunque "se equivocó", su error fue un simple error de aplicación, no metodológico. La revolución de 1848 no se trocó en socialista. Pero precisamente por ello no condujo a la democracia. En cuanto a la revolución alemana de 1918, es evidente que no fue el coronamiento democrático de la revolución burguesa, sino la revolución proletaria decapitada por la socialdemocracia, o, por decirlo con más precisión: una contrarrevolución burguesa obligada

por las circunstancias a revestir, después de la victoria obtenida sobre el proletariado, formas pseudodemocráticas.

El "marxismo" vulgar se creó un esquema de la evolución histórica según el cual toda sociedad burguesa con- quista tarde o temprano un régimen democrático, a la sombra del cual el proletariado, aprovechándose de las condiciones creadas por la democracia, se organiza y educa poco a poco para el socialismo. Sin embargo, el tránsito al socialismo no era concebido por todos de un modo idéntico: los reformistas sinceros (tipo Jaurés) se lo representaban como una especie de fundación reformista de la democracia con simientes socialistas. Los revolucionarios formales (Guesde) reconocían que en el tránsito al socialismo sería inevitable aplicar la violencia revolucionaria. Pero tanto unos como otros consideraban a la democracia y al socialismo, en todos los pueblos, como dos etapas de la evolución de la sociedad no sólo independientes, sino lejanas una de otra.

Era la misma idea dominante entre los marxistas rusos, que hacia 1905 formaban casi todos en el ala izquierda de la Segunda Internacional. Plejanov, el brillante fundador del marxismo ruso, tenía por un delirio la idea de implantar en Rusia la dictadura del proletariado. En el mismo punto de vista se colocaban no sólo los mencheviques, sino también la inmensa mayoría de los dirigentes bolcheviques, y muy especialmente todos los que hoy se hallan a la cabeza del Partido, sin excepción; todos ellos eran, por entonces, revolucionarios demócratas decididos para quienes los problemas de la revolución socialista, y no sólo en 1905, sino en vísperas de 1917, sonaban como la música vaga de un porvenir muy remoto.

La teoría de la revolución permanente, resucitada en 1905, declaró la guerra a estas ideas, demostrando que los objetivos democráticos de las naciones burguesas atrasadas conducían, en nuestra época, a la dictadura del proletariado, y que ésta ponía a la orden del día las reivindicaciones socialistas. En esto consistía la idea central de la teoría.

Si la opinión tradicional sostenía que el camino de la dictadura del proletariado pasaba por un prolongado período de democracia, la teoría de la revolución permanente

venía a proclamar que, en los países atrasados, el camino de la democracia pasaba por la dictadura del proletariado. Con ello la democracia dejaba de ser un régimen de valor intrínseco para varias décadas y se convertía en el preludio inmediato de la revolución socialista, unidas ambas por un nexo continuo. Entre la revolución democrática y la transformación socialista de la sociedad se establecía, por lo tanto, un ritmo revolucionario permanente.

El segundo aspecto de la teoría caracteriza ya la revolución socialista como tal. A lo largo de un período de duración indefinida y de una lucha interna constante, van transformándose todas las relaciones sociales. La sociedad sufre un proceso de metamorfosis. Y en este proceso de transformación cada nueva etapa es consecuencia directa de la anterior. Este proceso conserva forzosamente un carácter político, o lo que es lo mismo, se desenvuelve a través del choque de los distintos grupos de la sociedad en transformación. A las explosiones de la guerra civil y de las guerras exteriores suceden períodos de reformas "pacíficas". Las revoluciones de la economía, de la técnica, de la ciencia, de la familia, de las costumbres, se desenvuelven en una completa acción recíproca que no permite a la sociedad alcanzar el equilibrio. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal.

El carácter internacional de la revolución socialista, que constituye el tercer aspecto de la teoría de la revolución permanente, es consecuencia inevitable del estado actual de la economía y de la estructura social de la humanidad. El internacionalismo no es un principio abstracto, sino únicamente un reflejo teórico y político del carácter mundial de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del alcance mundial de la lucha de clases. La revolución socialista empieza dentro de las fronteras nacionales; pero no puede contenerse en ellas. La contención de la revolución proletaria dentro de un territorio nacional no puede ser más que un régimen transitorio, aunque sea prolongado, como lo demuestra la experiencia de la Unión Soviética. Sin embargo, con la existencia de una dictadura proletaria aislada, las contradicciones interiores y exteriores crecen paralelamente a los éxitos. De continuar aislado el Estado proletario caería, más tarde o más temprano, vícti-

ma de dichas contradicciones. Su salvación está únicamente en hacer que triunfe el proletariado en los países más progresivos. Considerada desde este punto de vista, la revolución socialista implantada en un país no es un fin en sí sino únicamente un eslabón de la cadena internacional. La revolución internacional representa de suyo, pese a todos los reflujos temporales, un proceso permanente.

Los ataques de los epígonos van dirigidos, aunque no con igual claridad, contra los tres aspectos de la teoría de la revolución permanente. Y no podía ser de otro modo puesto que se trata de partes inseparables de un todo. Los epígonos separan mecánicamente la dictadura democrática de la socialista, la revolución socialista nacional de la internacional. La conquista del Poder dentro de las fronteras nacionales es para ellos, en el fondo, no el acto inicial, sino la etapa final de la revolución: después, se abre un período de reformas que conducen a la sociedad socialista nacional.

En 1905 no admitían ni la idea de que fuese posible que el proletariado conquistase el Poder en Rusia antes que en la Europa occidental. En 1917 predicaban una Revolución de contenido democrático y rechazaban la dictadura del proletariado. En los años de 1925 a 1927 adoptan ante la revolución nacional china la orientación de un movimiento dirigido por la burguesía del país. Luego, propugnan para dicho país la consigna de la dictadura democrática de los obreros y campesinos, oponiéndose a la dictadura del proletariado, y proclaman la posibilidad de proceder a edificar una sociedad socialista completa y aislada en la Unión Soviética. Para ellos, la revolución mundial, condición necesaria de la victoria, no es más que una circunstancia favorable. Los epígonos han llegado a esta ruptura radical con el marxismo al cabo de una lucha permanente contra la teoría de la revolución permanente.

La lucha iniciada haciendo revivir artificialmente recuerdos históricos y falsificando el pasado lejano ha conducido a la transformación completa de las concepciones del sector dirigente. Hemos explicado ya más de una vez que esta revisión de valores se ha efectuado bajo la influencia de las necesidades sociales de la burocracia soviética, la cual se ha ido volviendo cada vez más conservadora, cada vez más preocupada de mantener el orden nacional y propensa a

exigir que la revolución ya realizada y que le asegura a ella una situación privilegiada sea considerada suficiente para proceder a la edificación pacífica del socialismo. No hemos de insistir aquí sobre este tema. Señalemos únicamente que la burocracia tiene una profunda conciencia de la relación que guardan sus posiciones materiales e ideológicas con la teoría del socialismo nacional. Esto se manifiesta con un relieve especial, aguijoneado por las contradicciones que no previó, se orienta con todas sus fuerzas hacia la izquierda, asestando duros golpes a sus inspiradores derechistas de ayer. La hostilidad de los burócratas contra la oposición marxista, de la que tuvo que tomar prestadas precipitadamente sus consignas y argumentaciones, no ha cedido en lo más mínimo, como se sabe. De aquellos miembros de la oposición que plantean la cuestión de su reingreso en el Partido con el fin de apoyar la política de industrialización, etc., lo primero que exigen es que abjuren de la teoría de la revolución permanente y que reconozcan, aunque sólo sea de manera indirecta, la teoría del socialismo en un solo país. Con esto, la burocracia stalinista pone de manifiesto el carácter puramente táctico de su viraje hacia la izquierda, y cómo ello no significa una renuncia a los fundamentos estratégicos nacional-reformistas. No hay para qué pararse a explicar la trascendencia de esto: es sabido que en la política, como en la guerra, la táctica se halla siempre subordinada en última instancia a la estrategia.

El problema ha roto ya, desde hace tiempo, los moldes de la campaña contra el "trotskismo". Tomando paulatinamente una mayor envergadura, ha acabado por englobar literalmente todos los problemas de la doctrina revolucionaria. Revolución permanente o socialismo nacional: este dilema se plantea no sólo ante los problemas del régimen interior de la Unión Soviética, sino ante las perspectivas de la revolución en Occidente y ante los destinos de la Internacional Comunista en el mundo entero.

El presente libro no se propone examinar el problema en todos sus aspectos: no hay para qué repetir lo que ya tenemos dicho en otros trabajos. En la *Crítica del Programa de la Internacional Comunista* he intentado poner de manifiesto teóricamente la inconsistencia económica y política del

nacional-socialismo. Los teóricos de la Internacional Comunista no se han dignado hacer el menor caso de mi crítica. Al fin y al cabo, lo mejor que podían hacer era eso: callar.

Aquí me propongo, ante todo, reconstruir la teoría de la revolución permanente tal como fue formulada en 1905, con referencia a los problemas internos de la Revolución rusa; señalo en qué se diferenciaba realmente mi posición de la de Lenin y cómo y por qué en todas las situaciones decisivas mi punto de vista coincidió siempre con el de éste. Finalmente, intento poner de relieve la importancia decisiva del problema que nos interesa para el proletariado de los países atrasados y, por tanto para la Internacional Comunista del mundo entero.

Veamos las acusaciones que han lanzado los epígonos contra la teoría de la revolución permanente. Si dejamos de lado las infinitas contradicciones de mis críticos, podemos reducir a las siguientes tesis toda la masa verdaderamente imponderable de lo que llevan escrito sobre esto:

1ª Trotsky ignoraba la diferencia existente entre la Revolución burguesa y la socialista; en 1905 entendía que el proletariado de Rusia estaba ante el problema de una revolución socialista inmediata.

2ª Trotsky no ha prestado la menor atención al problema agrario. Para él no existía la clase campesina. Se imaginaba la revolución como una lucha sostenida exclusivamente por el proletariado contra el zarismo.

3ª Trotsky no creía que la burguesía internacional se resignara a consentir por mucho tiempo la existencia en Rusia de la dictadura del proletariado, y consideraba inevitable su caída, si el proletariado europeo no se adueñaba del Poder en un plazo breve acudiendo en nuestro auxilio. Con ello, Trotsky apreciaba en un justo valor la presión del proletariado sobre la burguesía.

4ª Trotsky no cree, en general, en la fuerza del proletariado ruso, en su capacidad para edificar autónomamente el socialismo y, por esto, cifraba todas sus esperanzas en la revolución mundial.

Estos motivos no sólo campean en los infinitos escritos y discursos de Zinoviev, Stalin, Bujarin y otros, sino que aparecen expresados en numerosas resoluciones oficiales del Partido Comunista de la URSS y de la Internacional Comunista. Y, sin embargo, no tenemos más remedio que

decir que se basan en una mezcla crasa de ignorancia y de absoluta falta de escrúpulos.

Las dos primeras afirmaciones son, como se demostrará más adelante, fundamentalmente falsas. Yo partía precisamente del carácter democrático-burgués de la revolución para llegar a la conclusión de que la profundidad de la crisis agraria podía llevar al Poder al proletariado de la crasa Rusia. No fue otra la idea que sostuve en la atravesada Revolución de 1905, ni la que expresaba en las vísperas de la revolución el calificativo de "permanente", esto es, de tránsito revolucionario directo de la etapa burguesa a la socialista. Expresando esta misma idea, Lenin había de hablar más tarde de la conversión de la revolución burguesa en socialista. En 1924, Stalin oponía esta idea de conversión a la de revolución permanente, que consideraba como el salto del reinado de la autocracia al reinado del socialismo. El desventurado "teórico" no se tomó el trabajo de reflexionar qué significa, en este caso el carácter permanente de la revolución, o lo que es lo mismo, el ritmo ininterrumpido de su desarrollo, si es que no se trata, como él lo entiende, más que de un simple salto.

Por lo que se refiere a la tercera acusación, está dictada por la confianza efímera de los epígonos en la posibilidad de neutralizar a la burguesía imperialista por un plazo indefinido mediante la presión "razonablemente" organizada del proletariado. Fue la idea central de Stalin, durante los años de 1924 a 1927. Y esta idea dio por fruto el Comité anglo-ruso. El desengaño sufrido por los que creían en la posibilidad de atar de pies y manos a la burguesía internacional con la ayuda de los Purcell, los Radich, los Lefolette y los Chiang-Kai-Shek, desencadenó un paroxismo de pánico ante el peligro inminente de una guerra. La Internacional Comunista no ha logrado salir todavía de este pánico.

La cuarta acusación enderezada contra la teoría de la revolución permanente, se reduce simplemente a afirmar que en 1905 yo no sostenía el punto de vista de la teoría del socialismo en un solo país, que Stalin había de acuñar en 1924 para la burocracia soviética. Esta acusación es una pura extravagancia histórica. En efecto, habría lugar a suponer que mis adversarios, si es que en 1905 tenían una

opinión política, consideraban a Rusia preparada para la revolución socialista aislada. La verdad es que durante los años de 1905 a 1917 me acusaron incansablemente de utópico por el simple hecho de admitir la posibilidad de que el proletariado de Rusia adviniera al Poder antes que el de la Europa occidental. Kamenev y Ríkov acusaban de utópico a Lenin en abril de 1917 y se esforzaban en hacer comprender a éste que la revolución socialista tenía que llevarse a cabo primeramente en Inglaterra y otros países avanzados, y que sólo después de esto podía llegarle el turno a Rusia. Stalin sostuvo este mismo punto de vista hasta el 4 de abril de 1917 y sólo con gran trabajo y poco a poco se asimiló la fórmula leninista de la dictadura del proletariado en oposición a la democrática. En la primavera de 1924, Stalin seguía repitiendo, como tantos otros, que Rusia, como nación aislada, no estaba todavía bastante madura para la edificación socialista. En el otoño del mismo año, combatiendo contra la teoría de la revolución permanente, Stalin hizo por primera vez el descubrimiento de la posibilidad de proceder a la edificación de un socialismo aislado en Rusia. Después de esto, los profesores rojos se echaron a buscar afanosamente citas para que Stalin pudiera demostrar que, en 1905 Trotsky —¡horror!— entendía que Rusia sólo podía llegar al socialismo con la ayuda del proletariado europeo.

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE ES LA TRANSFORMACIÓN DEL PAÍS BAJO LA DIRECCIÓN DEL PROLETARIADO

Radek dice:

"El rasgo fundamental que distingue de la teoría leninista al conjunto de ideas que llevan el nombre de teoría y táctica (fijáos en ello: ¡y táctica! L. T.) de la «revolución permanente», es la confusión de la etapa de la revolución burguesa con la etapa de la revolución socialista".

Con esta acusación fundamental están relacionadas, o se desprenden de ella, otras no menos graves: Trotsky no comprendía que "en las condiciones de Rusia era imposible una revolución socialista que no surgiera sobre la base de la democrática", de donde se deducía "el salto por encima del peldaño de la dictadura democrática". Trotsky "negaba" el papel de los campesinos, lo cual identificaba sus ideas con las de los mencheviques". Todo esto, como ya se ha recordado, tiende a demostrar, con ayuda del sistema de indicios indirectos, lo erróneo de mi posición en lo que atañe a los problemas fundamentales de la Revolución china.

Naturalmente, desde el punto de vista formal, Radek puede apelar de vez en cuando a Lenin. Y es lo que hace: esta parte de los textos, todo el mundo la "tiene a mano". Pero, como demostraré más abajo, las afirmaciones de este género hechas por Lenin respecto a mí tenían un carácter puramente episódico y eran erróneas, esto es, no caracterizaban en modo alguno mi verdadera posición ni aun la de 1905. El mismo Lenin sostiene opiniones completamente diferentes, directamente opuestas y mucho más fundamentales sobre mi verdadera actitud ante las cuestiones fundamentales de la revolución, Radek ni tan siquiera intenta reducir a un todo armónico las opiniones diversas y aun

contradictorias de Lenin, y explicar estas contradicciones polémicas comparándolas con mis ideas reales¹.

En 1906, Lenin dio a conocer el artículo de Kautsky sobre las fuerzas motrices de la Revolución rusa, acompañándolo de un prefacio suyo. Yo, sin tener noticias de esto, recluso en la cárcel, traduje también dicho artículo y lo incluí, acompañándolo también de un prefacio, en mi libro *En defensa del Partido*. Tanto Lenin como yo expresamos una solidaridad completa con el análisis de Kautsky. A la pregunta de Pléjanov de si nuestra revolución era burguesa, Kautsky contestaba en el sentido de que no era ya burguesa ni era aún socialista, esto es, que representaba una forma transitoria de la una a la otra. Lenin escribía, a este propósito, en su prefacio:

"Por su carácter, nuestra revolución, ¿es burguesa o socialista? Es ésta una forma rutinaria de plantear la cuestión —contesta Kautsky.

"No se puede plantear así, no es una forma marxista de plantearla. La revolución en Rusia no es burguesa, pues la burguesía no se cuenta entre las fuerzas motoras del actual movimiento revolucionario ruso. Y la Revolución rusa no es tampoco socialista". (T. VII, pág. 82.)

Antes y después de este prefacio, se pueden encontrar no pocos pasajes de Lenin en los cuales califica categóricamente la Revolución rusa de burguesa. ¿Hay en ello contradicción? Si se examina la producción de Lenin valiéndose de los procedimientos de los críticos actuales del "trotskismo" se pueden encontrar, sin trabajo, docenas y centenares de contradicciones de este género, las cuales para el lector serio y concienzudo, se explican por la manera distinta de enfocar la cuestión en los distintos momentos, sin que esto quebrante en lo más mínimo la unidad fundamental de las ideas leninistas.

Por otra parte, no se ha negado nunca el carácter burgués

¹ Recordaré que en el VII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista grité a Bujarin, que echaba mano de los mismos extractos empleados ahora por Radek: "¡Pero en Lenin hay otros textos completamente opuestos!" Después de un breve momento de confusión, Bujarin contestó: "Ya lo sé, ya lo sé; pero tomo lo que me conviene a mí y no lo que le conviene a usted". ¡Tal es el ingenio de ese teórico!

de la revolución en el sentido de sus fines históricos de momento, sino únicamente en el de sus fuerzas motrices y de sus perspectivas. He aquí cómo empieza mi trabajo fundamental de aquel entonces (1905-1906) sobre la revolución permanente:

"La Revolución rusa ha sido algo inesperado para todos, con excepción de la socialdemocracia. El marxismo tenía predicha desde hacía mucho tiempo la inevitabilidad de la Revolución rusa, la cual debía desencadenarse como consecuencia del choque de las fuerzas del desarrollo capitalista con las del absolutismo inerte. Al calificarla de burguesa indicaba que los fines objetivos inmediatos de la revolución consisten en la creación de condiciones "normales" para el desarrollo de la sociedad burguesa en su conjunto. Se ha visto que el marxismo tenía razón, y esto no es necesario ya negarlo ni demostrarlo. Ante los marxistas se planea una misión de otro género: poner al descubierto las «posibilidades» de la revolución que se está desarrollando mediante el análisis de su mecánica interna. La Revolución rusa tiene un carácter completamente peculiar, que es el resultado de las peculiaridades de todo nuestro desarrollo histórico-social y que, a su vez abre perspectivas históricamente completamente nuevas". (Nuestra revolución, 1906, artículo "Resultados y perspectivas", página 224.)

"La definición sociológica general —revolución burguesa— no resuelve los objetivos político-tácticos, las contradicciones y dificultades que plantea toda revolución burguesa". (Op. cit., pág. 269.)

Por lo tanto, yo no negaba el carácter burgués de la revolución que se estaba discutiendo ni confundía la democracia con el socialismo. Pero demostraba que la dialéctica de clase de la revolución burguesa, en nuestro país llevaría al Poder al proletariado, y que sin la dictadura de este último no podrían tener realización los objetivos democráticos.

En este mismo artículo (1905-1906), se dice:
"El proletariado crece y se robustece a la par que progresa el capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es el del proletariado hacia la dictadura. Pero, el día y la hora en que el Poder pase a las manos de la

clase obrera, depende directamente no del nivel de las fuerzas productivas, sino de los factores de la lucha de clases, de la situación internacional y, finalmente, de una serie de circunstancias objetivas: tradiciones, iniciativas, espíritu combativo...

"En un país económicamente atrasado, el proletariado puede llegar al Poder antes que en un país capitalista avanzado. La idea de que existe una cierta dependencia automática entre la dictadura proletaria y las fuerzas técnicas y los recursos del país, representa en sí un prejuicio propio de un materialismo "económico" simplista hasta el extremo. El marxismo no tiene nada de común con esta idea.

"A nuestro juicio, la Revolución rusa es susceptible de crear condiciones tales, que el Poder —y en caso de victoria de la revolución— debe pasar a manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués, tengan la posibilidad de desarrollar su genio de gobernantes en toda su amplitud". (Op. cit., pág. 245.)

Estas líneas encierran ya una crítica contra el marxismo "vulgar" dominante en 1905-1906, el mismo que había de dar el tono a la asamblea de los bolcheviques en mayo de 1917, antes de la llegada de Lenin, y que, en la conferencia de abril del mismo año, halló su expresión más destacada en Ríkov. En el VI Congreso de la Internacional Comunista, ese pseudomarxismo, esto es, el sentido común del filisteo adulterado por la escolástica, constituyó la base "científica" de los discursos de Kussinen y de muchos otros. ¡Y esto, diez años después de la Revolución de Octubre!

En la imposibilidad de exponer aquí en toda su extensión las ideas desarrolladas en mis Resultados y perspectivas, reproduciré un pasaje de un artículo mío publicado en el periódico "Natchalo" (1905), en que dichas ideas aparecen resumidas:

"Nuestra burguesía liberal obra contrarrevolucionariamente ya antes de que culmine la revolución. Nuestra democracia intelectual, en los momentos críticos, no ha más que demostrar su impotencia. Los campesinos constituyen en sí, en su conjunto, un factor espontáneo de revuelta que puede ser puesto al servicio de la revolución

únicamente por la fuerza que tome en sus manos el Poder del Estado. La posición de vanguardia que ocupa la clase obrera en la lucha revolucionaria; el contacto directo que se establece entre ella y el campo revolucionario; el atractivo que ejerce sobre el Ejército, ganándosele, todo la empuja inevitablemente hacia el Poder. La victoria completa de la revolución implica la victoria del proletariado. Esta última implica, a su vez, el carácter ininterrumpido de la revolución". (Nuestra Revolución, página 172.)

Por lo tanto, la perspectiva de la dictadura del proletariado surge aquí precisamente de la revolución democrático-burguesa, contrariamente a todo lo que dice Radek. Por eso esta revolución se llama permanente (ininterrumpida). Pero la dictadura del proletariado aparece no después de la realización de la revolución democrática — como resulta de la tesis de Radek —; en este caso, en Rusia hubiera sido sencillamente imposible, pues, en un país atrasado, un proletariado poco numeroso no hubiera podido llegar al Poder si los objetivos de los campesinos hubieran sido resueltos en la etapa precedente. No; la dictadura del proletariado aparecería como probable y aun inevitable sobre la base de la revolución burguesa, precisamente porque no había otra fuerza ni otras sendas para la realización de los objetivos de la revolución agraria. Pero, con ello mismo, se abrían las perspectivas para el trueque de la revolución democrática en socialista.

"Al entrar en el Gobierno, no como rehenes impotentes, sino como fuerza directora, los representantes del proletariado destruyen, ya por este solo hecho, la frontera entre el programa mínimo y el programa máximo, poniendo el colectivismo a la orden del día. El punto en que el proletariado se detenga ante este problema, dependerá de la correlación de fuerzas, pero en modo alguno de los propósitos primitivos del partido proletario.

"He aquí por qué no se puede ni siquiera hablar de una forma peculiar de la dictadura proletaria en el transcurso de la revolución burguesa; es decir, de la dictadura democrática del proletariado (o del proletariado y de los campesinos). La clase obrera no puede asegurar el carácter democrático de la dictadura que encarne sin rebasar las fronteras de su programa democrático.

"Tan pronto como el proletariado haya tomado el Poder, luchará por él hasta las últimas consecuencias. Y si es cierto que uno de los medios de esta lucha por la conservación y la consolidación del Poder será la agitación y la organización, sobre todo en el campo, no lo es menos, que otro será el programa colectivista. El colectivismo se convertirá, no sólo en una consecuencia inevitable del hecho de la permanencia del partido en el Poder, sino en el medio de asegurar esta permanencia apoyándose en el proletariado" (Resultados y perspectivas, página 258.)

Prosigamos:

"Conocemos un ejemplo clásico de revolución —escribía yo en 1908, contra el menchevique Cherevanin— en el cual las condiciones de predominio de la burguesía capitalista fueron preparadas por la dictadura terrorista de los sans-culottes victoriosos. Pero esto era en una época en que la masa principal de la población urbana estaba formada por la pequeña burguesía artesana y comercial. Los jacobinos arrastraron a esa masa. La masa de la población de las ciudades de Rusia está formada, hoy, por el proletariado industrial. Esta sola diferencia basta para sugerir la idea de la posibilidad de una situación histórica en que la victoria de la revolución «burguesa» sólo sea posible mediante la conquista del Poder revolucionario por el proletariado. ¿Dejará por ello esta revolución de ser burguesa? Sí y no. Dependerá, no de la definición formal, sino de la marcha ulterior de los acontecimientos. Si el proletariado se ve eliminado por la coalición de las clases burguesas, incluso los campesinos emancipados por él, la revolución conservará su carácter burgués, limitado. En cambio, si consigue poner en movimiento todos los recursos de su hegemonía política para romper el marco nacional de la revolución, ésta se puede convertir en el prólogo de la transformación socialista mundial. La cuestión de saber en qué etapa se detendrá la Revolución rusa, sólo permite, naturalmente, una solución condicional. Pero lo indudable e indiscutible es que la simple definición de la Revolución rusa como burguesa no dice absolutamente nada acerca de las características de su desarrollo interno, ni siquiera, en todo caso, que el proletariado deba adaptar su táctica a la conducta de la democracia burguesa como único preten-

diente legítimo del Poder". (L. Trotsky, 1905, pág. 263 de la edición rusa.)

He aquí otro fragmento del mismo artículo:

"Nuestra revolución es burguesa por las tareas inmediatas que le han dado nacimiento; sin embargo, gracias a la diferenciación extrema de clases de la población industrial, no contamos con una clase burguesa que pueda ponerse al frente de las masas populares uniendo su peso social y su experiencia política a la energía revolucionaria de estas últimas. Las masas obreras y campesinas, entregadas a sí mismas, deberán ir sentando, en la severa escuela de contiendas implacables y duras derrotas, las premisas políticas y de organización necesarias para triunfar. No tienen otro camino". (L. Trotsky, 1905, págs. 267-268.)

Y todavía tenemos que reproducir otro pasaje, sacado de Resultados y perspectivas, referente al punto más discutido: el que se refiere a la clase campesina. He aquí lo que yo escribía, en un capítulo dedicado especialmente a "El proletariado en el Poder, y los campesinos":

"El proletariado no puede consolidar su poder sin ensanchar la base de la Revolución.

"Muchos sectores de las masas que trabajan, sobre todo en el campo, se verán arrastrados por vez primera a la revolución, y solo adquirirán una organización política después que la vanguardia de la revolución, el proletariado urbano, empuñe el timón del Estado. La agitación y la organización revolucionaria se efectuarán con la ayuda de los recursos del Estado. Finalmente, el propio Poder legislativo se convertirá en un instrumento poderoso para revolucionar a las masas populares...

"El destino de los intereses revolucionarios más elementales de los campesinos —incluso de todos los campesinos como clase— se halla ligado con el de toda la revolución, esto es, con el del proletariado. El proletariado en el Poder será, respecto a los campesinos, la clase emancipadora.

"La dominación del proletariado señalará no sólo la igualdad democrática, la administración autónoma libre, una política fiscal que hará recaer todo el peso de los impuestos sobre las clases poseedoras, la conversión del Ejército permanente en el pueblo armado, la supresión de los tributos obligatorios a la Iglesia, sino también el reconoci-

miento de todas las transformaciones revolucionarias —con-
fiscaciones—, llevadas a cabo por los campesinos en el
régimen agrario. El proletariado convertirá estas trans-
formaciones en el punto de partida de medidas guberna-
mentales ulteriores en la esfera de la agricultura. En estas
condiciones, en el transcurso del primer periodo, el más
difícil, los campesinos rusos estarán en todo caso no me-
nos interesados en sostener el régimen proletario que los
campesinos franceses lo estaban en sostener el régimen mi-
litar de Napoleón Bonaparte, que garantizaba con la fuerza
de las bayonetas a los nuevos propietarios la inviolabilidad
de sus parcelas de tierra...

"Pero, ¿pueden los campesinos eliminar el proletariado
y ocupar su sitio? Es imposible. Contra esta suposición
protesta toda la experiencia histórica, la cual demuestra
que los campesinos son completamente incapaces de des-
empeñar un papel político independiente". (Op. cit., pá-
gina 25.)

Todo esto fue escrito no en 1929, ni en 1934, sino en
1905. Quisiera saber si es esto lo que llaman "ignorar" a
los campesinos, "saltarse por alto" la cuestión agraria.
¿No es hora ya, amigos, de proceder honradamente?

Fijón, por lo que a "honradar" se refiere, en lo que
dice Stalin. Hablando de los artículos sobre la Revolución
de Febrero de 1917, escritos por mí desde Nueva York y
que coincidían en lo esencial con los enviados desde Gine-
bra por Lenin, Stalin escribe:

"Las cartas del camarada Trotsky —no se parecen en
nada a las de Lenin, ni por su espíritu ni por sus conse-
cuencias, pues reflejan enteramente la consigna antibolche-
vista del autor: «¡Abajo el zar, y viva el Gobierno
obrero!», consigna que implica la revolución sin los campe-
sinos." (Discurso pronunciado en la fracción del Consejo
Central de los Sindicatos de la URSS, 19 de noviembre
de 1924.)

Son realmente notables estas palabras acerca de la con-
signa "antibolchevista" atribuida a Trotsky: "Abajo el zar
y viva el Gobierno obrero!" Por lo visto, según Stalin la
consigna bolchevista debía estar concebida así: "¡Abajo el
Gobierno obrero y viva el zar!" Pero, ya hablaremos más
adelante de la pretendida "consigna" de Trotsky. Ahora,

oigamos a otra mentalidad contemporánea, sea o no
inculta, pero ya definitivamente divorciada de la concepcio-
nista teórica del partido; me refiero a Lunatcharsky.
"En 1905, Leo Davidovich Trotsky se inclinaba a la idea
de que el proletariado debía actuar aislado sin ayuda a la
burguesía, pues otra cosa sería oportunismo; pero era más
difícil que el proletariado pudiera hacer por sí sólo la
revolución, pues en aquel entonces no representaba más
que el 7 ó el 8 por ciento de la población, y con cuadros tan
reducidos no se podía combatir. En vista de eso, Leo Davidovich
resolvió que el proletariado debía mantener en
Rusia la revolución permanente, esto es, luchar por los
mayores resultados posibles hasta que los tizones de ese re-
cendio hicieran saltar el polvorín mundial". (A. Lunatcharsky, "Sobre las características de la Revolución de
Octubre", en la revista *El Poder de los Soviets*, núm. 1,
1927, pág. 10.)

El proletariado "debe actuar aislado", hasta que los tizones
hagan saltar el polvorín... No escribo mal algunos
comisarios del pueblo, que, por el momento, no actúan
aún "aislados", a pesar del estado amenazador de sus pro-
pios tizones¹. Pero no nos mostremos severos con Lunatcharsky: cada cual hace lo que puede. Al fin al cabo son
absurdas chapucerías no lo son más que muchas otras.

Pero, veamos: ¿es cierto que, según Trotsky, el prole-
tariado debería "actuar aislado"? Reproduzcamos un pasaje
sobre el particular, sacado de mi folleto, sobre *Sturm*,
1906. Digamos, entre paréntesis, que cuando apareció este
folleto, Lunatcharsky le tributó elogios inmoderados.
Mientras que los partidos de la burguesía — así dice en el
capítulo sobre el Soviet de Diputados Obreros — "perma-
necían completamente al margen" de las masas en pleno
auge, "la vida política se concentraba alrededor del Soviet
obrero. La actitud de la masa neutra con respecto al
Soviet era de evidente simpatía, aunque poco entusiasta.
Todos los oprimidos y humillados buscaban defensa en él."

¹ Alusión a la situación inestable de Lunatcharsky en su cargo
de comisario de Instrucción Pública, del cual fue, en efecto, des-
tituido en 1930. (N. del T.)

² Fundador de la socialdemocracia rusa que pasó al liberalismo
burgués y resultó monárquico de extrema derecha. (N. del T.)

La popularidad del Soviet se extendió mucho más allá de las fronteras de la ciudad, recibía "súplicas" de los campesinos esquilmados, adoptaba resoluciones de sociedades rurales. En él, precisamente en él, se concentraba la atención y la simpatía de la nación, de la auténtica, de la no falsificada *nación democrática*". (Nuestra Revolución, página 199.)

Como se ve, en todos estos extractos —cuyo número se podría doblar, triplicar, decuplicar—, la revolución permanente aparece expuesta como una revolución que incorpora al proletariado organizado en Soviet a las masas oprimidas de la ciudad y del campo, como una revolución nacional que lleva al proletariado al Poder, y abre con ello la posibilidad de la transformación de toda la nación acaudillada por el proletariado. Así concebía y así interpretaba yo, a partir de 1905, las perspectivas de la revolución permanente.

Por lo que se refiere a Parvus¹, con cuyas opiniones tenía muchos puntos de contacto mi concepción de la Revolución rusa en 1905, sin coincidir, sin embargo, enteramente con ellas, tampoco tiene razón Radek cuando repite la consabida frase de Parvus relativa al "salto" desde el Gobierno zarista al socialdemócrata. En rigor, Radek se refuta a sí mismo cuando en otro pasaje del artículo indica de pasada, pero acertadamente en qué se distinguían propiamente mis concepciones sobre la revolución de las de Parvus. Éste no entendía que el Gobierno obrero, en Rusia, derivaba en el sentido de la revolución socialista, esto es que pudiera transformarse en dictadura socialista en el transcurso de la realización por él mismo de los objetivos de la democracia. Como lo demuestra el extracto de 1905, reproducido por el propio Radek, Parvus limitaba los objetivos del Gobierno obrero a los de la democracia. ¿Dónde, en este caso, está el salto hacia el socialismo?

¹ Hay que recordar que, en aquel período, Parvus se hallaba situado en la extrema izquierda del marxismo internacional. (Parvus era un socialdemócrata ruso emigrado en Alemania donde tomó una participación activa en el movimiento socialista. Volvió a Rusia en 1905. Durante la guerra fue agente del imperialismo alemán. Murió en 1924. (N. del T.)

Parvus, ya en aquel entonces, preveía la instauración, como resultado de la revolución, de un régimen obrero de tipo "australiano". Después de la Revolución de Octubre —cuando se hallaba, desde hacía mucho tiempo, en la extrema derecha del socialreformismo—, Parvus seguía estableciendo el parangón entre Rusia y Australia. Bujarin afirmaba con este motivo que Parvus había "inventado" a Australia retroactivamente, a fin de lavar sus viejas culpas por lo que se refería a la revolución permanente. Pero no es verdad. En 1905, Parvus veía ya en la conquista del Poder por el proletariado la senda hacia la democracia y no hacia el socialismo; esto es, reservaba al proletariado exclusivamente el papel que en efecto desempeñó en nuestro país durante los primeros ocho o diez meses de la Revolución de Octubre. Parvus apuntaba ya por entonces hacia la democracia australiana de aquellos tiempos, es decir, hacia un régimen en que el partido obrero gobernaba, pero no dominaba, realizando sus reivindicaciones reformistas únicamente como complemento al programa de la burguesía. Ironía del destino: la tendencia fundamental del bloque de la derecha y el centro, de 1923-1928, había de consistir precisamente en acercar la dictadura del proletariado a una democracia obrera de tipo australiano, es decir, al pronóstico de Parvus. Esto aparecerá con especial evidencia si se recuerda que los "socialistas" pequeño burgueses rusos de veinte o treinta años atrás pintaban a Australia, en la prensa rusa, como un país obrero-campesino, preservado del mundo exterior por tarifas arancelarias elevadas que desarrollaba una legislación "socialista", y por ese medio edificaba el socialismo en un solo país.

Radek hubiera obrado acertadamente si hubiera puesto de relieve este aspecto de la cuestión en vez de repetir las fábulas sobre mi fantástico salto por encima de la democracia.

“Kautsky no sólo considera como «muy posible» que «en la marcha de la revolución, el partido socialista obtenga la victoria» sino que declara que constituye un deber de los socialdemócratas inspirar a sus adeptos la confianza en el triunfo, pues no es posible luchar si de antemano se renuncia a él”. (Obras, VII, pág. 58.)

Como volveremos a ver más adelante, entre estas dos interpretaciones del propio Lenin la distancia no es menor, ni mucho menos, que entre sus fórmulas y las mías.

¿Qué significan estas contradicciones? Estas contradicciones no hacen más que reflejar esta “gran incógnita” de la fórmula política de la Revolución: los campesinos. No en vano en otros tiempos el pensamiento radical llamaba al “mujik” la esfinge de la historia rusa. La cuestión del carácter de la dictadura revolucionaria —quíralo o no Radek— está indisolublemente ligada a la posibilidad de un partido campesino revolucionario hostil a la burguesía liberal e independiente, con respecto al proletariado. No es difícil comprender la importancia decisiva de esta cuestión. Si en la época de la revolución democrática los campesinos son capaces de crear su partido, propio, independiente, la dictadura democrática es realizable en el sentido verdadero y directo de esta palabra, y la cuestión de la participación de la minoría proletaria en el Gobierno revolucionario adquiere una significación, si bien importante, secundaria ya.

Las cosas adquieren un sentido muy diferente si se parte del punto de vista de que los campesinos, a consecuencia de su situación intermedia y de la heterogeneidad de su composición social, no pueden tener ni una política ni un partido independientes y en la época revolucionaria se ven obligados a elegir entre la política de la burguesía y la del proletariado. Esta valoración del carácter político de los campesinos es la única que abre las perspectivas de la dictadura del proletariado surgiendo directamente de la revolución democrática. En esto, naturalmente, no hay “ignorancia”, ni “negación”, ni “menosprecio” de la importancia revolucionaria de los campesinos. Sin la importancia decisiva de la cuestión agraria para la vida de toda la sociedad, sin la gran profundidad y las proporciones gigantescas de la revolución campesina, ni tan siquiera se habría podido hablar en Rusia de dictadura del proletariado. Pero

el hecho de que la revolución agraria creara las condiciones para la dictadura del proletariado, fue una consecuencia de la incapacidad de los campesinos para resolver su problema histórico con sus propias fuerzas y bajo su propia dirección. En las condiciones de los países burgueses de nuestros días, que, aunque atrasados, hayan entrado ya en el período de la industria capitalista y se hallen relacionados formando un todo por las vías férreas y el telégrafo —y con esto nos referimos no sólo a Rusia, sino también a China y a la India—, los campesinos son aún menos capaces de desempeñar un papel directivo o tan sólo independientes que en la época de las antiguas revoluciones burguesas. El hecho de que haya subrayado en todas las ocasiones y de un modo insistente esta idea, que constituye uno de los rasgos más importantes de la teoría de la revolución permanente, ha servido de pretexto, completamente insuficiente y substancialmente infundado, para acusarme de no apreciar el papel de los campesinos en su justo valor.

¿Cómo veía Lenin la cuestión del Partido campesino? A esta pregunta sería asimismo necesario contestar con una exposición completa de la evolución de sus ideas sobre la Revolución rusa en el período de 1905 a 1917. Nos limitaremos tan sólo a dos citas. En 1907, Lenin dice:

"Es posible... que las dificultades objetivas de la cohesión política de la pequeña burguesía no permitan la formación de un partido semejante y dejen por mucho tiempo a la democracia en su estado actual de masa incoherente, informe, difusa, que ha hallado su expresión en los *trudoviki*." ¹. (Obras, VII, pág. 494.)

En 1909, Lenin, hablando del mismo tema, se pronuncia ya en otro sentido:

"No ofrece la menor duda que la revolución, llevada... hasta un grado tan elevado de desarrollo como la dictadura revolucionaria, creará un partido campesino revolucionario más definido y más fuerte. Razonar de otro modo significaría suponer que en el adulto ningún órgano esen-

¹ "Trudoviki", representantes de los campesinos en las cuatro dumas, que oscilaban constantemente entre los "cadetes" (liberales) y los socialdemócratas.

cial pueda seguir siendo infantil por su magnitud, su forma y su grado de desarrollo". (Obras, XI, parte I, página 230.)

¿Se ha confirmado esta suposición? No; no se ha confirmado. Sin embargo, ella fue la que incitó precisamente a Lenin a dar, hasta el momento de la comprobación histórica completa, una respuesta algebraica de la cuestión del Poder revolucionario. Naturalmente, Lenin no colocó nunca su fórmula hipotética por encima de la realidad. La lucha por la política independiente del partido proletario constituyó la aspiración principal de su vida. Pero los lamentables epígonos, en su afán de ir a la zaga del partido campesino, llegaron a la subordinación de los obreros chinos al "Kuomintang", a la estrangulación del comunismo en la India en aras del "partido obrero y campesino", a la peligrosa ficción de la Internacional Campesina, a esa mascarada de la Liga Antiimperialista, etc.

El pensamiento oficial actual no se toma en absoluto la molestia de detenerse en las "contradicciones" de Lenin indicadas más arriba, en parte externas y aparentes, en parte reales pero impuestas invariablemente por el problema mismo.

Desde que en nuestro país se cultivan una especie de profesores "rojos" que a menudo no se distinguen de los viejos profesores reaccionarios por una columna vertebral más sólida sino únicamente por una ignorancia más profunda, Lenin se ve aliñado "a lo profesor", se le limpia de "contradicciones"; esto es, de la dinámica viva del pensamiento, enristrando en serie textos aislados y poniendo en circulación una u otra "ristra", según lo exigen las necesidades del momento.

No hay que olvidar ni un instante que los problemas de la revolución se plantearon en un país políticamente "virgen", después de una gran pausa histórica, después de una prolongada época de reacción en Europa y en todo el mundo y que, aunque no fuera más que por esta circunstancia, traían aparejado mucho de desconocido. En la fórmula de la dictadura democrática de los obreros y de los campesinos, Lenin daba expresión a la peculiaridad de las condiciones sociales de Rusia, interpretando dicha fórmula de distintas maneras, pero sin renunciar a la

misma antes de aquilatar hasta el fondo dicha peculiaridad de la Revolución rusa.

¿En qué consistía esta peculiaridad?

El papel gigantesco del problema agrario y de la cuestión campesina en general, como suelo o subsuelo de todos los demás problemas y la existencia de una numerosa intelectualidad campesina o campesinófila con una ideología populista, con tradiciones "anticapitalistas" y temple revolucionario, significaba que si había en algún sitio la posibilidad de un partido campesino antiburgués y revolucionario, era en Rusia.

Y, en efecto, en las tentativas de creación de un partido campesino u obrero-campesino —distinto del liberal y del proletario— se ensayaron en Rusia todas las variantes políticas posibles, clandestinas parlamentarias y combinadas, "Tierra y Libertad" ("Zemlia y Volia"), "La Libertad del Pueblo" (Norudnaya Volia), "El Reparto Negro" ("Cherny Peredel"), el populismo legal, los "socialrrevolucionarios", los "socialistas populares", los "trudoviki", los "socialrrevolucionarios de izquierda", etc., etc. En el transcurso de medio siglo hemos tenido en nuestro país una especie de laboratorio gigantesco para la creación de un partido campesino "anticapitalista" con una posición independiente respecto al partido del proletariado. La experiencia de más amplias proporciones fue, como es sabido, la del partido socialrrevolucionario, que en 1917 llegó a ser, efectivamente, durante un cierto tiempo, el partido de la mayoría aplastante de los campesinos. Pues bien: este partido sólo utilizó su predominio para entregar a los campesinos atados de pies y manos a la burguesía liberal. Los socialrrevolucionarios se coaligaron con los imperialistas de la "Entente" y se alzaron en armas contra el proletariado ruso.

Esta experiencia, verdaderamente clásica, atestigua que los partidos pequeño-burgueses con una base campesina pueden acaso asumir una apariencia de política independiente en los días pacíficos de la historia, cuando se hayan planteado problemas secundarios; pero que, cuando la crisis revolucionaria de la sociedad pone a la orden del día los problemas fundamentales de la propiedad, el par-

tido pequeño-burgués campesino se convierte en un instrumento de la burguesía contra el proletariado.

Si se examinan mis antiguas divergencias con Lenin, no valiéndose de citas tomadas al vuelo, de tal año, mes y día, sino de perspectivas históricas iustas, se verá de un modo completamente claro que el debate estaba entablado, al menos por lo que a mí se refiere, no precisamente en torno a la cuestión de saber si para la realización de los objetivos democráticos era necesaria la alianza del proletariado con los campesinos, sino acerca de la forma de partido, política y estatal que podía asumir la cooperación del proletariado y de los campesinos y de las consecuencias que se desprendían de ello para el desarrollo ulterior de la Revolución. Hablo, naturalmente, de mi posición y no de la que sostenían en aquel entonces Buiarin y Radek, sobre la cual pueden, si quieren, explicarse ellos particularmente.

La comparación siguiente demuestra cuán cerca se hallaba mi fórmula de la "revolución permanente" de la de Lenin. En el verano de 1905, y por tanto antes todavía de la huelga general, de la insurrección de diciembre en Moscú, escribía yo en el prefacio a los discursos de Lasalle:

"Ni que decir tiene que el proletariado cumple su misión apoyándose, como en otro tiempo la burguesía en los campesinos y en la pequeña burguesía. El proletariado dirige el campo, lo incorpora al movimiento, le interesa en el éxito de sus planes. Pero, inevitablemente, el caudillo sigue siendo él. No es la «dictadura del proletariado y de los campesinos», sino la dictadura del proletariado apoyada en los campesinos"¹. (L. Trotsky, 1905, página 231.)

Compárense ahora con estas palabras, escritas en 1905 y citadas por mí en el artículo polaco de 1909, las siguientes

¹ Este extracto, entre otros cien, atestigua, digámoslo de paso, que yo adivinaba ya la existencia de los campesinos y la importancia de la cuestión agraria en vísperas de la Revolución de 1905. Esto es, un poco antes de que empezaran a hacerme comprender la importancia de los campesinos los Máslov, Talheimer, Thalmann, Kemele, Cachin, Monmousseau, Be'a-Kun, Pepper, Kuusinen y otros sociólogos marxistas.

de Lenin, escritas en el mismo año 1909, inmediatamente después que la Conferencia del Partido, bajo la presión de Rosa Luxemburgo, adoptó, en vez de la antigua fórmula bolchevista, la de "dictadura del proletariado apoyada en los campesinos". Lenin, contestando a los mencheviques que hablan de su cambio radical de posición, dice: "...La fórmula escogida por los bolcheviques decía así: el proletariado conduciendo tras de sí a los campesinos..."¹.

"¿Acaso no es evidente que el sentido de todas estas fórmulas es idéntico, que expresa precisamente la dictadura del proletariado y de los campesinos, que la «fórmula» el proletariado apoyándose en los campesinos permanece enteramente en los límites de esa misma dictadura del proletariado y de los campesinos?" (Tomo XI, parte I, págs. 219 y 224.)

Por lo tanto, Lenin da aquí una interpretación de la fórmula "algebraica" que excluye la idea de un Partido campesino independiente, y con tanto mayor motivo su papel predominante en el Gobierno revolucionario: el proletariado conduce a los campesinos, se apoya en ellos; por consiguiente, el poder revolucionario se concentra en las manos del partido del proletariado. Y precisamente en esto consistía el punto central de la teoría de la revolución permanente.

Lo más que se puede decir hoy, después de la comprobación histórica, acerca de las antiguas divergencias en torno a la dictadura, es esto: mientras que Lenin, partiendo invariablemente del papel directivo del proletariado, subraya y desarrolla la necesidad de la colaboración revolucionario-democrática de los obreros y campesinos, enseñándonos a todos nosotros en este sentido, yo, partiendo invariablemente de esta colaboración, subrayo constantemente la necesidad de la dirección proletaria no sólo en el bloque, sino en el Gobierno llamado a ponerse al frente de dicho bloque. No se puede hallar otra diferencia.

En la conferencia de 1909 Lenin propuso la fórmula: "el proletariado conduciendo tras de sí a los campesinos"; pero acabó adhiriéndose a la fórmula de los socialdemócratas polacos, que reunió la mayoría de votos contra los mencheviques.

Tomemos dos extractos relacionados con lo dicho más arriba: uno, sacado de mi *Resultados y perspectivas*, y del que se han servido Stalin y Zinoviev para demostrar la oposición entre mis ideas y las de Lenin, y otro de un artículo polémico de éste contra mí y utilizado por Radek con el mismo fin.

He aquí el primer fragmento:

"La participación objetivamente más verosímil del proletariado en el Gobierno y la única admisible en el terreno de los principios es la participación dominante y directa. Cabe, naturalmente, llamar a este Gobierno dictadura del proletariado, de los campesinos y de los intelectuales, o, finalmente, Gobierno de coalición de la clase obrera y de la pequeña burguesía. Pero sigue en pie la pregunta: ¿A quién pertenece la hegemonía en el Gobierno y, a través de él, en el país? Ya por el solo hecho de hablar de Gobierno obrero prejuzgamos que esa hegemonía debe pertenecer a la clase obrera". (*Nuestra Revolución*, 1906, pág. 250.)

Zinoviev armó un gran alboroto (¡en 1925!) porque yo (¡en 1905!) colocaba en un mismo plano a los campesinos y a los intelectuales. Excepto esto, no hallo nada más en las líneas reproducidas. La alusión a los intelectuales se hallaba provocada por las condiciones de aquel período, caracterizadas por el hecho de que los intelectuales desempeñaban políticamente un papel muy distinto del de ahora; sus organizaciones hablaban constantemente en nombre de los campesinos; los socialrevolucionarios basaban oficialmente su partido en el triángulo proletarios, campesinos e intelectuales; los mencheviques, como escribía yo en aquel entonces, cogían del brazo al primer intelectual radical que se encontraba al paso, con el fin de demostrar el florecimiento de la democracia burguesa. Ya en aquella época hablé centenares de veces de la impotencia de los intelectuales como grupo social "independiente" y de la importancia decisiva de los campesinos revolucionarios. Lo esencial del fragmento reproducido consiste en que en él acepto enteramente el contenido leninista de la dictadura democrática y reclamo únicamente una definición más precisa de su mecanismo político, esto es, la exclusión de una coalición en la cual el proletariado no es más que un rehén de la mayoría pequeño-burguesa.

Tomemos ahora el artículo de Lenin de 1916, que, como hace notar el propio Radek, iba enderezado "formalmente contra Trotsky, pero realmente contra Bujarin, Piatakov, el autor de estas líneas (esto es, Radek) y otros cuantos camaradas". Es ésta una declaración muy valiosa, que confirma plenamente mi impresión de entonces de que la polémica de Lenin iba dirigida a un falso destinatario, pues, como demostraré, no me atañía en sustancia en lo más mínimo. En dicho artículo hay precisamente esa misma acusación contra mí, relativa a la "negación de los campesinos" (en dos líneas), que constituyó posteriormente el principal patrimonio de los epígonos y de sus secuaces. El "nudo" del mencionado artículo —según la expresión de Radek— lo constituye el pasaje siguiente:

"A Trotsky no se le ocurre pensar —dice Lenin citando mis propias palabras— que si el proletariado arrastrase a las masas no proletarias del campo a la confiscación de las tierras de los grandes propietarios, y derribase la monarquía, esto sería el coronamiento de la "revolución nacional burguesa" en Rusia, es decir, la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y de los campesinos". (Lenin, t. XIII, pág. 214.)

Que en el mencionado artículo el reproche de Lenin iba dirigido a "otro destinatario", refiriéndose realmente a Bujarin y Radek, que eran efectivamente los que pretendían saltarse la etapa democrática de la Revolución, lo prueba con claridad no sólo todo lo dicho más arriba, sino también el extracto reproducido por Radek, que él califica con justicia de "nudo" del artículo de Lenin. En efecto, éste cita directamente las palabras de mi artículo de que sólo una política independiente y audaz del proletariado podía "arrastrar a las masas no proletarias del campo a la confiscación de las tierras de los grandes propietarios, al derrumbamiento de la monarquía", etc., etc., y añade: "A Trotsky no se le ocurre pensar que... esto sería la dictadura revolucionaria democrática". Lenin aquí reconoce y certifica, por decirlo así, que Trotsky, acepta bolchevista (colaboración de los obreros y campesinos y objetivos democráticos de esta colaboración), pero no quiere reconocer que esto es precisamente la dictadura de-

mocrática, el coronamiento de la revolución nacional. Por lo tanto, en este artículo polémico, aparentemente el más "severo" de todos, el debate no gira en torno al programa de la etapa inmediatamente próxima de la revolución y sus fuerzas motrices de clase, sino sobre la correlación y política de dichas fuerzas, sobre el carácter de la dictadura desde el punto de vista político y de partido.

Si los equívocos eran comprensibles e inevitables en aquella época, en parte a causa de que los procesos mismos no aparecieran aún con una claridad completa, y en parte debido a la exacerbación de las luchas intestinas entre las fracciones, es absolutamente incomprensible cómo Radek puede introducir, a unos cuantos años de distancia, una confusión tal en la cuestión.

Mi polémica con Lenin giraba, en sustancia, alrededor de la posibilidad de independencia o del grado de independencia de los campesinos en la revolución, en particular de la posibilidad de un partido campesino independiente. En dicha polémica yo acusaba a Lenin de exagerar el papel independiente de los campesinos. Lenin me acusaba a mí de no apreciar en su justo valor el papel revolucionario de los mismos. Esto se desprendía de la lógica de la polémica misma. Pero, ¿acaso no es digno de desprecio aquel que después de veinte años se sirve de viejos textos, haciendo abstracción del fundamento de las condiciones del partido de aquel momento, y dando un valor absoluto a toda exageración polémica o error episódico, en vez de poner al descubierto, a la luz de la mayor de las experiencias históricas, cuál era el eje real de las divergencias y su amplitud no verbal, sino efectiva?

Forzado a limitarme en la elección de extractos, aludiré aquí únicamente a las tesis compendiadas de Lenin sobre las etapas de la revolución, escritas por él a fines de 1905, pero publicadas por primera vez en 1926, en el tomo V de la *Antología leninista*, página 451. Recordaré que la publicación de dichas tesis fue considerada por todos los opositores, Radek inclusive, como el mejor regalo que se podía hacer a la oposición, pues Lenin resultaba en ellas reo de "trotskismo", según todos los artículos del código stalinista. Las acusaciones más importantes de la resolución del VII Pleno del Comité Ejecutivo de la In-

ternacional Comunista, condenando el trotskismo, diríase que están dirigidas consciente y deliberadamente contra las tesis fundamentales de Lenin. Los stalinistas rechinaron los dientes cuando éstas salieron a luz. Kamenev, editor de la Antología, con la "llaneza", no muy púdica, que le es propia, me dijo sin ambages que de no haber formado el bloque con nosotros, no habría permitido de ninguna manera la publicación de ese documento. Finalmente, en el artículo de la Kostrieva, publicado en El Bolchevique, dichas tesis aparecieron malévolamente falseadas a fin de no hacer incurrir a Lenin en el pecado de actitud "trotskista" con respecto a los campesinos en general, y a los campesinos medianamente acomodados en particular.

Reproduciré, asimismo, el juicio que en 1909 merecían a Lenin sus divergencias conmigo:

"El mismo camarada Trotsky, en este razonamiento, admite la participación de los representantes de la población democrática en el «Gobierno obrero», esto es, admite un Gobierno integrado por representantes del proletariado y de los campesinos. Cuestión aparte es la de saber en qué condiciones se puede admitir la participación del proletariado en el Gobierno de la Revolución, y es muy posible que por lo que se refiere a esta cuestión, los bolcheviques no se pongan de acuerdo no sólo con Trotsky, sino tampoco con los socialdemócratas polacos. Pero la cuestión de la dictadura de las clases revolucionarias no se reduce de ninguna manera a la de la «mayoría» o a la de las condiciones de participación de los socialdemócratas, en tal o cual Gobierno revolucionario". (Obras, t. XI, parte I, pág. 229.)

En estas líneas, Lenin vuelve a certificar que Trotsky acepta el Gobierno de los representantes del proletariado y de los campesinos, y, por lo tanto, no se "olvida" de los últimos. Subraya, además, que la cuestión de la dictadura no se reduce a la de la mayoría en el Gobierno. Esto es absolutamente indiscutible: se trata, ante todo, de la lucha mancomunada de los obreros y campesinos, y, por consiguiente, de la lucha de la vanguardia proletaria por la influencia sobre los campesinos contra la burguesía liberal o nacional. Pero si la cuestión de la dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos no se reduce a la de tal o

cual mayoría en el Gobierno, en caso de triunfo de la revolución conduce precisamente a ella, dándole una importancia decisiva.

Como hemos visto, Lenin, prudentemente —por lo que pueda suceder—, hace la reserva de que si se trata del problema de la participación del Partido en el Gobierno revolucionario, es posible que exista una divergencia entre él y yo de una parte, y de otra, entre Trotsky y los compañeros polacos acerca de las condiciones de dicha participación. Se trataba, por lo tanto, de una divergencia posible, por cuanto Lenin admitía teóricamente la participación de representantes del proletariado en calidad de minoría en el Gobierno democrático. Los acontecimientos se encargaron de demostrar que no había tal divergencia. En noviembre de 1917 se desarrolló en las esferas dirigentes del Partido una lucha furiosa en torno a la cuestión del Gobierno de coalición con los mencheviques y los social-revolucionarios. Lenin, sin hacer ninguna objeción de principio a la coalición sobre la base soviética, exigió categóricamente una mayoría bolchevique firmemente asegurada. Y me puse decididamente al lado de Lenin.

Ahora, veamos a lo que reduce propiamente Radek toda la cuestión de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos.

“¿En qué resultó justa en lo fundamental —pregunta— la vieja teoría bolchevista de 1905? En que la acción mancomunada de los obreros y campesinos de Petrogrado (soldados de la guarnición de dicha ciudad) derrocó al zarismo (en 1917, L. T.). Hay que tener presente que, en lo fundamental, la fórmula de 1905 preveía solamente la correlación de clases, y no una institución política concreta”.

¡No; esto no, perdón! Si califico de “algebraica” la vieja fórmula de Lenin, no lo hago, ni mucho menos, en el sentido de que sea permitido reducirla a una vaciedad, como Radek hace sin reflexionar. “Lo fundamental se realizó: el proletariado y los campesinos conjuntamente derrocaron el zarismo”. Pero este hecho fundamental es el que se ha realizado en todas las revoluciones triunfantes y semitriunfantes sin excepción. Siempre y en todas partes, los reyes, los señores feudales, el clero, viéronse atacados por los proletarios o preproletarios, los plebeyos y los campe-

sinos. Así sucedió ya en el siglo xvi, en Alemania, y aún antes. En China fueron estos mismos obreros y campesinos los que atacaron a los "militaristas". ¿Qué tiene que ver con esto la dictadura democrática? En las antiguas revoluciones no la hubo, ni la ha habido tampoco en la China. ¿Por qué? Porque la burguesía cabalgaba a lomos de los obreros y campesinos que realizaban la labor ingrata de la revolución. Radek se ha abstraído tan considerablemente de las "instituciones políticas", que ha olvidado lo "fundamental de toda revolución: quién la dirige y quién toma el poder. Olvida que la revolución no es otra cosa que la lucha por el Poder; una lucha política que las clases sostienen no con las manos vacías, sino por medio de "instituciones políticas concretas" (partidos, etc.).

"Las gentes que no habían pensado en la complejidad del método marxista y leninista —dice Radek—, para aniquilarnos a nosotros, pecadores, concebían la cosa así: todo debía terminar infaliblemente con un Gobierno de coalición de partidos, del obrero y del campesino".

¡Ya veis qué gente más simple!... Pero, ¿qué es lo que piensa el propio Radek? ¿Que la revolución victoriosa no debe conducir a un nuevo Gobierno o que éste no debe dar forma y consolidar una correlación determinada de las fuerzas revolucionarias? Radek ha profundizado hasta tal punto el problema "sociológico", que no ha quedado de él más que una cáscara verbal.

Las siguientes palabras, extraídas del informe del propio Radek en la Academia Comunista —sesión de marzo de 1927—, demostrarán mejor que nada cuán inadmisible es abstraerse de la cuestión de las formas políticas de colaboración de los obreros y campesinos.

"El año pasado escribí un artículo para la «Pravda» acerca de este Gobierno (el de Cantón), calificándolo de campesino-obrero. Pero un camarada de la redacción, creyendo que me había equivocado, lo corrigió en esta forma: obrero-campesino. Yo no protesté y lo dejé así: «Gobierno obrero-campesino»".

Por lo tanto, Radek, en marzo de 1927 (¡no en 1905!) consideraba posible la existencia de un Gobierno campesino-obrero, distinto de un Gobierno obrero-campesino. He de confesar que yo tampoco lo comprendo. Sabemos muy

bien lo qué es un Gobierno obrero-campesino. Pero, ¿qué es un Gobierno campesino-obrero, distinto de un Gobierno obrero-campesino y opuesto al mismo? Esforzaos cuanto queráis en aclarar esta enigmática trasposición de adjetivos. Es aquí donde llegamos a la médula de la cuestión. En 1926 Radek creía que el Gobierno de Chiang-Kai-Shek en Cantón era un Gobierno campesino-obrero, y en 1927 lo repetía de un modo que no dejaba lugar a dudas. En la práctica, resultó que era un Gobierno obrero que explotó la lucha revolucionaria de los obreros y campesinos y después la ahogó en sangre. ¿Cómo se explica este error? ¿Es que Radek, sencillamente, se engañó? A distancia es posible engañarse. Entonces, que diga que no lo entendió, que no se dio cuenta, que se equivocó. Pero no; lo que hay no es un error de hecho, resultado de una información deficiente, sino, como se ve claramente ahora, un profundo error de principio. El Gobierno campesino-obrero, por oposición al obrero-campesino, es precisamente el "Kuomintang". No puede significar otra cosa. Si los campesinos no siguen al proletariado, siguen a la burguesía. Creo que en mi crítica de la idea fraccionista de Stalin del "partido obrero y campesino" esta cuestión ha quedado suficientemente dilucidada. (Véase la *Crítica del Programa de la Internacional Comunista*.) El Gobierno "campesino-obrero" de Cantón, diferente del obrero-campesino, es, en el lenguaje de la política china actual, la única expresión concebible de la "dictadura democrática" por oposición a la dictadura proletaria; en otros términos, la encarnación de la política "kuomintangista" de Stalin en oposición a la bolchevique, calificada de "trotskismo" por la Internacional Comunista.

¿Cuál es la clase social —pregunto yo, y no es la primera vez— que en nuestro país puede levantar sobre sus espaldas a la democracia revolucionaria burguesa, llevarla al Poder y darle la posibilidad de realizar una labor enorme teniendo el proletariado en la oposición? Es ésta

la cuestión central, que torno a plantear a los mencheviques.

Tenemos en nuestro país, es verdad, a masas enormes de campesinos revolucionarios. Pero, los camaradas de la minoría saben tan bien como yo que los campesinos, por revolucionarios que sean son incapaces de desempeñar un papel político independiente, y mucho menos directivo. Es indiscutible que los campesinos pueden constituir una fuerza enorme al servicio de la revolución; pero no será digno de un marxista creer que un partido campesino puede ponerse al frente de la revolución burguesa y libertar por iniciativa propia las fuerzas productivas del país de sus cadenas arcaicas. La ciudad ejerce la hegemonía de la revolución burguesa¹.

¿Dónde está, en nuestro país, la democracia urbana capaz de arrastrar tras de sí a la nación? El compañero Martinov la ha buscado ya más de una vez armado de una lupa, y no ha encontrado más que maestros de Zaratov, abogados peterburgueses y funcionarios moscovitas de estadística. Martinov, lo mismo que todos los que comparten su posición, se cuida mucho de no advertir que en la revolución rusa el proletariado industrial ocupa el mismo puesto que ocupaba a fines del siglo xvii la democracia artesana semiproletaria de los sans-culottes. Llamo vuestra atención, camaradas, hacia este hecho de fundamental importancia.

Nuestra gran industria no ha surgido como un resultado de la evolución natural del artesanado. La historia económica de nuestras ciudades ignora por completo el período de los gremios. La industria capitalista surge en nuestro país bajo la presión directa e inmediata del capital europeo y se apodera de un terreno virgen, primitivo, sin chocar con la resistencia de la cultura corporativa. El capital extranjero influye en nuestro país por los canales de los empréstitos del Estado y las arterias de la iniciativa privada y reúne a su alrededor al ejército del proletariado industrial, sin permitir que surja y se des-

¹ ¿Están de acuerdo con esto los críticos trasnochados de la revolución permanente? ¿Están dispuestos a hacer extensiva esta tesis a los países de Oriente: a la China, a la India, etc., etc. ¿Sí o no?

arrolle el artesano. Como resultado de este proceso, en el momento de la revolución burguesa, la fuerza principal de las ciudades resulta ser un proletariado de tipo social muy elevado. Es un hecho que no se puede negar y sobre el cual tenemos que basar nuestras conclusiones revolucionarias tácticas.

Si los camaradas de la minoría creen en el triunfo de la revolución o aceptan aunque no sea más que la posibilidad de dicho triunfo, no pueden dejar de reconocer que en nuestro país, a excepción del proletariado, no hay ningún pretendiente histórico al Poder revolucionario. Del mismo modo que la democracia pequeño-burguesa urbana de la gran Revolución se puso al frente del movimiento revolucionario nacional, el proletariado, la única democracia revolucionaria de nuestras ciudades, debe hallar un punto de apoyo en las masas campesinas, y subir al Poder, si es que la revolución ha de triunfar.

Un Gobierno que se apoye directamente en el proletariado, y a través de él en los campesinos revolucionarios, no significa aún la dictadura socialista. No me referiré ahora a las perspectivas ulteriores del Gobierno proletario. Es posible que el destino del proletariado sea el de caer, como cayó la democracia jacobina, para dejar el sitio libre a la dominación de la burguesía. No quiero dejar sentado más que lo siguiente: si, de acuerdo con la profecía de Pléjanov, el movimiento revolucionario triunfa en nuestro país como movimiento obrero, el triunfo de la revolución en Rusia sólo se concibe como triunfo revolucionario del proletariado; de otro modo, será imposible.

Insisto en esto con toda firmeza. Si se reconoce que las contradicciones sociales entre el proletariado y la masa campesina no permiten al primero ponerse al frente de ésta; si el proletariado mismo no es lo bastante fuerte para alcanzar la victoria, entonces no habrá más remedio que llegar en términos generales, a la conclusión de que nuestra revolución no está llamada a triunfar. En estas condiciones, el final natural de la revolución debe ser el acuerdo de la burguesía liberal con el antiguo régimen. Es ésta una hipótesis cuya posibilidad no puede descartarse. Pero es evidente que se halla en el camino de la derrota de la revolución, condicionada por su debilidad interna.

En esencia, todo el análisis de los mencheviques —ante todo su apreciación del proletariado y de sus posibles posiciones con respecto a los campesinos— los conduce inevitablemente a la senda del pesimismo revolucionario.

Pero se apartan tenazmente de esta senda y desenvuelven el optimismo revolucionario a cuenta... de la democracia burguesa.

De aquí se desprende su actitud frente a los "cadetes". Para ellos, los "cadetes" son el símbolo de la democracia burguesa, y la democracia burguesa el único pretendiente al Poder revolucionario...

¿En qué fundáis vuestra confianza en que los "cadetes" puedan aún levantarse? ¿En las realidades del proceso político? No; en vuestro esquema. Para "llevar la revolución hasta el fin" tenéis necesidad de la burguesía democrática urbana. La buscáis ávidamente y no encontráis nada, excepto los "cadetes". Y a cuenta de ellos, desarrolláis un optimismo sorprendente, les atribuíis cualidades que no tienen, queréis obligarles a desempeñar un papel creador que no quieren ni pueden asumir y que no asumirán. A mi pregunta fundamental —que he formulado muchas veces—, no se me ha dado respuesta alguna. No tenéis previsión alguna ante la revolución. Vuestra política carece de grandes perspectivas.

Y como resultado de ello, vuestra posición con respecto a los partidos burgueses se formula con palabras que el Congreso debe guardar en su memoria: "de vez en cuando, según los casos". Así, pues, el proletariado no sostiene una lucha sistemática por la influencia sobre las masas populares, no controla sus pasos tácticos bajo el ángulo de una idea directiva: agrupar a su alrededor a todos los que trabajan y sufren y convertirse en su heraldo y su caudillo. (V Congreso del Partido, Actas y resoluciones, páginas 180-185.)

Este discurso, que resume en forma muy compendiada mis artículos, discursos y actuación en el transcurso de 1905-1906, fue acogido con aprobación completa por los bolcheviques, por no hablar ya de Rosa Luxemburgo y Tyschko (como consecuencia de este discurso, se estableció un contacto más estrecho entre ellos y yo, que determinó mi colaboración en su revista polaca). Lenin, que no per-

donaba mi actitud conciliadora respecto de los mencheviques —y tenía razón—, comentó mi discurso en términos de una sobriedad deliberadamente subrayada. He aquí lo que dijo: "Sólo observaré que Trotsky, en su folleto «En defensa del partido», expresa su solidaridad con Kautsky, quien ha hablado de la comunidad económica de los intereses del proletariado y de los campesinos en la revolución actual. Trotsky acepta la posibilidad y la conveniencia de un bloque de izquierda contra la burguesía liberal. Para mí son suficientes estos hechos para reconocer el acercamiento de Trotsky a nuestras concepciones. Independientemente de la cuestión de la revolución permanente, existe una solidaridad en los puntos fundamentales de la cuestión sobre la actitud frente a los partidos burgueses". (Lenin, Obras, VIII, pág. 400.)

Lenin, en su discurso, no se detenía a juzgar en términos generales la teoría de la revolución permanente, con tanto mayor motivo cuando que yo mismo, en mi discurso, no desarrollaba las perspectivas ulteriores de la dictadura del proletariado. Es evidente que Lenin no había leído mi trabajo fundamental sobre esta cuestión, de lo contrario no hubiera hablado como de algo nuevo, de mi "acercamiento" a las concepciones de los bolcheviques, pues el discurso de Londres no fue más que una exposición compendiada de mis escritos de 1905-1906. Lenin se expresaba con una reserva extrema, pues yo me hallaba por entonces fuera de la fracción bolchevique. Sin embargo, o mejor dicho, precisamente por esto, las palabras de Lenin no se prestan a ninguna falsa interpretación. Lenin registra la "solidaridad en los puntos fundamentales de la cuestión" de la actitud con respecto a los campesinos y a la burguesía liberal. Esta solidaridad se refiere no a mis fines, como aparece de un modo incoherente en Radek, sino precisamente al método. Por lo que toca a las perspectivas de transformación de la revolución democrática en socialista, Lenin hace previamente una reserva: "Independiente de la cuestión de la revolución permanente". ¿Qué significa esta reserva? No puede ser más clara: Lenin ni identificaba, ni mucho menos, la revolución permanente con el desconocimiento de los campesinos o el salto sobre la revolución democrática, como quieren hacerlo creer los ignorantes y

poco escrupulosos epigonos. El pensamiento de Lenin es el siguiente: no quiero referirme a la cuestión de hasta dónde llegará nuestra revolución o de si el proletariado podrá subir al Poder antes en nuestro país que en Europa, y de las perspectivas que esto abrirá al socialismo, pero en la cuestión fundamental de la actitud del proletariado frente a los campesinos y a la burguesía liberal existe la solidaridad. Más arriba hemos visto en qué sentido la *Nóvaya Jizn* bolchevista se refería a la revolución permanente casi al mismo tiempo que ésta estallaba, esto es, en 1905. Recordemos, además, cómo se expresaba la redacción de las Obras de Lenin con respecto a dicha teoría después de 1917. En las notas del tomo XIV, II parte, página 481, se dice:

"Ya antes de la Revolución de 1905 preconizó (Trotsky) una teoría especial y particularmente significativa ahora, la teoría de la revolución permanente, en virtud de la cual afirmaba que la revolución burguesa de 1905 se transformaría directamente en socialista, siendo la primera de una serie de revoluciones nacionales".

Admito que en estas líneas no se reconozca en general que fuera acertado todo lo escrito por mí sobre la revolución permanente. Pero, en todo caso, se reconoce que no es lo dicho por Radek sobre la misma idea. "La revolución burguesa se transformaría directamente en socialista": ésta es la teoría de la transformación y no del salto; de aquí se desprende una táctica realista y no aventurera. Y, ¿qué sentido tienen las palabras "la teoría de la revolución permanente, particularmente significativa ahora"? Pues, que la Revolución de Octubre vino a iluminar con nueva luz los aspectos de dicha teoría, que antes parecían a muchos oscuros o sencillamente "improbables". La segunda parte del tomo XIV de las Obras de Lenin apareció en vida de su autor. Millares de miembros del Partido leyeron la nota mencionada. Nadie, hasta 1924, la declaró falsa, y a Radek no se le ocurrió hacerlo hasta 1928.

Sin embargo, por cuanto Radek habla, no sólo de la teoría, sino también de la táctica, el argumento más importante contra él es el carácter de mi participación práctica en las revoluciones de 1905 y 1917. Mi actuación en el Soviet petersburgués de 1905 coincidió con la elabora-

ción definitiva de mis concepciones contra las cuales los epígonos abren un fuego constante, sobre el carácter de la revolución. ¿Cómo se explica que estas concepciones pretendidamente tan erróneas no se reflejaran en lo más mínimo en mi actuación política, que se desarrollaba a los ojos de todo el mundo y se registraba todos los días en la prensa? Si se admite que una teoría tan errónea se reflejaba en mi política, ¿por qué callaban los cónsules actuales? Y, lo que es un poco más importante, ¿por qué Lenin defendió con toda energía la línea del Soviet de Petersburgo, tanto en el momento de apogeo de la Revolución como después de su derrota?

Las mismas cuestiones, pero acaso con una fórmula aún más acentuada, se refieren a la Revolución de 1917. Desde Nueva York juzgué en una serie de artículos la Revolución de Febrero con el punto de vista de la teoría de la revolución permanente. Todos estos artículos han sido reproducidos. Mis conclusiones tácticas coincidían por completo con las que Lenin deducía simultáneamente desde Ginebra, y por lo tanto, se hallaban en la misma contradicción irreconciliable con las conclusiones de Kamenev, Stalin y otros epígonos.

¿Por qué empleé el término limitativo "a veces"? Porque así fue en realidad. La afirmación de que la dictadura democrática "se realizó" en la fase del doble poder ("en cierta forma y hasta cierto punto") la hizo Lenin únicamente en el período comprendido entre abril y octubre de 1917, esto es, antes de que se realizara verdaderamente la revolución democrática. Radek no se ha dado cuenta de esto, no lo ha comprendido, no lo ha apreciado.

En la lucha contra los actuales epígonos, Lenin hablaba de un modo extremadamente condicional de "realizarse" la dictadura democrática, no en calidad de característica histórica del período del doble poder —en este aspecto habría sido sencillamente un absurdo—, sino como argumento contra los que esperaban una segunda edición, corregida y aumentada, de la dictadura democrática independiente. Las palabras de Lenin tenían el sentido de que no había habido, ni habría, fuera del mísero aborto del doble poder, ninguna otra dictadura democrática, y que, por ello, era necesario "rearmarse", esto es, cambiar la consigna. Afir-mar que la coalición de los socialrevolucionarios y de los mencheviques era la "realización de la consigna bolchevista", significa que se nos quiere dar a sabiendas gato por liebre o que el que lo hace ha perdido completamente la cabeza. Contra los mencheviques se podía emplear un argumento hasta cierto punto análogo al de Lenin contra Kamenev: ¿Esperáis un papel "progresivo" de la burguesía en la revolución? Este papel se ha realizado ya: el papel político de los Rodziankov, los Guchkov y los Milivkov es el máximo que podía dar de sí la burguesía liberal, del mismo modo que el régimen de Kerensky es el máximo de la revolución democrática que podía realizarse en calidad de etapa autónoma.

Hay indicios anatómicos indiscutibles —vestigios— que atestiguan que nuestros antepasados tenían cola. Estos indicios son suficientes para demostrar la unidad genética del mundo animal. Pero, hablando francamente, hay que decir que, a pesar de todo, el hombre no tiene cola. Lenin señalaba a Kamenev en el régimen de doble poder los vestigios de la dictadura democrática, advirtiéndole que de aquellos vestigios no se podía esperar ningún órgano nuevo. Pero en nuestro país no hubo una revolución democrática independiente, si bien la realizamos de un modo más profundo, radical y decidido que nunca ni en parte alguna.

Radek debería pensar que si la dictadura democrática se hubiera realizado efectivamente en abril-octubre, acaso el mismo Molotov la habría reconocido. El Partido y la clase concebían la dictadura democrática como un régimen que venía a destruir implacablemente el viejo aparato estatal de la monarquía y a liquidar definitivamente la gran propiedad agraria. Pero en el período de Kerensky no hubo nada de esto, ni por asomo. Para los bolcheviques se trataba de la realización práctica de los objetivos revolucionarios, y no del descubrimiento de "vestigios" sociológicos e históricos determinados. Lenin fijó estos indicios de un modo magnífico para que sus contradictores vieran las cosas teóricamente claras. Pero nada más que esto. Radek intenta seriamente convencernos de que en el período del doble poder, esto es, de sin poder, existía la "dictadura" y se realizó la revolución democrática. Pero la verdad es que se trataba de una "revolución democrática" tal, que hacía falta todo el genio de Lenin para reconocerla. Esto significa precisamente que no se realizó. Una verdadera revolución democrática es algo que puede reconocer sin dificultad cualquier campesino analfabeto de Rusia o de China. Pero, con los indicios morfológicos, resulta un poco más difícil. A pesar de la lección rusa de Kamenev no se puede en ningún momento conseguir que Radek se de cuenta al fin de que también en China la dictadura democrática se "realizó" en el sentido leninista (a través del "Kuomintang") con una forma más completa, más acabada, que en nuestro país por medio del doble poder, y que sólo los espíritus simples pueden esperar una segunda edición, corregida y aumentada, de la "democracia" en China.

Si en nuestro país la dictadura democrática se hubiera realizado únicamente bajo la forma del régimen de Kerensky, que no era más que un perro faldero de Lloyd George y Clemenceau, sería preciso decir que la historia se había burlado cruelmente de la consigna estratégica del bolchevismo. Por fortuna, no fue así. La consigna bolchevista se realizó efectivamente, no en el sentido de indicación morfológica, sino en el de una magna realidad histórica. Pero se realizó no antes, sino después de Octubre. La guerra campesina, según la expresión de Marx, sirvió de punto de apoyo a la dictadura del proletariado. La colaboración de las dos clases se efectuó en una escala gigantesca gracias a la Revolución de Octubre. Entonces, el campesino más ignorante comprendió y sintió, aun sin los comentarios de Lenin, que la consigna bolchevista había encarnado en la realidad. Y el propio Lenin juzgó la Revolución de Octubre —su primera etapa— como la verdadera realización de la revolución democrática, y por lo mismo, como la encarnación, aunque modificada, de la consigna estratégica del bolchevismo. Hay que tomar a Lenin en su totalidad, y, ante todo, el Lenin de después de Octubre, cuando examinaba y juzgaba los acontecimientos desde una cima más elevada. Finalmente, hay que tomar a Lenin a lo Lenin, y no a la manera de los epígonos.

Lenin examina (después de Octubre) en su libro contra Kautsky la cuestión del carácter de clase de la revolución y de su "transformación". He aquí uno de los pasajes que Radek debería meditar:

"Sí; nuestra Revolución (la de Octubre, L. T.) es burguesa mientras marchamos juntos con los campesinos como un todo. Esto lo hemos visto siempre con claridad, y de 1905 para acá hemos dicho centenares y miles de veces que no podríamos saltar por alto este peldaño necesario del proceso histórico, ni abolirlo con decretos".

Y más adelante:

"Las cosas han sucedido precisamente tal y como decíamos. La marcha de la revolución ha demostrado que nuestro razonamiento era acertado. En un principio, unidos "todos" los campesinos contra la monarquía, contra los terratenientes, contra las reminiscencias medievales (por cuanto la burguesía es burguesa, democrático-burguesa).

Después, unidos con los campesinos más pobres y los semi-proletarios, con todos los explotados, contra el capitalismo, incluso contra los elementos ricos del campo, contra los especuladores (por cuanto la revolución se convierte en socialista)". (Obras, XX, pág. 508.)

He aquí como hablaba Lenin, no, "a veces", sino siempre, mejor dicho, "para siempre", formulando un juicio definitivo, general y completo de la marcha de la Revolución, la de Octubre inclusive. "Las cosas han sucedido precisamente tal y como decíamos". La revolución democrático-burguesa se realizó bajo la forma de coalición de los obreros y campesinos. ¿Bajo el régimen de Kerensky? No; en el primer período que siguió a Octubre. ¿Es cierto? Lo es. Pero se realizó, como ahora sabemos, no en forma de dictadura democrática, sino de dictadura del proletariado. Con ello mismo, desapareció definitivamente la necesidad de la vieja fórmula algebraica.

Si se coloca de un modo crítico el argumento condicional de Lenin de 1917 contra Kamenev al lado de la característica definitiva de la Revolución de Octubre dada por aquél en los años siguientes resulta que en nuestro país se "realizaron" dos revoluciones democráticas. Esto es ya demasiado, tanto más cuanto que la segunda está separada de la primera por el alzamiento armado de las masas proletarias.

Comparo ahora el pasaje, que acabo de reproducir, del libro de Lenin *El renegado Kautsky*, con el siguiente fragmento de mis *Resultados y perspectivas*, donde en el capítulo sobre el régimen proletario se esboza la primera etapa de la dictadura y las perspectivas de su transformación ulterior.

"La destrucción del régimen semifeudal de casta será apoyado por todos los campesinos como clase. El impuesto progresivo sobre la renta será apoyado por la mayoría de los campesinos. Pero las medidas legislativas en defensa del proletariado agrícola no sólo no serán acogidas con el apoyo activo de la mayoría, sino que chocarán con la resistencia activa de la minoría.

"El proletariado se verá obligado a llevar la lucha de clases al campo e infringir, de este modo, la comunidad de intereses que existe indudablemente entre todos los cam-

pesinos, pero dentro de límites relativamente estrechos. Ya en los primeros tiempos que seguirán a su régimen, el proletariado se verá en la necesidad de buscar un punto de apoyo en la oposición de los elementos pobres a los elementos ricos del campo, del proletariado agrícola a la burguesía agraria". (Nuestra Revolución, 1906, pág. 225.)

¿Se parece esto en algo a la "ignorancia" —que se me achaca— de los campesinos y a la "oposición" completa de las dos líneas, la leninista y la mía?

El extracto de Lenin que hemos citado más arriba no es el único. Por el contrario, como sucedía siempre con él, la nueva fórmula, que dilucida más profundamente los acontecimientos, se convierte en el eje de sus discursos y artículos de todo un período. He aquí lo que decía en marzo de 1919:

"En octubre de 1917 tomamos el Poder con los campesinos como un todo. Fue ésta una revolución burguesa, por cuanto la lucha de clases en el campo no se desarrolló aún". (Obras, XVI, pág. 143.)

He aquí lo que decía Lenin en el Congreso del Partido en marzo de 1919:

"En un país en que el proletariado tuvo que adueñarse del Poder con ayuda de los campesinos, donde le correspondió un papel de agente de la revolución pequeño-burguesa, nuestra revolución, hasta la organización de los Comités de los campesinos pobres, esto es, hasta el verano y aún el otoño de 1918, fue en un grado considerable una revolución burguesa". (Obras, XVI, pág. 105.)

Lenin repitió estas palabras con distintas variantes y en distintas ocasiones, muchas veces. Sin embargo, Radek prescinde sencillamente de esta idea capital de Lenin, que resuelve la cuestión debatida.

El proletariado tomó el Poder en octubre, unido a todos los campesinos, dice Lenin. Por ello mismo, la revolución fue burguesa. ¿Es cierto esto? En un cierto sentido, sí. Pero esto significa precisamente que la verdadera dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, esto es, la que destruyó efectivamente el régimen democrático-servil y arrebató la tierra a los señores, tuvo lugar no antes, sino después de octubre; tuvo lugar, para emplear las palabras de Marx, en forma de dictadura del proletariado apoyada

por la guerra campesina, y ya unos meses después empezó a transformarse en dictadura socialista. ¿Es posible que esto no aparezca claro? ¿Acaso se puede discutir todavía sobre este tema?

Según Radek, la teoría "permanente" es culpable de confundir la etapa burguesa con la socialista. Pero, en la práctica, la dinámica de clase "confundió", esto es, combinó, de un modo tan profundo estas dos etapas, que nuestro infortunado metafísico no puede, en modo alguno, atar los dos cabos.

Naturalmente, en *Resultados y perspectivas* se pueden encontrar ciertas lagunas y afirmaciones erróneas. Pero no hay que olvidar que, en sus líneas fundamentales, dicho trabajo fue escrito no en 1923, sino antes de Octubre... de 1905. La crítica de Radek no se refiere para nada a la cuestión de las lagunas en la teoría de la revolución permanente, o, mejor dicho, a los motivos en que la fundaba en aquel entonces, pues, siguiendo el ejemplo de sus maestros epígonos ataca no las lagunas, sino los lados fuertes de la teoría, esto es, los que habían de coincidir con la marcha del proceso histórico. Y los ataca mediante conclusiones radicalmente falsas que saca de la proposición de Lenin, no estudiada ni meditada a fondo por él.

SOBRE EL SALTO DE ETAPAS HISTÓRICAS

Radek no se limita a repetir simplemente algunos de los ejercicios críticos oficiales de estos últimos años, sino que aún los simplifica, si cabe. De sus palabras resulta que, tanto en 1905 como hoy, Trotsky no establece en términos claros diferencia alguna entre la revolución burguesa y la socialista, entre Oriente y Occidente. Siguiendo el ejemplo de Stalin, Radek me advierte que es inadmisibles saltarse una de las etapas históricas.

Ante todo, es cosa de preguntarse: si para mí, en 1905, se trataba sencillamente de la "revolución socialista", ¿por qué suponía que podía empezar antes en la atrasada Rusia que en la avanzada Europa? ¿Por patriotismo, por orgullo nacional? Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que en la realidad las cosas han sucedido así. ¿Se da cuenta Radek de que, si la revolución democrática hubiera podido realizarse en nuestro país como etapa independiente, no tendríamos actualmente la dictadura del proletariado? Si la conquistamos antes que en Occidente, fue precisa y únicamente porque la historia combinó orgánicamente —y por combinar no entiendo confundir— el contenido sustancial de la revolución burguesa con la primera etapa de la revolución proletaria.

Distinguir la revolución burguesa de la proletaria es el abecé. Pero al abecé sigue el deletreo; esto es, la combinación de las letras. La historia ha efectuado precisamente esta combinación de las letras más importantes del alfabeto socialista. Radek, de las palabras formadas ya en la práctica nos arrastre hacia atrás, hacia el abecé. Es triste, pero es así.

Es absurdo sostener que, en general, no se pueda saltar por alto una etapa. A través de las "etapas" que se deri-

van de la división teórica del proceso de desarrollo encadenado en su conjunto, esto es, en su máxima plenitud, el proceso histórico vivo efectúa siempre saltos, y exige lo mismo de la política revolucionaria en los momentos críticos. Se puede decir que lo que mejor distingue al revolucionario del evolucionista vulgar consiste precisamente en su talento para adivinar estos momentos y utilizarlos.

La división marxista del desarrollo de la industria en artesanado, manufactura y fábrica pertenece al abecé de la economía política o, mejor dicho, de la historia de la economía. Pero el caso es que en Rusia la fábrica apareció sin pasar por la etapa de la manufactura y de los gremios urbanos. Un proceso análogo se dio en nuestro país en las relaciones de clase y en la política. Ciertamente no cabe comprender la nueva historia de Rusia si no se conoce el esquema marxista de las tres etapas: artesanado, manufactura, fábrica. Pero quien no sepa más que esto, no sabrá nada de nada. La historia de Rusia, digámoslo sin ofender a Stalin, se ha saltado varias etapas. La diferenciación teórica de dichas etapas, sin embargo, es asimismo necesaria para Rusia, pues de otro modo no se puede comprender, en qué consistió el salto ni cuáles han sido sus consecuencias.

También cabe examinar la cuestión desde otro punto de vista —como hizo a veces Lenin con el problema del doble poder— y decir que en Rusia existieron estas tres etapas marxistas, aunque las dos primeras en un aspecto comprendido en extremo, en embrión, y que estos “rudimentos” son suficientes para confirmar la unidad genética del proceso económico. Sin embargo, la reducción cuantitativa de estas dos etapas es tan grave, que engendró una cualidad completamente nueva en toda la estructura social de la nación. La expresión más elocuente de esta nueva “cualidad” en política es la Revolución de Octubre.

Lo que más insoportable se hace en estas cuestiones es ver a Stalin “teorizando” con dos bultos que constituyen su único bagaje teórico: la “ley del desarrollo desigual” y la “no saltarse por alto una etapa”. Stalin no ha llegado todavía a comprender que el desarrollo desigual con-

siste precisamente en saltarse por alto ciertas etapas. (O en permanecer un tiempo excesivo en una de ellas.) Stalin opone con una seriedad inimitable a la teoría de la revolución permanente... la ley del desarrollo desigual. Sin embargo, la previsión de que la Rusia históricamente atrasada podía llegar a la revolución proletaria antes que la Inglaterra avanzada, se hallaba enteramente basada en la ley del desarrollo desigual. Lo que hay es que para una previsión de este género era preciso comprender la desigualdad del desarrollo histórico en toda su concreción dinámica y no limitarse sencillamente a rumiar los textos leninistas de 1915 comprendiéndolos al revés e interpretándolos de un modo absurdo.

La dialéctica de las "etapas históricas" se percibe de un modo relativamente fácil en los períodos de impulso revolucionario. Los períodos reaccionarios, por el contrario, se convierten de un modo lógico en tiempos de evolucionismo banal. El stalinismo, esa vulgaridad ideológica concentrada, digna criatura de la reacción dentro del Partido, ha creado una especie de culto del movimiento por etapas como envoltura del "seguidismo" y de la pusilanimidad. Esta ideología reaccionaria se ha apoderado ahora también de Radek.

Tales o cuales etapas del proceso histórico pueden resultar inevitables aunque teóricamente no lo sean. Y a la inversa: etapas teóricamente "inevitables" pueden verse reducidas a cero por la dinámica del desarrollo, sobre todo durante la revolución, pues no en vano se ha dicho que las revoluciones son las locomotoras de la historia.

Así, por ejemplo, en nuestro país el proletariado se "saltó" por alto la fase del parlamentarismo democrático, concediendo a las Cortes Constituyentes unas horas de vida nada más, y para eso, en el zaguán. En China no se puede saltar de ningún modo por alto la fase contrarrevolucionaria, como fue imposible en nuestro país saltar por alto el período de las cuatro Dumas. Sin embargo, la fase contrarrevolucionaria actual, en China, no era históricamente "inevitable" ni mucho menos, sino un resultado directo de la política funesta de Stalin-Bujarin, que pasaran a la historia con el título de organizadores de derrotas. Pero los

frutos del oportunismo se han convertido en un factor objetivo que puede contener por un largo periodo el proceso revolucionario.

Toda tentativa de saltar por alto las etapas reales, esto es, objetivamente condicionadas en el desarrollo de las masas, significa aventurerismo político. Mientras la masa obrera crea en su mayoría en los socialdemócratas o, admitámoslo, en los elementos del "Kuomintang" o en el trade unionismo, no podremos plantear ante ella el derrocamiento inmediato del poder burgués; para esto hay que prepararla. Esta preparación puede ser una "etapa muy larga". Pero sólo un "seguidista" es capaz de suponer que debemos permanecer "junto con las masas" en el "Kuomintang", primeramente en el de derecha y después en el de izquierda, o seguir aliados al rompehuelgas Purcell "hasta que la masa se desengañe de los jefes", a los cuales apoyaremos entretanto con nuestra colaboración.

Radek seguramente no habrá olvidado que algunos "dialécticos" calificaban la demanda de salir del "Kuomintang" y de romper con el Comité angloruso de salto de etapas, y, además, de divorcio con los campesinos (en China) y con las masas obreras (en Inglaterra). Radek debe acordarse de esto con tanto mayor motivo cuando que él mismo pertenecía a la categoría de estos tristes "dialécticos". Ahora no hace más que ahondar y generalizar sus errores oportunistas.

En abril de 1919, Lenin en su artículo programático sobre "La III Internacional y su puesto en la historia", decía:

"No creemos equivocarnos si decimos que precisamente... la contradicción entre el atraso de Rusia y el salto dado por la misma hacia la forma superior de demócratismo, por encima de la democracia burguesa, a la forma soviética o proletaria, precisamente esta contradicción ha sido una de las causas... que ha dificultado particularmente la comprensión del papel de los Soviets en Occidente o que ha retrasado dicha comprensión". (Obras, XVI, pág. 183.)

Lenin dice aquí lisa y llanamente que Rusia "saltó" por encima de la democracia burguesa. Naturalmente, Lenin introduce mentalmente en esta afirmación todas las limi-

taciones necesarias: no hay que olvidar que la dialéctica no consiste en numerar cada vez de nuevo todas las condiciones concretas; el escritor parte del principio de que el lector tiene algo en la cabeza. Sin embargo, el salto por encima de la democracia burguesa queda en pie, y según la acertada observación de Lenin dificulta muy mucho a la comprensión del papel de los Soviets por los dogmáticos y esquemáticos, y, además, no sólo en "Occidente", sino también en Oriente.

He aquí lo que se dice sobre el particular en ese mismo prefacio al libro 1905 que ahora, inesperadamente, causa tal inquietud a Radek:

"Ya en 1905 los obreros petersburgueses daban a su Soviet el nombre de Gobierno proletario. Esta denominación era corriente en aquel entonces y entraba enteramente en el programa de lucha por la conquista del Poder por la clase obrera. En aquella época oponíamos al zarismo un amplio programa de democracia política (sufragio universal, república, milicia, etc.). No podíamos obrar de otro modo. La democracia política es una etapa necesaria en el desarrollo de las masas obreras, con la reserva esencial de que en unos casos éstas pasan por dicha etapa en el transcurso de varias décadas, mientras que en otros, la situación permite a las mismas emanciparse de los prejuicios de la democracia política antes ya de que las instituciones de la misma sean llevadas a la práctica".

A propósito, estas palabras, que coinciden completamente con el pensamiento de Lenin, reproducido más arriba, explican suficientemente, a mi parecer, la necesidad de oponer a la dictadura del "Kuomintang" un "amplio programa de democracia política". Pero precisamente en este punto, Radek se desvía hacia la izquierda. En la época del impulso revolucionario se oponía a la salida del P. C. chino del "Kuomintang". En la época de dictadura contrarrevolucionaria, se opone a la movilización de los obreros chinos bajo las consignas de la democracia. Es lo mismo que llevar un abrigo de pieles en verano y pasearse desnudo en invierno.

La posibilidad de éxito en esta lucha se halla determinada, naturalmente, en un grado considerable, por el papel del proletariado en la economía del país; por consiguiente, en el nivel de desarrollo capitalista de este último. Pero no es éste ni mucho menos el único criterio. Importancia no menor tiene la cuestión de saber si existe en el país un problema "popular" amplio y candente en cuya resolución esté interesada la mayoría de la nación y que exija las medidas revolucionarias más audaces. Son problemas de este orden el agrario y el nacional, en sus distintas combinaciones. Teniendo en cuenta el carácter agudo del problema agrario y lo insostenible del yugo nacional en los países coloniales, el proletariado joven y relativamente poco numeroso puede llegar al poder, sobre la base de la Revolución nacional-democrática, antes que el proletariado de un país avanzado sobre la base puramente socialista. Parece que después de Octubre no debía ser necesario demostrar esto. Pero durante estos años de reacción ideológica y de degeneración teórica, se han apagado hasta tal punto las ideas más elementales sobre la Revolución, que no hay más remedio que empezar cada vez de nuevo.

¿Significa lo dicho que en la actualidad todos los países del mundo hayan madurado ya de un modo u otro, para la revolución socialista? No; esto es un modo falso, estéril, escolástico, propio de Stalin-Bujarin, de plantear la cuestión. Indiscutiblemente, toda la economía mundial en su conjunto ha madurado para el socialismo. Sin embargo, esto no significa que haya madurado cada uno de los países. En este caso, ¿cómo se puede hablar de dictadura del proletariado en algunos países, tales como China, India, etc.? A esto contestaremos: la historia no se hace por encargo. Un país puede "madurar" para la dictadura del proletariado sin haber madurado, ni mucho menos, no sólo para una edificación independiente del socialismo, sino ni aun para la aplicación de vastas medidas de socialización. No hay

~~que partir~~ de la armonía predeterminada de la evolución social. La ley del desarrollo desigual sigue viviendo, a pesar de los tiernos abrazos teóricos de Stalin. Esta ley manifiesta su fuerza no sólo en las relaciones entre los países, sino también en las interrelaciones de los distintos procesos en el interior de un mismo país. La conciliación de los procesos desiguales de la economía y de la política se puede obtener únicamente en el terreno mundial. Esto significa, en particular, que la cuestión de la dictadura del proletariado en China no se puede examinar únicamente dentro del marco de la economía y de la política chinas. Y aquí llegamos de lleno a dos puntos de vista que se excluyen recíprocamente: la teoría internacional revolucionaria de la revolución permanente y la teoría nacional reformista del socialismo en un solo país. No sólo la China atrasada, sino, en general, ninguno de los países del mundo, podría edificar el socialismo en su marco nacional: el elevado desarrollo de las fuerzas productivas, que sobrepasan las fronteras nacionales, se opone a ello, así como el insuficiente desarrollo para la nacionalización. La dictadura del proletariado en Inglaterra, por ejemplo, chocaría con contradicciones y dificultades de otro carácter, pero acaso no menores de las que se plantearían a la dictadura del proletariado en China. En ambos casos, las contradicciones pueden ser superadas únicamente en el terreno de la revolución mundial. Este modo de plantear la cuestión elimina la de si China "ha madurado" o no para la transformación socialista. Aparece indiscutible que el atraso de dicho país dificulta extraordinariamente la labor de la dictadura proletaria. Pero lo repetimos: la historia no se hace por encargo, y al proletariado chino nadie le ha dado a elegir.

¿Significa esto, por lo menos que todos los países, incluso un país colonial atrasado, hayan madurado ya si no para el socialismo, para la dictadura del proletariado? No. Entonces, ¿qué posición adoptar ante la revolución democrática en general y las colonias en particular? ¿Dónde está escrito, contesto yo, que todo país colonial haya madurado ya para la resolución inmediata y completa de sus problemas nacionales y democráticos? Hay que plantear la cuestión de otro modo. En las condiciones de la época imperialista, la revolución nacional-democrática sólo puede ser condu-

cida hasta la victoria en el caso de que las relaciones sociales y políticas del país de que se trate hayan madurado en el sentido de elevar al proletariado al Poder como director de las masas populares. ¿Y si no es así? Entonces, la lucha por la emancipación nacional dará resultados muy exigüos, dirigidos enteramente contra las masas trabajadoras. En 1905, el proletariado de Rusia no se mostró aún suficientemente fuerte para agrupar a su alrededor a las masas campesinas y conquistar el Poder. Por esta misma causa, la Revolución quedó detenida a medio camino y después declinó sin cesar. En China, donde a pesar de las circunstancias excepcionalmente favorables, la dirección de la I. C. impidió que el proletariado luchara por el Poder, los objetivos nacionales hallaron una solución mezquina e inconsistente en el régimen del "Kuomintang". *

¿QUE ES LA REVOLUCIÓN PERMANENTE?

(T E S I S)

Espero que el lector no tendrá inconveniente alguno en que como remate a este libro, intente, sin temor a incurrir en repeticiones, formular de un modo compendiado mis principales conclusiones.

1ª La teoría de la revolución permanente exige en la actualidad la mayor atención por parte de todo marxista, puesto que el rumbo de la lucha de clases y de la lucha ideológica ha venido a desplazar de un modo completo y definitivo la cuestión, sacándola de la esfera de los recuerdos de antiguas divergencias entre los marxistas rusos para hacerla versar sobre el carácter, el nexo interno y los métodos de la revolución internacional en general.

2ª Con respecto a los países de desarrollo burgués retrasado y en particular de los coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución íntegra y efectiva de sus fines democráticos y de su *emancipación nacional* tan sólo puede concebirse por medio de la dictadura del proletariado, empuñando éste el Poder como caudillo de la nación oprimida y, ante todo, de sus masas campesinas.

3ª El problema agrario, y con él el problema nacional, asignan a los campesinos, que constituyen la mayoría aplastante de la población de los países atrasados, un puesto excepcional en la revolución democrática. Sin la alianza del proletariado con los campesinos, los fines de la revolución democrática no sólo no pueden realizarse, sino que ni siquiera cabe plantearlos seriamente. Sin embargo, la alianza de estas dos clases no es factible más que luchando irreconciliablemente contra la influencia de la burguesía liberal-nacional.

4ª Sean las que fueren las primeras etapas episódicas de la revolución en los distintos países, la realización de la alianza revolucionaria del proletariado con las masas campesinas sólo es concebible bajo la dirección política de la vanguardia proletaria organizada en Partido Comunista. Esto significa, a su vez, que la revolución democrática sólo puede triunfar por medio de la dictadura del proletariado, apoyada en la alianza con los campesinos y encaminada en primer término a realizar objetivos de la revolución democrática.

5ª Enfocada en un sentido histórico, la consigna bolchevista: "dictadura democrática del proletariado y de los campesinos", no quería expresar otra cosa que las relaciones caracterizadas más arriba, entre el proletariado, los campesinos y la burguesía liberal. Esto ha sido demostrado por la experiencia de Octubre. Pero la vieja fórmula de Lenin no resolvía de antemano cuáles serían las relaciones políticas recíprocas del proletariado y de los campesinos en el interior del bloque revolucionario. En otros términos, la fórmula se asignaba conscientemente un cierto carácter algebraico, que debía ceder el sitio a unidades aritméticas más concretas en el proceso de la experiencia histórica. Sin embargo, esta última ha demostrado, y en condiciones que excluyen toda torcida interpretación, que, por grande que sea el papel revolucionario de los campesinos, no puede ser nunca autónomo ni, con mayor motivo, dirigente. El campesino sigue al obrero o al burgués. Esto significa que la "dictadura democrática del proletariado y de los campesinos" sólo es concebible como dictadura del proletariado arrastrando detrás de sí a las masas campesinas.

6ª La dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, en calidad de régimen distinto por su contenido de clase de la dictadura del proletariado, sólo sería realizable en el caso de que fuera posible un partido revolucionario independiente que encarnara los intereses de la democracia campesina y pequeño-burgués en general, de un partido capaz, con el apoyo del proletariado, de adueñarse del Poder y de implantar desde él su programa revolucionario. Como lo atestigua la experiencia de toda la historia contemporánea, y sobre todo, la de Rusia durante el último cuarto de siglo, constituye un obstáculo invencible en el

camino de la creación de un partido campesino la ausencia de independencia económica y política de la pequeña burguesía y su profunda diferenciación interna, como consecuencia de la cual las capas superiores de la pequeña burguesía se alían a la gran burguesía en los acontecimientos decisivos y las inferiores se unen al proletariado, obligando con ello al sector intermedio a elegir entre los polos extremos. Entre el kerenskismo y el Poder bolchevista, entre el "Kuomintang" y la dictadura del proletariado, no cabe ni puede haber posibilidad intermedia, es decir, una dictadura democrática de los obreros y campesinos.

7ª La tendencia de la I. C. a imponer actualmente a los pueblos orientales la consigna de la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos, superada definitivamente desde hace tiempo por la historia, no puede tener más que un carácter reaccionario. Por cuanto esta consigna se opone a la dictadura del proletariado, políticamente contribuye a la disolución de este último en las masas pequeño-burguesas y crea de este modo las condiciones más favorables para la hegemonía de la burguesía nacional, y por consiguiente, para el fracaso de la revolución democrática. La incorporación de esta consigna al Programa de la I. C. representa ya de suyo una traición directa contra el marxismo y las tradiciones bolchevistas de Octubre.

8ª La dictadura del proletariado, que sube al Poder en calidad de caudillo de la revolución democrática, se encuentra inevitable y repentinamente, al triunfar, ante objetivos relacionados con profundas transformaciones del derecho de propiedad burguesa. La revolución democrática se transforma directamente en socialista, convirtiéndose con ello en permanente.

9ª La conquista del Poder por el proletariado no significa el coronamiento de la revolución, sino simplemente su iniciación. La edificación socialista sólo se concibe sobre la base de la lucha de clases en el terreno nacional e internacional. En las condiciones de predominio decisivo del régimen capitalista en la palestra mundial, esta lucha tiene que conducir inevitablemente a explosiones de guerra interna, es decir, civil, y exterior, revolucionaria. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal, independientemente del hecho de que se trate

de un país atrasado, que haya realizado ayer todavía su transformación democrática, o de un viejo país capitalista que haya pasado por una larga época de democracia y parlamentarismo.

10ª El triunfo de la revolución socialista es inconcebible dentro de las fronteras nacionales de un país. Una de las causas fundamentales de la crisis de la sociedad burguesa consiste en que las fuerzas productivas creadas por ella no pueden conciliarse ya con los límites del Estado nacional. De aquí se originan las guerras imperialistas, de una parte, y la utopía burguesa de los Estados Unidos de Europa, de otra. La revolución socialista empieza en la palestra nacional, se desarrolla en la internacional y llega a su término y remate en la mundial. Por lo tanto, la revolución socialista se convierte en permanente en un sentido nuevo y más amplio de la palabra: en el sentido de que sólo se consuma con la victoria definitiva, de la nueva sociedad en todo el planeta.

11ª El esquema de desarrollo de la revolución mundial, tal como queda trazado, elimina el problema de la distinción entre países "maduros" y "no maduros" para el socialismo, en el sentido de clasificación muerta y pedante que establece el actual programa de la I. C. El capitalismo, al crear un mercado mundial, una división mundial del trabajo y fuerzas productivas mundiales, se encarga por sí solo de preparar la economía mundial en su conjunto para la transformación socialista.

Este proceso de transformación se realizará con distinto ritmo según los distintos países. En determinadas condiciones, los países atrasados pueden llegar a la dictadura del proletariado antes que los avanzados, pero más tarde que ellos al socialismo.

Un país colonial o semicolonial, cuyo proletariado resulte aún insuficientemente preparado para agrupar en torno suyo a los campesinos y conquistar el Poder, se halla por ello mismo imposibilitado para llevar hasta el fin la revolución democrática. Por el contrario, en un país cuyo proletariado haya llegado al Poder como resultado de la revolución democrática, el destino ulterior de la dictadura y del socialismo dependerá, en último término, no tanto

de las fuerzas productivas nacionales como del desarrollo de la revolución socialista internacional.

12ª La teoría del socialismo en un solo país, que ha surgido como consecuencia de la reacción contra el movimiento de Octubre, es la única teoría que se opone de un modo consecuente y definitivo a la de la revolución permanente.

La tentativa de los epígonos, compelidos por los golpes de la crítica, de limitar a Rusia la aplicación de la teoría del socialismo en un solo país en vista de las peculiaridades (extensión y riquezas naturales) de esta nación, no mejora, sino que empeora las cosas. La ruptura con la posición internacional conduce siempre, inevitablemente, al mesianismo nacional, esto es, reconocimiento de ventajas y cualidades inherentes al propio país, susceptibles de permitir a éste desempeñar un papel inasequible a los demás.

La división mundial del trabajo, la subordinación de la industria soviética a la técnica extranjera, la dependencia de las fuerzas productivas de los países avanzados de Europa respecto a las materias primas asiáticas, etc., hacen imposible la edificación de una sociedad socialista independiente en ningún país del mundo.

13ª La teoría de Stalin-Bujarin no sólo opone mecánicamente, contra toda la experiencia de las revoluciones rusa, la revolución democrática a la socialista, sino que divorcia la revolución nacional de la internacional.

A las revoluciones de los países atrasados les asigna como fin la instauración de un régimen irrealizable de dictadura democrática que contrapone a la dictadura del proletariado. Con ello, introduce ilusiones y ficciones en la política, paraliza la lucha del proletariado por el Poder en Oriente y retrasa la victoria de las revoluciones coloniales.

Desde el punto de vista de la teoría de los epígonos, el hecho de que el proletariado conquiste el Poder implica el triunfo de la Revolución ("en sus nueve décimas partes", según la fórmula de Stalin) y la iniciación de la época de las reformas nacionales. La teoría de la evolución del "kulak" hacia el socialismo y la de la "neutralización" de la burguesía mundial, son por este motivo, inseparables de la teoría del socialismo en un solo país. Estas teorías aparecen juntas y juntas caen.

La teoría del nacional-socialismo reduce a la I. C. a la

categoría de instrumento auxiliar para la lucha contra la intervención militar. La política actual de la I. C., su régimen y la selección del personal directivo de la misma responden plenamente a esta reducción de la Internacional al papel de destacamento auxiliar, no destinado a la resolución de objetivos independientes.

14ª El programa de la I. C., elaborado por Bujarin, es ecléctico hasta la médula. Dicho programa representa una tentativa estéril para conciliar la teoría del socialismo en un solo país con el internacionalismo marxista, el cual, por su parte, es inseparable del carácter permanente de la revolución internacional. La lucha de la oposición comunista de izquierda por una política justa y un régimen saludable en la I. C. está íntimamente ligada a la lucha por el programa marxista. La cuestión del programa es, a su vez, inseparable de la cuestión de las dos teorías opuestas: la de la revolución permanente y la del socialismo en un solo país. Desde hace mucho tiempo, el problema de la revolución permanente ha rebasado las divergencias episódicas, completamente superadas por la historia, entre Lenin y Trotsky. La lucha está entablada entre las ideas fundamentales de Marx y Lenin de una parte, y el eclecticismo de los centristas, de otra.

Constantinopla, 30 de noviembre de 1929.

"1905, MILAN ET PERSPECTIVES".
Editions Minuit
Paris, 1969
Octobre de 1909

Selección de textos.
Preface. p. 7 a 12.
Les forces motrices de la révolution russe
p. 43 a 59.
Nos differends, p. 375 385.
Clasificación: 2
0-17

Les événements de 1905 apparaissent comme le puissant prologue du drame révolutionnaire de 1917. Pendant les longues années de réaction triomphante qui ont suivi, l'année 1905 est toujours demeurée à nos yeux comme un tout achevé, comme l'année de la « révolution russe ». Actuellement, 1905 n'a plus ce caractère individuel et essentiel, sans avoir pour cela perdu de son importance historique. La révolution de 1905 est directement sortie de la guerre russo-japonaise et, de la même manière, la révolution de 1917 a été le résultat immédiat du grand massacre impérialiste. [Ainsi, par ses origines comme par son développement, le prologue contenait tous les éléments du drame historique dont nous sommes aujourd'hui les spectateurs et les acteurs.] Mais ces éléments se présentaient dans le prologue sous une forme abrégée, non encore développée. Toutes les forces composantes qui sont entrées dans la carrière en 1905 sont maintenant éclairées d'une lumière plus vive par le reflet des événements de 1917. L'Octobre rouge, comme nous l'appelions dès ce temps-là, a grandi et est devenu, douze ans plus tard, un Octobre incomparablement plus puissant et véritablement triomphant.

Notre grand avantage en 1905, à l'époque du prologue révolutionnaire, fut en ceci que nous autres, marxistes, étions dès lors armés d'une méthode scientifique pour l'étude de l'évolution historique. Cela nous permettait d'établir une explication théorique des relations sociales que le mouvement de l'histoire ne nous présentait que par indices et allusions. Déjà, la grève chaotique de juillet 1903, dans le Midi de la Russie, nous avait fourni l'occasion de conclure que la méthode essentielle de la révolution russe serait une grève générale du prolétariat, transformée bientôt en insurrection. Les événements du 9 janvier, en confirmant d'une manière éclatante ces prévisions, nous amenèrent à poser en termes concrets la question du pouvoir révolutionnaire. Dès ce moment, dans les rangs de la social-démocratie russe, on se demande et on recherche activement

quelle est la nature de la révolution russe et quelle est sa dynamique intérieure de classe. [C'est précisément dans l'intervalle qui sépare le 9 janvier de la grève d'octobre 1905 que l'auteur arriva à concevoir le développement révolutionnaire de la Russie sous l'aspect qui fut ensuite fixé par la théorie dite de la « révolution permanente ».] Cette désignation quelque peu abstruse voulait exprimer que la révolution russe, qui devait d'abord envisager, dans son avenir le plus immédiat, certaines fins bourgeoises, ne pourrait toutefois s'arrêter là. La révolution ne résoudrait les problèmes bourgeois qui se présentaient à elle en premier lieu qu'en portant au pouvoir le prolétariat. Et lorsque celui-ci se serait emparé du pouvoir, il ne pourrait s'en tenir aux limites d'une révolution bourgeoise. Tout au contraire et précisément pour assurer sa victoire définitive, l'avant-garde prolétarienne devrait, dès les premiers jours de sa domination, pénétrer profondément dans les domaines interdits de la propriété aussi bien bourgeoise que féodale. Dans ces conditions, elle devrait se heurter à des démonstrations hostiles de la part des groupes bourgeois qui l'auraient soutenue au début de sa lutte révolutionnaire, et de la part aussi des masses paysannes dont le concours l'aurait poussée vers le pouvoir. Les intérêts contradictoires qui dominaient la situation d'un gouvernement ouvrier, dans un pays retardataire où l'immense majorité de la population se composait de paysans, ne pourraient aboutir à une solution que sur le plan international, dans l'arène d'une révolution prolétarienne mondiale. Lorsque, en vertu de la nécessité historique, la révolution russe aurait renversé les bornes étroites que lui fixait la démocratie bourgeoise, le prolétariat triomphant serait contraint de briser également les cadres de la nationalité, c'est-à-dire qu'il devrait consciemment diriger son effort de manière à ce que la révolution russe devînt le prologue de la révolution mondiale.

Bien qu'un intervalle de douze ans se place entre ce jugement et les faits, l'appréciation que nous venons d'exposer s'est trouvée complètement justifiée. La révolution russe n'a pas pu aboutir à un régime de démocratie bourgeoise. Elle a dû transmettre le pouvoir à la classe ouvrière. Si celle-ci s'est révélée trop faible en 1905 pour conquérir la place qui lui revenait, elle a pu s'affermir et mûrir non point dans la république de la démocratie bourgeoise, mais dans les retraites cachées où la confinait le tsarisme du 3 juin. Le prolétariat est arrivé au pouvoir en 1917 grâce à l'expérience acquise par ses aînés en 1905. Les jeunes ouvriers ont besoin de posséder cette expérience, ils ont besoin de connaître l'histoire de 1905.



J'ai décidé d'ajouter à la première partie de ce livre deux articles dont l'un, concernant le livre de Tcherevanine, fut imprimé en 1908 dans la revue de Kautsky *Neue Zeit*, et l'autre, où l'on s'efforce d'établir la théorie de la « révolution permanente », et où l'on polémiqua avec les représentants de l'opinion qui dominait alors sur ce sujet dans la social-démocratie russe, fut publié en 1909, je crois, dans une revue du parti polonais dont les inspirateurs étaient Rosa Luxemburg et Léo Joguiches. Ces articles permettront, ce me semble, au lecteur de s'orienter plus facilement dans le conflit d'idées qui eut lieu au sein de la social-démocratie russe durant la période qui suivit immédiatement la première révolution ; et ils jetteront aussi quelque lumière sur certaines questions, extrêmement graves, que l'on agite aujourd'hui. La conquête du pouvoir n'a nullement été improvisée en octobre 1917, comme tant de braves gens se l'imaginent ; la nationalisation des fabriques et des usines par la classe ouvrière triomphante ne fut point non plus une « faute » du gouvernement ouvrier qui aurait refusé d'entendre les avertissements des mencheviks. Ces questions ont été discutées et ont reçu une solution de principe durant une période de quinze ans.

[Les conflits d'idées au sujet du caractère de la révolution russe dépassaient dès lors les limites de la social-démocratie russe et gagnaient les éléments avancés du socialisme mondial. La façon dont les mencheviks concevaient la révolution bourgeoise fut exposée très consciencieusement, c'est-à-dire dans toute sa franche platitude, par le livre de Tcherevanine. Les opportunistes allemands adoptèrent aussitôt, avec empressement, cette manière de voir. Sur la proposition de Kautsky, je fis la critique de ce livre dans la *Neue Zeit*. Kautsky, à cette époque, se montra complètement d'accord avec mon appréciation. Lui aussi, de même que feu Mehring, s'en tenait au point de vue de la « révolution permanente ». Maintenant, un peu tard, Kautsky prétend rejoindre dans le passé les mencheviks. Il cherche à justifier sa position actuelle en rabaissant celle qu'il avait alors. Mais cette falsification nécessitée par les inquiétudes d'une conscience qui, devant ses théories, ne se trouve pas assez pure, est contredite par les documents qui subsistent dans la presse. Ce que Kautsky écrivait à cette époque, le meilleur de son activité littéraire et scientifique, sa réponse au socialiste polonais Louznia, ses études sur les ouvriers américains et russes, la réponse à l'enquête de Plekhanov sur le

caractère de la révolution russe, etc., tout cela fut et reste comme une impitoyable réputation du menchevisme, tout cela justifié complètement, du point de vue théorique, la tactique révolutionnaire adoptée ensuite par les bolcheviks, que des niais et des renégats, avec le Kautsky d'aujourd'hui à leur tête, accusent maintenant d'être des aventuriers, des démagogues, des sectateurs de Bakounine.

Je donne comme troisième supplément un article intitulé La Lutte pour le pouvoir, publié en 1915 à Paris dans le journal russe Naché Slovo et qui tente de démontrer que les rapports politiques, esquissés d'une façon assez nette dans la première révolution, doivent trouver leur confirmation définitive dans la seconde*.



En ce qui concerne les formes de la démocratie, ce livre ne présente pas la clarté qu'il devrait, mais c'est qu'elle manque également au mouvement dont on a voulu fixer l'aspect général. Cela est facile à comprendre : sur cette question, notre parti n'avait pas encore réussi à se faire une opinion complètement claire dix ans plus tard, en 1917. Mais cette insuffisance de lumière ou d'expression n'était pas le fait d'une attitude née d'idées préconçues. Dès 1905, nous étions infiniment loin d'une conception mystique de la démocratie ; nous nous représentions la marche de la révolution non point comme une réalisation des normes absolues de la démocratie, mais comme une lutte des classes, durant laquelle on utiliserait provisoirement les principes et les institutions de la démocratie. A cette époque-là, nous mettions en avant, d'une façon déterminée, l'idée de la conquête du pouvoir par la classe ouvrière ; nous estimions que cette conquête était inévitable et, pour en venir à cette déduction, loin de nous fonder sur les chances que présenterait une statistique électorale selon « l'esprit démocratique », nous considérions uniquement les rapports de classe à classe. Les ouvriers de Pétersbourg, dès 1905, appelaient leur soviet « gouvernement prolétarien ». Cette dénomination circula alors et devint d'usage familial, car elle entraît parfaitement dans le programme de la lutte pour la conquête du pouvoir par la classe ouvrière. Mais, en même temps, nous opposions au tsarisme le programme de la démocratie politique dans toute son étendue — suffrage universel, république, milice, etc. Nous ne pou-

* Cet article est ici reproduit en appendice à Bilan et perspectives, p. 465.

ions pas faire autrement. La démocratie politique est une étape indispensable pour le développement des masses ouvrières, avec cette réserve fondamentale, cependant, que, dans certains cas, il leur faut des dizaines d'années pour parcourir cette étape, tandis qu'en d'autres circonstances la situation révolutionnaire leur permet de s'affranchir des préjugés démocratiques avant même que les institutions de la démocratie n'aient eu le temps de s'établir et de se réaliser. Le régime gouvernemental des social-révolutionnaires et des mencheviks russes — de mars à octobre 1917 — compromit intégralement la démocratie avant même qu'elle n'eût pu se fonder et se solidifier dans les formes de la république bourgeoise. Mais, même pendant cette période qui précéda immédiatement le coup d'Etat prolétarien, nous qui avions écrit sur notre étendard : « Tout le pouvoir aux soviets », nous marchions encore sous les enseignes de la démocratie, sans pouvoir donner ni aux masses populaires ni à nous-mêmes une réponse définitive à cette question : que se passerait-il si la démocratie ne s'adaptait pas au système des soviets ? A l'époque où nous écrivions notre livre, de même que beaucoup plus tard, sous Kerensky, il s'agissait pour nous, essentiellement, de préparer la conquête du pouvoir par la classe ouvrière ; mais la question de droit restait au troisième plan, et nous ne nous préoccupions pas de débrouiller des questions embarrassantes par leurs aspects contradictoires alors que nous devions envisager la lutte pour surmonter des obstacles matériels.

La dissolution de l'Assemblée constituante fut la réalisation révolutionnaire brutale d'un dessein qui aurait pu être accompli autrement, par des délais et par une préparation électorale conforme aux nécessités révolutionnaires. Mais l'on dédaigna précisément cet aspect juridique de la lutte, et le problème du pouvoir révolutionnaire fut carrément posé ; d'autre part, la dispersion de l'Assemblée constituante par les forces armées du prolétariat exigea à son tour une révision complète des rapports qui pouvaient exister entre la démocratie et la dictature. L'Internationale prolétarienne, en fin de compte, ne pouvait que gagner à cette situation, dans la théorie comme dans la pratique.



Ce livre a été écrit en 1908-1909, à Vienne, pour une édition allemande qui parut à Dresde. Le fond du livre allemand fut constitué par plusieurs chapitres du livre russe : Notre révolution (1907) mais avec des modifications considérables, introduites dans le but d'adapter l'ouvrage aux habitudes du

lecteur étranger. La plus grande partie a été réécrite. Pour publier cette nouvelle édition (russe), il a fallu reconstituer le texte, en partie d'après les manuscrits que l'on avait conservés, en partie en le retraduisant de l'allemand. J'ai recouru à la collaboration du camarade Roumer qui a exécuté ce travail avec un soin remarquable. Tout le texte a été revu par moi.

Moscou, le 12 janvier 1922.

L. T.

LES FORCES MOTRICES DE LA REVOLUTION RUSSE

5,4 millions de kilomètres carrés en Europe, 17,5 millions en Asie, 150 millions d'habitants. Sur ces immenses espaces, tous les stades de la civilisation : depuis la sauvagerie primitive des forêts septentrionales où l'on se nourrit de poisson cru et où l'on fait sa prière devant un morceau de bois, jusqu'aux nouvelles conditions sociales de la vie capitaliste, où l'ouvrier socialiste se considère comme participant actif de la politique mondiale et suit attentivement les événements des Balkans ou bien les débats du Reichstag. L'industrie la plus concentrée de l'Europe sur la base de l'agriculture la plus primitive. La machine gouvernementale la plus puissante du monde qui utilise toutes les conquêtes du progrès technique pour entraver le progrès historique dans son pays... Dans les chapitres précédents, nous avons essayé, en laissant de côté les détails, de donner un tableau général des rapports économiques et des contrastes sociaux de la Russie. Voilà le sol sur lequel croissent, vivent et luttent entre elles les classes. La révolution nous montrera ces classes au plus fort de leur lutte. Mais, dans la vie politique, agissent directement les groupes consciemment constitués : partis, associations, armée, bureaucratie, presse, et, au-dessus de tout cela, les ministres, les meneurs, les démagogues et les bourreaux. Il est impossible de discerner les classes du premier coup, elles restent ordinairement dans la coulisse. Cela n'empêche pas les partis, leurs chefs, les ministres et leurs bourreaux d'être les organes des classes. Que ces organes soient bons ou mauvais, cela importe certainement à la marche et à l'issue des événements. Si les ministres ne sont que les ouvriers journaliers « d'une objective raison d'Etat », cela ne les affranchit pas du besoin d'avoir un peu de cervelle dans le crâne, circonstance qu'ils oublient trop souvent. D'autre part, la logique de la lutte des classes ne nous dispense pas d'employer notre logique subjective. Celui qui ne sait pas donner du champ à son initiative, son énergie, son talent et trouver quelque héroïsme dans les cadres de la nécessité économique, celui-là ne possède point le secret philosophique du marxisme. Mais, d'un autre

côté, si nous voulons comprendre le processus politique — dans la circonstance présente, la révolution en son ensemble —, nous devons pouvoir, sous le bariolage des partis et des programmes, sous la perfidie et les appétits sanguinaires des uns, sous le courage et l'idéalisme des autres, découvrir les contours réels des classes sociales, dont les racines plongent dans les retraites profondes de la production et dont les fleurs s'épanouissent dans les sphères supérieures de l'idéologie.

LA VILLE MODERNE

Le caractère des classes capitalistes tient étroitement à l'histoire du développement de l'industrie et de la ville. Il est vrai que le monde industriel se rattache moins en Russie que partout ailleurs à la population des villes. En dehors des faubourgs, peuplés de fabriques, qui ne sont exclus de la ville que du point de vue administratif, il existe plusieurs dizaines de centres industriels considérables dans les gros villages. En somme, c'est en dehors des villes qu'on trouve 57 % des entreprises, comptant 58 % du nombre total des ouvriers. Et cependant la ville capitaliste demeure l'expression la plus achevée de la nouvelle société.]

Les villes modernes de Russie se sont faites en quelques décennies. Dans le premier quart du XVIII^e siècle, la population des villes s'élevait en Russie à 328 000 âmes, soit environ 3 % de celle du pays. En 1812, elle atteint 1,6 million d'âmes, ce qui ne fait encore que 4,4 %. Au milieu du XIX^e siècle, les villes comptent 3,5 millions d'habitants, soit 7,8 %. Enfin, d'après le recensement de 1897, la population urbaine est déjà de 17,3 millions, soit environ 13 % de celle du pays. De 1885 à 1897, le nombre d'habitants a augmenté dans les villes de 33,8 %, et dans les villages de 12,7 % seulement*. Certaines villes se sont accrues plus rapidement encore. La population de Moscou, dans les trente-cinq dernières années, s'est élevée de 604 000 à 1 359 000, c'est-à-dire de 123 %. Cet accroissement a été encore plus actif dans les villes du Midi : Odessa, Rostov, Ekaterinoslav, Bakou...

Parallèlement à l'augmentation du nombre et de l'étendue des villes, s'est produite dans la seconde moitié du XIX^e siècle une transformation complète de leur rôle économique et de la structure intérieure des classes.

Contrairement aux cités corporatives de l'Europe qui avaient lutté énergiquement, et avec succès en de nombreux cas, pour

* Voir *Bilan et perspectives*, pp. 405-406.

arriver à concentrer dans leurs murs toute l'industrie de production, les villes russes d'autrefois, de même que les cités des despotes asiatiques, n'accomplissaient presque aucune des fonctions de la production. [C'étaient des centres militaires et administratifs, des forteresses de campagne et parfois des centres commerciaux, qui consommaient ce qu'on leur fournissait. La population de ces villes se composait de fonctionnaires et d'employés, entretenus aux frais du denier public, de commerçants et enfin d'agriculteurs qui avaient cherché un abri dans leurs murailles. Moscou même, la plus grande ville de l'ancienne Russie, n'était en somme qu'un grand village rattaché au manoir du tsar *.]

Les métiers dans les villes n'occupaient qu'une place insignifiante : l'industrie de production était alors éparpillée dans l'artisanat rural, nous l'avons vu. Les ancêtres de 4 millions d'artisans villageois que comptait le recensement de 1897 avaient exercé les mêmes fonctions productives que l'artisanat urbain, comme en Europe, mais, différents en cela des maîtres ouvriers européens, ils n'avaient pris aucune part à la création des manufactures et des usines. Lorsque ces dernières firent leur apparition, elles prolétarisèrent une bonne moitié des petits artisans et soumirent les autres à leur action directe ou indirecte.

De même que l'industrie russe n'a pas connu l'époque médiévale du petit métier, les villes russes n'ont pas connu la montée progressive d'un Tiers-Etat dans les corporations, les guildes, les communes et les municipalités. Le capital européen a créé l'industrie russe en quelques dizaines d'années, laquelle, à son tour, a créé les villes modernes, dans lesquelles les fonctions essentielles de la production sont assurées par le prolétariat.

LA GROSSE BOURGEOISIE CAPITALISTE

✓ C'est au gros capital que fut donc dévolu sans coup férir le rôle principal dans l'économie du pays. Mais celui, immense, que joua en cette circonstance le capital étranger eut des conséquences fatales pour l'influence politique de la bourgeoisie russe. En raison des dettes contractées par l'Etat, une partie considérable du revenu national s'en allait chaque année à l'étranger, enrichissant et consolidant la bourgeoisie financière européenne. L'aristocratie de la Bourse qui, dans les pays d'Europe, détient l'hégémonie et qui n'a eu aucune peine à transformer le gouvernement du tsar en un vassal sur le plan financier, ne pouvait et ne voulait pas s'attacher à l'opposition

* Voir *Bilan et perspectives*, p. 406.

bourgeoise russe, pour cette bonne raison d'abord qu'aucun autre gouvernement national ne lui aurait assuré les bénéfices financiers qu'elle obtenait du tsarisme. Et, comme le capital naturel et la main-d'œuvre de notre pays, réalisait sa puissance politique en dehors des frontières de Russie : dans les parlements français, anglais ou belge. 7

D'autre part, le capital russe ne pouvait se mettre à la tête de la lutte nationale contre le tsarisme parce qu'il se trouvait dès le départ en butte à l'hostilité des masses populaires : du prolétariat qu'il exploite directement et de la classe paysanne qu'il dépouille par l'intermédiaire de l'Etat. Cela vaut en particulier pour la grosse industrie. Elle dépend actuellement partiellement des mesures gouvernementales et principalement par les commandes de l'armée. Il est vrai qu'elle a intérêt à obtenir « un ferme statut d'ordre civil », mais elle a encore plus besoin d'un pouvoir d'Etat fortement centralisé, grand dispensateur de tous les avantages et privilèges. Dans leurs usines, les entrepreneurs de la métallurgie se trouvent face à face avec la portion la plus avancée et la plus active de la classe ouvrière, qui profite de chaque faiblesse du tsarisme pour faire des incursions dans les apanages du capital.

L'industrie textile garde plus d'indépendance à l'égard de l'Etat ; de plus, elle est directement intéressée à l'accroissement du pouvoir d'achat des masses, qui ne saurait se faire sans une vaste réforme agraire. C'est pourquoi le centre de cette industrie, Moscou, manifesta en 1905 une opposition beaucoup plus violente, sinon plus énergique, à la bureaucratie autocratique que ne le fit Pétersbourg, cité de la métallurgie. La municipalité moscovite considérait avec une bienveillance indubitable le flot montant de la révolte. Mais elle se montra tout à coup d'autant plus résolue et fidèle au « principe » d'un pouvoir gouvernemental ferme que la révolution lui découvrait tout le contenu social de ses revendications et poussait, en même temps, les ouvriers du textile sur la route qu'avaient suivie les métallurgistes. La capitale de la contre-révolution fit alliance avec la classe possédante contre-révolutionnaire et trouva son chef en Goutchkov, marchand de Moscou, leader de la majorité dans la troisième Douma.

LA DÉMOCRATIE BOURGEOISE

En étouffant dans l'œuf l'artisanat russe, le capital européen avait par-là même, détruit le terrain social sur lequel aurait pu s'appuyer la démocratie bourgeoise. Est-il possible de com-

passer le Rhin ou le Danube d'aujourd'hui avec le Berlin ou la Vienne de 1848, ou mieux encore avec le Paris de 1789 qui n'avait aucune idée des chemins de fer, ni du télégraphe, et considérait une manufacture de trois cents ouvriers comme une très grosse entreprise ? Il n'y a pas trace chez nous de cette solide petite bourgeoisie qui avait passé par l'école secondaire de l'administration autonome et de la lutte politique et qui, ensuite, prenant ses laïcs à celles d'un jeune prolétariat non définitivement constitué, prit d'assaut les bastilles de la féodalité. Par quoi fut-elle remplacée ? Par une nouvelle classe moyenne, par les professionnels de l'intelligence : avocats, journalistes, médecins, ingénieurs, professeurs, maîtres d'école. Cette couche sociale, qui n'avait pas par elle-même de valeur dans la production générale, qui était peu nombreuse et sans indépendance au point de vue économique, sentant parfaitement sa faiblesse, n'a cessé de chercher la grande classe à laquelle elle pourrait se rattacher. Et voici le fait remarquable : elle a trouvé d'abord un appui non pas parmi les capitalistes, mais parmi les propriétaires fonciers !

Le parti constitutionnel-démocrate (k.-d., ou « cadet »), qui a donné les deux premiers Douma, s'est formé en 1905 par l'union de l'Association constitutionnelle des zemstvos avec l'Association dite « de l'affranchissement ». La fronde libérale des membres des zemstvos exprimait d'une part le mécontentement envieux des agrariens en face du monstrueux protectionnisme industriel que manifestait la politique gouvernementale ; elle traduisait d'autre part l'opposition de propriétaires plus attachés au progrès, que la barbarie agraire du pays russe empêchait d'élever leur économie particulière sur le pied du capitalisme. L'Association de l'affranchissement groupait les éléments intellectuels qu'une situation sociale « convenable » et le bien-être qui en résultait empêchaient d'entrer dans la voie révolutionnaire. L'opposition des zemstvos eut toujours un caractère d'impuissance et de lâcheté, et le très auguste héritier exprimait une amère vérité lorsqu'il déclarait, en 1894, que les vœux politiques de ce groupe n'étaient que « d'absurdes rêveries ». D'autre part, l'intelligentsia, qui dépendait d'ailleurs matériellement de l'Etat, d'une façon directe ou indirecte, ou bien du gros capital que protégeait le gouvernement, ou bien de la propriété libérale censitaire, était incapable de déployer une quelconque opposition politique.

Par ses origines, le parti cadet unissait donc la faiblesse d'opposition des zemstvos à la faiblesse générale de l'intelligence diplômée. A quel point le libéralisme des zemstvos était superficiel, on le vit nettement dès la fin de 1905, lorsque les

propriétaires, sous le coup des troubles agraires, se tournèrent brusquement vers le vieux pouvoir. Les intellectuels libéraux eurent la larme à l'œil lorsqu'ils durent quitter les manoirs des propriétaires où ils n'étaient en somme que des enfants adoptifs, et chercher à se faire reconnaître dans leur patrie historique, dans les villes *. Mais qu'y trouva l'intelligentsia en dehors d'elle-même ? Le gros capital conservateur, le prolétariat révolutionnaire et un irréductible antagonisme de classe entre eux.

Ce fut ce même antagonisme qui scinda jusqu'à la base la petite production dans tous les domaines où elle avait gardé quelque importance. Le prolétariat des petits métiers vit dans l'orbite de la grosse industrie et se distingue peu du prolétariat industriel. Pris entre la grosse industrie et le mouvement ouvrier, les artisans russes constituent une classe obscure, affamée, aigrie qui, à côté du *lumpen-proletariat*, fournit des recrues aux Cent-Noirs pour leurs démonstrations et aux pogroms...

En définitive, le groupe intellectuel de la bourgeoisie, groupe déplorablement attardé, né sous les malédictions socialistes, occupe une position très inconfortable devant les conflits de classe ; il est prisonnier des traditions de l'ancienne propriété et entravé par les préjugés du corps professoral ; il reste sans initiative, sans influence sur les masses et sans confiance dans le lendemain.

LE PROLÉTARIAT

Les causes historiques et mondiales qui ont fait de la démocratie bourgeoise en Russie une tête (pas très brillante) sans corps, ont déterminé aussi l'importance du rôle que doit jouer le jeune prolétariat russe. Mais quelles forces celui-ci réunit-il ?

Les chiffres très incomplets de 1897 nous donnent la réponse suivante :

Nombre d'ouvriers

A. Industries minières, fabrication, voies de communication, constructions et entreprises commerciales	3 332 000
B. Agriculture, sylviculture, chasse et pêche	2 723 000
C. Journaliers et artisans	1 195 000
D. Domestiques, portiers, garçons de cour, etc.	2 132 000
Au total (hommes et femmes)	9 382 000

* Voir *infra*, « Le prolétariat et la révolution russe », p. 364.

En comptant les membres de la famille qui vivent dans la dépendance du travailleur, le prolétariat représente, en 1897, 27,6 % de la population, c'est-à-dire un peu plus du quart. L'activité politique est très diverse dans les différentes couches dont se compose cette masse, et le rôle de dirigeants dans la révolution appartient presque exclusivement aux ouvriers du premier groupe. Ce serait cependant une très grosse faute de mesurer l'importance effective et virtuelle du prolétariat russe par rapport à la révolution en se fondant sur sa quantité relative. Ce serait refuser de voir, sous les chiffres, les rapports sociaux.

L'influence du prolétariat est déterminée par son rôle dans l'économie moderne. Les moyens de production les plus puissants de la nation se trouvent sous sa dépendance, directe ou indirecte. Trois millions environ d'ouvriers (groupe A) produisent par leur travail la moitié au moins du revenu annuel du pays ! Les plus importants moyens de communication, les chemins de fer, qui à eux seuls transforment un immense pays en un tout économique, comme l'ont montré les événements, donnent au prolétariat une position économique et politique d'une portée inappréciable. Il faut ajouter à cela les postes et télégraphes qui, sans dépendre directement de lui, se trouvent néanmoins sous son influence effective.

Tandis que la classe paysanne est dispersée dans tout le pays, le prolétariat est mobilisé en grandes masses dans les fabriques et dans les centres industriels. Il forme le noyau de la population urbaine dans toutes les villes qui jouissent d'une importance économique et politique. Tous les avantages que possède la ville en pays capitaliste : concentration des forces et des moyens de production, réunion des éléments les plus actifs de la population et groupement des biens de la civilisation, deviennent tout naturellement des avantages de classe pour le prolétariat. Cette classe s'est dessinée et constituée avec une rapidité inouïe dans l'histoire. A peine né, le prolétariat russe s'est trouvé en face d'un pouvoir d'Etat centralisé au maximum et d'un capital dont les forces n'étaient pas moins concentrées. Il n'a pas connu les traditions corporatives et les préjugés de l'artisanat. Dès ses premiers pas, il s'est engagé sur la voie de la lutte sans merci.

Ainsi, l'insignifiance de l'artisanat, et en général de la petite production, et le caractère très développé de la grosse industrie russe ont eu pour résultat, en politique, de repousser au second plan la démocratie bourgeoise, au bénéfice de la démocratie prolétarienne. La classe ouvrière, en assumant les fonctions productives de la petite bourgeoisie, s'est chargée également du

rôle politique que cette bourgeoisie avait détenu jadis et des prétentions historiques qu'elle avait eues à diriger les masses paysannes, à l'époque où celles-ci s'émancipaient du joug de la noblesse et du fisc.

Le lieu politique sur lequel l'histoire mit à l'épreuve les partis urbains, ce fut la question agraire.

LA NOBLESSE ET LES PROPRIÉTAIRES DE BIENS-FONDS

Le programme des cadets, ou pour mieux dire leur ancien programme, qui envisageait l'expropriation forcée de la moyenne et de la grosse propriété d'après une « juste estimation », constitue, selon l'opinion des membres du parti, le maximum de ce qui peut être obtenu « par les procédés créateurs d'un travail législatif ». En fait, la tentative libérale d'expropriation des grosses propriétés par voie législative amena seulement la suppression par le gouvernement du droit électoral et le coup d'Etat du 3 juin 1907. Les cadets considéraient la liquidation des biens-fonds de la noblesse comme une opération purement financière et s'efforçaient en toute conscience de rendre leur « juste estimation » aussi acceptable que possible pour les propriétaires. Mais la noblesse considérait les choses d'un œil tout différent. Avec son instinct infailible, elle avait aussitôt compris qu'il ne s'agissait pas simplement de vendre 50 millions de déciatines, même à très haut prix, mais de la liquidation de tout son rôle social de classe dirigeante, et elle refusa carrément de se laisser mettre aux enchères. Dans la première Douma, le comte Saltykov s'écriait, s'adressant aux propriétaires : « Que votre devise et votre mot d'ordre soient : Pas un pouce de nos terres, pas un grain de sable de nos champs, pas un brin d'herbe de nos prairies, pas une souche de nos forêts ! » Et cette voix ne clamait pas dans le désert : non, les années de la révolution sont justement pour la noblesse russe une période de concentration de classe et d'affermissement politique. Pendant la plus sombre réaction, sous Alexandre III, la noblesse n'était qu'une caste, fût-elle la première de toutes. L'autocratie, qui veillait à conserver son indépendance, ne la laissait pas une seconde sortir d'une étroite surveillance policière et employait son contrôle à museler même sa cupidité. Mais, à présent, la noblesse est, dans le plein sens du mot, la caste qui commande : elle contraint les gouverneurs de province à danser au son de sa musette, elle menace les ministres et les déplace ouvertement, elle adresse au gouvernement ultimatum sur ultimatum et en obtient réponse. Son mot d'ordre

est : Pas un pouce de nos terres, pas une parcelle de nos privilèges !

Entre les mains des 60 000 particuliers qui possèdent des terres avec un revenu annuel de plus de 1 000 roubles, sont concentrés environ 75 millions de déciatines : évaluées sur le marché à 56 milliards de roubles, elles apportent à leurs possesseurs plus de 450 millions de roubles de revenu net par an. Les deux tiers au moins de cette somme reviennent à la noblesse. La bureaucratie se rattache étroitement à la noblesse foncière. Pour l'entretien de 30 000 fonctionnaires qui reçoivent plus de 1 000 roubles d'appointements, on dépense par an presque 200 millions de roubles. Et justement ces moyens et hauts fonctionnaires sont en majorité des nobles. Enfin, la noblesse dispose sans partage des organes du zemstvo autonome et des revenus qui en découlent.

Si, avant la révolution, une bonne moitié des zemstvos avaient à leur tête des propriétaires « libéraux », qui s'étaient fait remarquer par un travail purement « civilisateur », les années révolutionnaires changèrent cette situation du tout au tout : ce sont les zemstvos qui donnèrent à la réaction ses représentants les moins conciliants. Le tout-puissant Conseil unifié de la noblesse étouffe dès le début les tentatives que fait le gouvernement, dans l'intérêt de l'industrie capitaliste, pour « démocratiser » les zemstvos ou affaiblir les entraves de la classe paysanne.

En présence de pareils faits, le programme agraire des cadets, comme base d'une entente par voie législative, n'est qu'une misérable utopie et il n'est pas étonnant qu'ils y aient renoncé tacitement.

La social-démocratie a mené la critique du programme cadet principalement sur la ligne de la « juste estimation », et elle a eu raison. Déjà, du côté financier, le rachat de tous les domaines, qui rapporterait aux propriétaires plus de 1 000 roubles par an, ajouterait à notre dette publique de 9 milliards une somme ronde de 5 à 6 milliards ; autrement dit, les seuls intérêts de la dette dévoreraient annuellement 750 millions. Mais ce n'est pas le côté financier, c'est le point de vue politique qui a, dans cette affaire, une valeur décisive.

Les conditions de la réforme dite « émancipatrice » de 1861, comprenant une somme exagérée de rachat pour les terres paysannes, indemnisaient en fait les propriétaires de l'affranchissement de leurs serfs (dans la mesure approximative de 250 millions, c'est-à-dire de 25 % du prix total de rachat). La « juste estimation », elle, contribuait à liquider les grands droits historiques et les privilèges de la noblesse. Celle-ci avait

pu donner son adhésion à la réforme à demi émancipatrice, elle avait pu s'y résigner. Elle faisait preuve alors d'un sûr instinct, de même qu'aujourd'hui lorsqu'elle se refuse résolument à terminer son existence de classe par un suicide — quand bien même ce serait d'après une « juste estimation ». Pas un pouce de nos terres et pas une parcelle de nos privilèges ! Sous l'étendard qui porte cette devise, la noblesse s'est définitivement emparée de l'appareil gouvernemental ébranlé par la révolution, et elle a montré qu'elle lutterait avec tout l'acharnement dont est capable une classe dirigeante quand il s'agit pour elle de vie ou de mort.

Ce n'est pas une entente parlementaire qui pourra résoudre la question agraire, mais bien l'élan et la pression révolutionnaire des masses.

LA CLASSE PAYSANNE ET LA VILLE

La barbarie sociale et politique de la Russie a ses attaches dans les campagnes ; mais cela ne veut pas dire que la population rurale ait été incapable de former une classe qui par ses propres forces pourrait rompre ces attaches. Disséminée en Russie d'Europe sur une étendue de 5 millions de verstes carrées, dans 500 000 localités, la classe paysanne n'a tiré de son passé aucune expérience d'union pour la lutte politique. Pendant les révoltes agraires de 1905-1906, les paysans soulevés ne songeaient qu'à chasser les propriétaires des limites du village, du district ou, enfin, du canton. Contre la révolution paysanne, les nobles propriétaires disposaient d'un appareil gouvernemental tout fait et tout centralisé. Pour le vaincre, les paysans auraient dû agir par une insurrection simultanée et résolue. Mais ils en furent incapables, en raison même de toutes les conditions d'existence qui leur étaient faites. Le crétinisme local est une malédiction qui pèse sur toutes les révoltes paysannes. Les gens du village ne s'en affranchissent qu'au moment où ils cessent de songer à leurs intérêts purement paysans et se joignent aux mouvements révolutionnaires des nouvelles classes sociales.

[Déjà, pendant la révolution des paysans allemands, dans le premier quart du XVI^e siècle, malgré la faiblesse économique et l'inconsistance politique des villes dans l'Allemagne de ce temps-là, la classe paysanne s'était mise tout naturellement sous la direction immédiate des partis urbains. Révolutionnaire du point de vue social et par l'objectif qu'elle poursuivait, mais sans unité et sans puissance politique, elle n'était pas capable

de constituer son propre parti et, suivant les circonstances locales, elle passait la main soit au parti bourgeois d'opposition, soit à la plèbe révolutionnaire des villes. Celle-ci, unique force capable d'assurer la victoire à la révolution paysanne, bien qu'elle s'appuyât sur la classe la plus radicale de la société d'alors, sur l'embryon du prolétariat contemporain, était elle aussi, toutefois, complètement dépourvue de liens nationaux, et n'avait pas une conscience claire des buts révolutionnaires. Tous ces empêchements tenaient au peu de développement économique du pays, à l'état primitif des voies de communication et au particularisme national. De cette manière, il n'y eut pas de collaboration révolutionnaire entre le village révolté et la plèbe urbaine et il ne pouvait pas y en avoir. Le mouvement paysan fut écrasé...

Plus de trois siècles plus tard, la même situation se représenta lors de la révolution de 1848. La bourgeoisie libérale, loin de souhaiter soulever les paysans et les unir autour d'elle, craignait par-dessus tout l'extension d'un mouvement rural qui aurait principalement contribué à renforcer contre elle les positions des éléments radicaux de la plèbe urbaine. Cette dernière, d'autre part, n'était pas encore arrivée à prendre figure sociale et politique, à surmonter son manque d'unité et ne put, par conséquent, rejeter au second plan la bourgeoisie libérale pour prendre la tête des masses paysannes. La révolution de 1848 essuya une défaite...

Mais, soixante ans auparavant, nous voyons en France la triomphale réalisation des problèmes révolutionnaires, et cela grâce précisément à la coopération des paysans et de la plèbe urbaine, c'est-à-dire des prolétaires, des demi-prolétaires et du *lumpen-proletariat* de l'époque ; cette « coopération » se présenta sous l'aspect de la dictature de la Convention, c'est-à-dire de la dictature exercée par la ville sur le village, par la capitale sur la province et par les sans-culottes sur Paris.]

Dans la Russie moderne, la suprématie sociale de la population industrielle par rapport au monde rural est incomparablement plus grande qu'à l'époque des anciennes révolutions européennes et, en même temps, dans les villes russes d'aujourd'hui, le chaos de la plèbe a cédé la place à un prolétariat industriel nettement défini. Une seule circonstance n'a pas changé : la classe paysanne, en temps de révolution, ne peut, tout comme autrefois, servir d'appui qu'au parti qui entrainera avec lui les masses urbaines les plus révolutionnaires et qui ne craindra pas d'ébranler la propriété féodale par vénération pour les biens de la bourgeoisie. Ce parti, maintenant, ce ne peut être que la social-démocratie.

LE CARACTÈRE DE LA RÉVOLUTION RUSSE

Par la tâche directe et immédiate qu'elle se donne, la révolution russe est proprement « bourgeoise », car elle a pour but d'affranchir la société bourgeoise des entraves et des chaînes de l'absolutisme et de la propriété féodale. Mais la principale force motrice de cette révolution est constituée par le prolétariat, et voilà pourquoi, par sa méthode, la révolution est prolétarienne. Ce contraste a paru inacceptable, inconcevable à de nombreux pédants qui définissent le rôle historique du prolétariat au moyen de calculs statistiques ou par des analogies historiques superficielles. Pour eux, le chef providentiel de la révolution russe, ce doit être la démocratie bourgeoise, tandis que le prolétariat qui, en fait, a marché à la tête des événements pendant toute la période d'élan révolutionnaire, devrait accepter d'être tenu en lisières par une théorie mal fondée et pédantesque. Pour eux, l'histoire d'une nation capitaliste répète, avec des modifications plus ou moins importantes, l'histoire d'une autre. Ils n'aperçoivent pas le processus, unique de nos jours, du développement capitaliste mondial qui est le même pour tous les pays auxquels il s'étend et qui, par l'union de conditions locales avec les conditions générales, crée un amalgame social dont la nature ne peut être définie par la recherche de liens communs historiques, mais seulement au moyen d'une analyse à base matérialiste.

Entre l'Angleterre, d'une part, pionnier du développement capitaliste, laquelle, pendant une longue suite de siècles, a créé de nouvelles formes sociales et une puissante bourgeoisie qui en est l'expression et, d'autre part, les colonies d'aujourd'hui, auxquelles le capital européen apporte, sur des vaisseaux tout montés, des rails tout faits, des traverses, des boulons, des wagons-salons pour l'administration coloniale, et dont ensuite il persuade par la carabine et la baïonnette les indigènes de sortir de leur état primitif pour s'adapter à la civilisation capitaliste, il n'y a aucune analogie dans le développement historique, bien que l'on puisse découvrir un lien profond et intime entre des phénomènes si différents d'aspect.

La nouvelle Russie a pris un caractère tout particulier par suite du fait qu'elle a reçu le baptême capitaliste, dans la seconde moitié du XIX^e siècle, du capital européen qui s'est présenté sous sa forme la plus concentrée et la plus abstraite, comme capital financier. L'histoire antérieure de ce capital comme capital financier. L'histoire de la Russie d'autrefois. Pour n'est aucunement liée à l'histoire de la Russie d'autrefois. Pour atteindre chez lui les hauteurs inaccessibles de la Bourse moderne, le capital a dû s'arracher aux rues étroites, aux ruelles

de la cité où s'exercent les petits métiers et où il avait appris à marcher, à ramper ; il a dû, dans une lutte incessante contre l'Eglise, faire progresser la technique et la science, grouper étroitement autour de lui toute la nation, s'emparer du pouvoir en se révoltant contre les privilèges féodaux et dynastiques ; il a dû se frayer une libre carrière, mettre hors de combat l'artisanat dont il était sorti ; il a dû ensuite s'arracher à la chair même de la nation, aux influences ancestrales, aux préjugés politiques, aux sympathies de la race, aux longitudes et latitudes géographiques, pour planer, en grand carnivore, sur le globe terrestre, empoisonnant aujourd'hui par l'opium l'artisan chinois qu'il a ruiné, enrichissant demain d'un nouveau cuirassé les eaux russes, se saisissant après-demain des mines diamantifères de l'Afrique du Sud.

Mais, lorsque le capital anglais ou français, quintessence de l'œuvre historique des siècles, est transporté dans les steppes du Donetz, il est absolument incapable de manifester les forces sociales, les passions, les valeurs relatives qu'il a progressivement absorbées. Sur un territoire nouveau, il ne peut répéter le développement qu'il a déjà accompli, il reprend son œuvre au point où il l'a laissée dans son pays. Autour des machines qu'il a apportées avec lui à travers les mers et les douanes, il rassemble aussitôt, sans étapes intermédiaires, les masses prolétaires et il infuse à cette classe l'énergie révolutionnaire des vieilles générations bourgeoises, qui s'était figée en lui.

A l'époque héroïque de l'histoire de France, nous voyons la bourgeoisie, qui ne se rend pas encore compte de contradictions dont sa situation est pleine, prendre la direction de la lutte pour un nouvel ordre des choses non seulement contre les institutions surannées de la France, mais même contre les forces réactionnaires de toute l'Europe. Progressivement, la bourgeoisie, représentée par ses fractions, se considère comme le chef de la nation et le devient, entraîne les masses dans la lutte, leur donne un mot d'ordre, leur enseigne une tactique de combat. La démocratie introduit dans la nation le lien d'une idéologie politique. Le peuple — petits bourgeois, paysans et ouvriers — élit comme députés des bourgeois, et c'est dans le langage de la bourgeoisie que les communes écrivent les instructions destinées à leurs représentants. Elle prend conscience de son rôle de Messie. Pendant la révolution même, bien que les antagonismes de classe se révèlent déjà, le mouvement puissant de la lutte révolutionnaire rejette les uns après les autres de la voie politique les éléments les plus inertes de la bourgeoisie. Aucune couche n'est emportée avant d'avoir transmis son énergie aux couches suivantes. La nation, dans son ensemble,

continue à combattre pour les fins qu'elle s'est assignées, par des moyens de plus en plus violents et décisifs. Une fois que la masse nationale s'est mise en mouvement et que se sont séparées d'elle les sphères supérieures de la bourgeoisie possédante pour faire alliance avec Louis XVI, les exigences démocratiques de la nation, dirigées désormais contre cette bourgeoisie, amènent le suffrage universel et la république, formes logiquement indispensables de la démocratie.

La grande Révolution française est vraiment une révolution nationale. Plus que cela. Ici, dans des cadres nationaux, la lutte mondiale de la classe bourgeoise pour la domination, pour le pouvoir, pour un triomphe sans partage, trouve son expression classique.

En 1848, la bourgeoisie n'était déjà plus capable de jouer un rôle de ce genre. Elle n'a ni voulu, ni osé prendre sur elle la responsabilité de liquider par la révolution un régime social qui entravait sa domination. Sa tâche s'est ramenée — et elle s'en rendait compte — à introduire dans l'ancien régime les garanties indispensables pour assurer non pas sa domination politique, mais le partage du pouvoir avec les forces du passé. Non seulement elle s'est refusée à mener les masses à l'assaut de l'ordre ancien, mais elle s'est adossée au vieux régime pour les repousser lorsqu'elles cherchaient à l'entraîner. Elle a reculé consciemment devant les conditions objectives qui auraient rendu possible sa domination. Les institutions démocratiques lui apparaissaient non comme le but de la lutte, mais comme une menace à son bien-être. La révolution pouvait être faite non par elle, mais contre elle. Voilà pourquoi, en 1848, pour le succès de la révolution, il aurait fallu une classe qui fût capable de marcher en tête des événements en laissant de côté la bourgeoisie, en agissant malgré elle, qui pût non seulement la pousser en avant par une violente pression, mais, au moment décisif, rejeter du chemin son cadavre politique.

Ni la petite bourgeoisie, ni la classe paysanne n'étaient capables de jouer ce rôle.

La petite bourgeoisie était hostile à la fois au passé et au futur. Elle ne s'était pas encore libérée des entraves créées par les rapports sociaux du Moyen Age, que déjà elle était sans force pour résister au développement de l'industrie « libre » ; elle n'avait pas encore marqué les villes de son emprise, mais elle avait déjà cédé son influence à la moyenne et grosse bourgeoisie ; embourbée dans ses préjugés, abasourdie par les événements, exploitante et exploitée, cupide et impuissante en sa cupidité, cette petite bourgeoisie attardée ne pouvait prendre la direction de l'histoire mondiale.

La classe paysanne manquait encore plus d'initiative. Disséminée, éloignée des villes, centres nerveux de la politique et de la culture, obtuse, bornant ses regards à un étroit horizon, indifférente à tout ce que la ville avait déjà conçu, cette classe ne pouvait exercer une action dirigeante. Elle s'était calmée dès que ses épaules avaient été débarrassées du fardeau des contraintes féodales et elle avait payé la ville, qui avait combattu pour son droit, d'une noire ingratitude : les paysans affranchis étaient devenus des fanatiques de « l'ordre ».

La démocratie intellectuelle, dépourvue de toute force de classe, était à la remorque de sa sœur aînée, la bourgeoisie libérale, lui servait de queue politique, ou bien se séparait d'elle dans les moments critiques pour manifester son impuissance. Elle s'embrouillait dans des contradictions et des contrastes mal définis encore et elle portait partout avec elle cette confusion.

Le prolétariat était trop faible, il manquait d'organisation, d'expérience et de connaissances. Le développement capitaliste était allé assez loin pour rendre nécessaire l'abolition des anciennes conditions féodales, mais pas assez encore pour mettre en avant la classe ouvrière, produit des nouvelles conditions de production, comme force politique décisive. L'antagonisme du prolétariat et de la bourgeoisie s'était trop affirmé pour que celle-ci pût sans crainte assumer le rôle d'un dirigeant national ; mais cet antagonisme n'était pas encore assez fort pour permettre au prolétariat de se charger de ce rôle.

L'Autriche donna un exemple particulièrement significatif et tragique de cette situation, en montrant que les rapports politiques n'étaient pas encore suffisamment définis au moment de la période révolutionnaire.

Le prolétariat de Vienne manifesta, en 1848, un héroïsme sublime et une grande énergie révolutionnaire. Il marchait et retournait sans cesse au feu, poussé seulement par un obscur instinct de classe, sans se rendre compte du but final de la lutte, en tâtonnant et en adoptant mot d'ordre sur mot d'ordre. La direction du prolétariat fut prise d'une manière bien étonnante par les étudiants, le seul groupe démocratique qui ait joui alors, grâce à son activité, d'une grande influence sur les masses, et par conséquent sur les événements. Mais, bien que les étudiants fussent capables de se battre bravement sur les barricades et de fraterniser honnêtement avec les ouvriers, ils ne pouvaient pas assurer la direction générale de la révolution qui leur avait confié « la dictature de la rue ». Lorsque, le 26 mai, tous les ouvriers de Vienne se soulevèrent à l'appel des étudiants pour s'opposer au désarmement de la Légion académique, lorsque la population de la capitale s'empara de

la ville, lorsque la monarchie en fuite perdit toute influence sur les événements, lorsque, sous la pression populaire, les dernières troupes furent évacuées et que le pouvoir gouvernemental de l'Autriche ne fut plus qu'un spectre, on ne trouva pas de force politique pour saisir le gouvernail. La bourgeoisie libérale se refusa consciemment à utiliser un pouvoir obtenu par des « moyens de brigandage ». Elle ne rêvait que le retour de l'empereur, qui s'était retiré dans le Tyrol, laissant Vienne orpheline. Les ouvriers furent assez courageux pour briser la réaction, mais insuffisamment organisés et conscients pour prendre en mains l'héritage. Incapable de servir de pilote, le prolétariat ne put contraindre la démocratie bourgeoise, qui, comme elle le fait souvent, se déroba au moment où l'on avait le plus besoin d'elle, à jouer ce grand rôle historique. La situation qui résulta de tout cela a été fort bien caractérisée par un contemporain en ces termes : « La république est établie à Vienne, mais malheureusement personne ne s'en est aperçu... » Des événements de 1848-1849, Lassalle tira cette leçon irrefutable qu'aucune lutte en Europe ne peut obtenir de succès si, dès le début, elle ne s'est affirmée comme purement socialiste ; qu'on ne tirera jamais plus aucun avantage d'une lutte dans laquelle les questions sociales n'entreront que comme un obscur élément et resteront au second plan, d'une lutte conduite sous l'enseigne trompeuse d'une renaissance nationale ou d'un républicanisme bourgeois *...

Dans la révolution dont l'histoire fixera le début à l'année 1905, le prolétariat s'est mis en marche pour la première fois sous un étendard qui lui appartenait en propre, vers un but qui était bien à lui. Et, en même temps, il est hors de doute qu'aucune des anciennes révolutions n'a absorbé autant d'énergie populaire et n'a donné aussi peu de conquêtes positives que la révolution russe jusqu'à l'heure présente. Nous sommes loin de vouloir prophétiser, nous ne croyons pas pouvoir annoncer les événements qui se produiront dans les semaines ou les mois qui vont suivre. Mais, pour nous, une chose est claire : la victoire n'est possible que sur la voie indiquée, formulée en 1849 par Lassalle. De la lutte de classe à l'unité de la nation bourgeoise, il n'y a pas de retour. Le « manque de résultats » de la révolution russe montre seulement un aspect passager de son caractère social le plus profond. Dans cette révolution « bourgeoise » sans bourgeoisie révolutionnaire, le prolétariat, par la logique même des événements, est conduit à prendre l'hégémonie sur la classe paysanne et à lutter pour la conquête

du pouvoir souverain. Le premier flot de la révolution russe s'est brisé contre la grossière incapacité politique du monjik qui, dans son village, dévastait le domaine du seigneur pour mettre la main sur ses terres et qui ensuite, revêtu de l'uniforme des casernes, fusillait les ouvriers. Tous les événements de cette révolution peuvent être considérés comme une série d'impitoyables leçons de choses, au moyen desquelles l'histoire inculque violemment au paysan la conscience du lien qui existe indéfectiblement entre ses besoins locaux et le problème central du pouvoir. C'est à l'école des conflits violents et des défaites cruelles que s'élaborent les premiers principes dont l'adoption déterminera la victoire révolutionnaire.

« Les révolutions bourgeoises, écrivait Marx en 1852, se précipitent plus rapidement de succès en succès, leurs effets dramatiques sont plus imposants, les hommes et les événements sont comme éclairés par un feu de Bengale, l'extase est l'état d'âme dominant de chacune de leurs journées ; mais elles sont éphémères, elles atteignent bientôt leur point culminant et la longue apathie qui suit l'ivresse s'empare de la société avant qu'elle ait pu se ressaisir et s'assimiler les résultats de la période de tempête et d'attaque (*Sturm und Drang*). Tout au contraire, les révolutions prolétariennes se critiquent incessamment elles-mêmes, elles interrompent à chaque instant leur marche, reviennent en arrière et recommencent ce qui paraissait accompli, elles raillent impitoyablement les maladresses, les faiblesses, les insuffisances de leurs premières tentatives, elles ne semblent renverser l'adversaire que pour lui donner l'occasion de reprendre des forces et de se redresser plus puissant encore ; sans cesse elles battent en retraite, effrayées par l'imprécision et l'immensité de leur tâche, jusqu'au moment où, enfin, seront réalisées les conditions qui leur interdiront tout recul, lorsque la vie elle-même leur dira de sa maîtresse voix : *Hic Rhodus, hic salta !* (*Le Dix-huit Brumaire de Louis Bonaparte.*)

NOS DIFFERENDS¹

1905, LA RÉACTION ET LES PERSPECTIVES DE LA RÉVOLUTION

Tu as parfaitement raison de dire qu'il est impossible de surmonter l'apathie contemporaine par la voie des théories », écrivait Lassalle à Marx, en 1854, c'est-à-dire à une époque où la réaction se déchainait un peu partout dans le monde. « Je généraliserais même cette pensée en disant que jamais encore on n'a pu vaincre l'apathie par des moyens purement théoriques ; c'est-à-dire que les efforts de la théorie pour vaincre cette apathie ont engendré des disciples et des sectes ou bien des mouvements pratiques qui sont restés infructueux, mais qu'ils n'ont jamais suscité un mouvement mondial réel, ni un mouvement général des esprits. Les masses n'entrent dans le torrent du mouvement, en pratique comme en esprit, que par la force bouillonnante des événements. »

L'opportunisme ne comprend pas cela. On prendra peut-être pour un paradoxe l'affirmation qui consisterait à dire que ce qui caractérise l'opportunisme, c'est qu'il ne sait pas attendre. Et c'est pourtant cela. Dans les périodes où les forces sociales alliées et adversaires par leur antagonisme comme par leurs interactions, amènent en politique un calme plat ; quand le travail moléculaire du développement économique, renforçant encore les contradictions, au lieu

1. Cet article fut imprimé dans la revue polonaise *Przegląd socjaldemokratyczny*, au plus fort de la période de la réaction en Russie : le mouvement ouvrier était presque mort ; les mencheviks avaient renié la révolution et ses méthodes.

On trouvera également ici la critique du point de vue officiel alors adopté par le bolchevisme sur le caractère de la révolution et la tâche du prolétariat dans cette révolution.

La critique du menchevisme garde jusqu'à ce jour sa valeur : le menchevisme russe paie en ce moment les fautes fatales qu'il a commises entre 1903 et 1905, lorsqu'il se constituait pratiquement ; le menchevisme mondial renouvelle aujourd'hui les fautes les plus graves du menchevisme russe.

La critique du point de vue bolcheviste d'alors (la dictature démocratique du prolétariat et de la classe paysanne) n'a plus qu'un intérêt historique. Les dimensions d'autrefois n'existent plus depuis longtemps.

Le manuscrit russe de cet article présente de grandes lacunes, et je le regrette. Je n'ai pas réussi à retrouver le numéro de la revue polonaise. On a donc reproduit le texte tel quel. Un passage de dix lignes a été restitué non mot à mot, mais d'après le sens général. (1922)

de rompre l'équilibre politique, semble plutôt l'affermir provisoirement et lui assurer une sorte de pérennité, l'opportunisme, dévoré d'impatience, cherche autour de lui de « nouvelles » voies, de « nouveaux » moyens d'action. Il s'épuise en plaintes sur l'insuffisance et l'incertitude de ses propres forces et il recherche des « alliés ». Il se jette avidement sur le fumier du libéralisme. Il le conjure. Il l'appelle. Il invente à l'usage du libéralisme des formules spéciales d'action. Mais le fumier n'exhale que son odeur de décomposition politique. L'opportunisme picore alors dans le tas de fumier quelques petites perles de démocratie. Il a besoin d'alliés. Il court à droite et à gauche et tâche de les retenir par la pan de leur habit à tous les carrefours. Il s'adresse à ses « fidèles » et les exhorte à montrer la plus grande prévenance à l'égard de tout allié possible. « Du tact, encore du tact et toujours du tact ! » Il souffre d'une certaine maladie qui est la manie de la prudence à l'égard du libéralisme, la rage du tact et, dans sa fureur, il donne des soufflets et porte des blessures aux gens de son propre parti.

L'opportunisme veut tenir compte d'une situation, de conditions sociales qui ne sont pas encore arrivées à maturité. Il veut un « succès » immédiat. Lorsque ses alliés de l'opposition ne peuvent le servir, il court au gouvernement : il persuade, il supplie, il menace... Enfin, il trouve lui-même une place dans le gouvernement (ministérielisme), mais seulement pour démontrer que, si la théorie ne peut devancer l'histoire, la manière administrative ne réussit pas mieux.

L'opportunisme ne sait pas attendre. Et c'est pourquoi les grands événements lui paraissent toujours inattendus. Les grands événements le surprennent, lui font perdre pied, l'emportent comme un copeau dans leur tourbillon et il va donner de la tête tantôt sur un rivage, tantôt sur un autre... Il essaie de résister, mais en vain. Alors, il se soumet, il fait semblant d'être satisfait, il remue les bras pour avoir l'air de nager et il crie plus fort que tout le monde... Et quand l'ouragan est passé, il remonte en grimpant sur le rivage, il s'ébroue d'un air dégoûté, il se plaint d'avoir mal à la tête, d'être courbaturé, et, dans le malaise de l'ivresse qui le tourmente encore, il n'épargne pas les mots cruels à l'adresse des « songe-creux » de la révolution...



La social-démocratie est née de la révolution et marche à la révolution. Toute sa tactique, durant les époques dites d'évolution pacifique, se borne à accumuler des forces dont la valeur et l'importance n'apparaîtront qu'au moment de la bataille révolutionnaire. Ce que l'on appelle des époques « normales », « le temps de paix », ce sont les périodes pendant lesquelles les classes dirigeantes imposent au prolétariat leur conception du droit et leurs procédés de résistance politique (tribunaux, réunions politiques sous la surveillance de la police, parlementarisme...). Les époques révolution-

naires sont celles où le prolétariat, dans sa révolte politique, découvre les procédés qui conviennent le mieux à sa nature révolutionnaire (libres réunions, presse libre, grève générale, insurrection...). « Mais, dans la folie révolutionnaire (!), lorsque le but de la révolution semble si proche, la tactique mencheviste, si raisonnable, a bien de la peine à s'imposer... » (Tcherevanine, page 209). La tactique de la social-démocratie serait donc gênée par la « folie révolutionnaire ». Folie révolutionnaire, quelle terminologie ! Or, la vérité, c'est simplement que « la tactique mencheviste si raisonnable » demandait « une alliance temporaire d'action » avec le parti cadet, et que la « folie révolutionnaire » l'a empêchée de prendre cette mesure salutaire...

Quand on relit la correspondance de nos merveilleux classiques qui, du haut de leurs observatoires — le plus jeune à Berlin, les deux plus forts au centre même du capitalisme mondial, à Londres — observaient avec une attention soutenue l'horizon politique, notant tout incident, tout phénomène qui pouvait annoncer l'approche de la révolution ; quand on relit ces lettres dans lesquelles monte le bouillonnement de la lave révolutionnaire, quand on respire cette atmosphère d'attente impatiente et pourtant jamais lasse, on se prend à haïr cette cruelle dialectique de l'histoire qui, pour atteindre des buts momentanés, rattache au marxisme des raisonneurs dépourvus de tout talent dans leurs théories comme dans leur psychologie, qui opposent leur « raison » à la « folie révolutionnaire » !

« L'instinct des masses dans les révolutions, écrivait Lassalle à Marx en 1859, est ordinairement beaucoup plus sûr que la raison des intellectuels... C'est précisément le manque d'instruction qui protège les masses contre les dangers d'une conduite trop raisonnable... » « La révolution, continue Lassalle, ne peut s'accomplir définitivement qu'avec l'aide des masses et grâce à leur abnégation passionnée. Mais ces multitudes, précisément parce qu'elles sont « obscures », parce qu'elles manquent d'instruction, n'entendent rien au possibilisme, et, comme un esprit peu développé n'admet que les extrêmes en toute chose, ne connaît que le oui et le non et ignore le juste milieu, les masses ne s'intéressent qu'aux extrêmes, qu'à ce qui est entier, intégral, immédiat. En fin de compte, cela crée une situation telle que les gens qui escomptent d'une façon trop raisonnable la révolution, au lieu de n'avoir devant eux que leurs ennemis déçus et d'avoir près d'eux leurs amis, ne gardent que des ennemis devant eux et ne trouvent plus d'adeptes de leurs principes. Ainsi, ce qui avait l'air d'une raison supérieure se trouve, en fait, n'être que le comble de la déraison. »

Lassalle a parfaitement raison d'opposer l'instinct révolutionnaire des masses ignorantes à la tactique « raisonnable » des théoriciens de la révolution. Mais l'instinct brut n'est pas pour lui, bien entendu, le dernier critère. Il y a un critère supérieur : c'est « une connaissance achevée des lois de l'histoire et du mouvement des peuples ». « Il n'y a qu'une sagesse réaliste, conclut-il, qui puisse tout naturellement surpasser la raison réaliste et s'élever au-dessus

d'elle. » La sagesse réaliste qui, chez Lassalle, est encore voilée d'un certain idéalisme, se manifeste ouvertement chez Marx comme une dialectique matérialiste. Toute la force de cette doctrine est en ceci qu'elle n'oppose pas sa « tactique raisonnable » au mouvement réel, mais qu'elle précise, épure et généralise ce mouvement. Et, précisément par ce fait que la révolution arrache les voiles mystiques qui empêchaient de voir les traits essentiels du groupement social et pousse les classes contre les classes dans la grande arène de l'Etat, le politicien marxiste se sent dans la révolution comme dans son élément. Quelle est donc cette « raisonnable tactique mencheviste » qui ne peut être réalisée ou, pis encore, qui reconnaît elle-même la cause de son insuccès dans la « folie révolutionnaire » et attend consciemment que cette folie soit passée, c'est-à-dire que soit épuisée ou écrasée par la force l'énergie révolutionnaire des masses ?

Plekhanov a eu le premier le triste courage de considérer les événements de la révolution comme une série de fautes. Il nous en a donné un exemple frappant, lumineux : pendant vingt ans, il a infatigablement défendu la dialectique matérialiste contre tous les doctrinaires, les raisonneurs, les rationalistes, les utopistes. Mais, ensuite, devant les réalités de la révolution politique, il s'est révélé comme un doctrinaire et un utopiste de la plus belle eau. Dans tous ses écrits de la période révolutionnaire, on chercherait en vain ce qui importe le plus : la dynamique immanente des forces sociales, la logique interne de l'évolution révolutionnaire des masses ; au lieu de cela, Plekhanov nous offre de multiples variations sur un syllogisme sans valeur dont les termes se disposent ainsi : d'abord : Notre révolution a un caractère bourgeois ; ensuite et enfin : Il faut se conduire à l'égard des cadets avec beaucoup de tact. On ne trouve ici ni analyse théorique, ni politique révolutionnaire ; on ne voit que les importunes annotations d'un raisonneur dans les marges du grand livre des événements. Le plus beau résultat de ce genre de critique, c'est un enseignement pédagogique qui se résume en ceci : si les social-démocrates russes avaient été de véritables marxistes et non des métaphysiciens, notre tactique à la fin de 1905 aurait été toute différente. Chose étonnante : Plekhanov ne songe nullement à se demander comment il se fait qu'ayant lui-même enseigné pendant un quart de siècle le plus pur marxisme, il n'ait concouru qu'à créer un parti de « métaphysiciens » révolutionnaires ; et, ce qui est plus grave, comment ces « métaphysiciens » ont réussi à entraîner dans le mauvais chemin les masses ouvrières et à laisser les « véritables marxistes » à l'écart, dans une situation de doctrinaires sans autorité. De deux choses l'une : ou bien Plekhanov ignore par quels moyens secrets la doctrine marxiste s'est transformée en action révolutionnaire ; ou bien les « métaphysiciens » jouissent d'avantages indiscutables dans la révolution, avantages qui manquent aux « véritables » marxistes. Dans ce cas, les choses n'iraient pas mieux si tous les social-démocrates russes mettaient en œuvre la tactique de Plekhanov : ils seraient nécessairement effacés par des « métaphysiciens » d'origine non marxiste. Plekhanov passe prudemment à côté de ce fatal dilemme.

Mais Tcherevanine, l'honnête Sancho Pança de la doctrine de Plekhanov, prend tout bonnement le taureau par les cornes, ou bien, pour suivre de plus près le style de Cervantes, il prend l'âne par les oreilles et déclare courageusement ceci : Dans une période révolutionnaire, la véritable tactique marxiste n'est d'aucune utilité !

Tcherevanine a été forcé d'en venir à cette conclusion parce qu'il s'était assigné une tâche que son maître évitait soigneusement : il a voulu donner un tableau d'ensemble de la révolution et du rôle que le prolétariat y a joué. Tandis que Plekhanov se limitait raisonnablement, prudemment, à critiquer en détail certaines démarches et certaines déclarations, ignorant délibérément le développement interne des événements, Tcherevanine s'est demandé quel aurait été l'aspect de l'histoire si elle s'était développée conformément à « la véritable tactique mencheviste ». Il a répondu à cette question par sa brochure, *Le Prolétariat dans la révolution* (Moscou, 1907), qui est un document manifestant le rare courage dont on est capable quand on a l'esprit borné. Mais quand il a eu corrigé, dans son exposé, toutes les erreurs de la révolution et fixé dans l'ordre « mencheviste » tous les événements, de manière à conduire, théoriquement bien entendu, la révolution jusqu'à la victoire, il s'est dit : Mais, enfin, pourquoi l'histoire est-elle sortie de la bonne voie ? A cette autre question, il a répondu par un autre petit livre : *La Situation actuelle et l'avenir possible* ; et, de nouveau, cet ouvrage manifeste que le courage infatigable des esprits bornés peut amener la découverte de certaines vérités :

« La défaite subie par la révolution a été si grave, déclare Tcherevanine, qu'il serait absolument impossible d'en chercher les causes dans telles ou telles fautes du prolétariat. Il ne s'agit pas ici d'erreurs, évidemment, il faut trouver des raisons plus profondes » (page 174). Le retour de la bourgeoisie à son ancienne alliance avec le tsarisme et la noblesse a eu une influence fatale sur les destinées de la révolution. Le prolétariat a contribué pour « une part très importante, avec une force décisive », à unifier ces différentes valeurs, à en faire un tout contre-révolutionnaire. Et, quand on regarde en arrière, on peut affirmer maintenant que « ce rôle du prolétariat était inévitable » (page 175 ; les mots soulignés l'ont été par moi). Dans sa première brochure, Tcherevanine, à la suite de Plekhanov, attribuait tous les revers de la révolution au blanquisme de la social-démocratie. Maintenant, son esprit borné, mais honnête, s'insurge contre cette opinion et il déclare : « Imaginons que le prolétariat se soit trouvé tout le temps sous la direction des véritables mencheviks et qu'il se soit conduit à la façon mencheviste¹ ; la tactique du prolétariat s'en

1. Notez, je vous prie, cette façon de penser : ce ne sont pas les mencheviks qui donnent la formule de la lutte de classe du prolétariat, c'est le prolétariat qui se conduit à la façon mencheviste. Mieux vaudrait dire : Admettons que les événements se développent à la Tcherevanine... (1909)

serait améliorée, mais ses tendances générales n'auraient pu se modifier et l'auraient fatalement conduit à la défaite » (page 176). En d'autres termes, le prolétariat, en tant que classe, n'aurait pas été capable de se limiter selon la doctrine mencheviste. En développant sa lutte de classe, il poussait nécessairement la bourgeoisie vers le camp de la réaction. Les fautes de tactique ne pouvaient qu'« aggraver le triste (!) rôle du prolétariat dans la révolution, mais elles ne déterminaient pas la marche des choses ». Ainsi, « le triste rôle du prolétariat » procédait essentiellement de ses intérêts de classe. C'est une conclusion vraiment déshonorante, marquant une complète capitulation devant toutes les accusations portées par le crétinisme libéral contre le parti qui représente le prolétariat. Et pourtant, dans cette honteuse conclusion du politicien, il y a une parcelle de vérité historique : la collaboration du prolétariat avec la bourgeoisie a été impossible, non par suite des imperfections de la pensée social-démocratie, mais en raison de la division profonde qui existait dans la « nation » bourgeoise. Le prolétariat de Russie, en vertu de son caractère social nettement défini, au degré de conscience auquel il était arrivé, ne pouvait manifester son énergie révolutionnaire qu'au nom de ses intérêts particuliers. Mais l'importance radicale des intérêts qu'il mettait en avant, et même de son programme immédiat, exigeait nécessairement que la bourgeoisie obliquât vers la droite.

Tcherevanine a compris cela. C'est là, dit-il, la cause de la défaite. Bien. Mais qu'en conclure ? Que restait-il à faire à la social-démocratie ? Devait-elle essayer, par des formules algébriques à la Plekhanov, de tromper la bourgeoisie ? Ou bien devait-elle se croiser les bras et abandonner le prolétariat au désastre inévitable ? Ou bien, au contraire, reconnaissant qu'il était inutile de compter sur une collaboration durable avec la bourgeoisie, devait-elle agir de manière à révéler toute la force de classe du prolétariat, de façon à éveiller l'intérêt social parmi les masses paysannes ? Devait-elle en appeler à l'armée prolétarienne et paysanne, et chercher, dans cette voie, la victoire ? La victoire était-elle possible, d'abord ? Nul n'aurait pu le prévoir. En second lieu, quelles que fussent les probabilités de victoire, la voie que nous indiquons était la seule où pouvait s'engager le parti de la révolution à moins de préférer un suicide immédiat au danger d'une défaite.

Ainsi, la logique interne de la révolution, que Tcherevanine ne commence à soupçonner qu'aujourd'hui, quand « il regarde en arrière », était, avant même le début des événements décisifs de la révolution, claire pour ceux qui l'accusent de « folie ».

Nous écrivions en juillet 1905 : « Attendre aujourd'hui quelque initiative, quelque action résolue de la bourgeoisie est moins raisonnable encore qu'en 1848. D'une part, les obstacles à surmonter sont beaucoup plus grands ; d'autre part, la ségrégation sociale et politique dans le sein de la nation est allée infiniment plus loin. Le complot du silence de la bourgeoisie nationale et mondiale suscite de terribles difficultés au mouvement d'émancipation ; on

s'efforce de limiter ce mouvement à une entente entre les classes possédantes et les représentants de l'ancien régime, et cela dans le but d'écraser les masses populaires. Dans ces conditions, la tactique démocratique ne peut se ramener qu'à une lutte ouverte contre la bourgeoisie libérale. Il est nécessaire que l'on s'en rende bien compte. La véritable voie n'est pas dans une « union » fictive de la nation contre son ennemi (contre le tsarisme), elle est dans un développement en profondeur de la lutte des classes au sein même de la nation... Indiscutablement, la lutte de classe menée par le prolétariat pourra pousser la bourgeoisie en avant ; seule, d'ailleurs, la lutte de classe est capable d'agir ainsi. D'autre part, il est incontestable que le prolétariat, quand il aura ainsi remédié à l'inertie de la bourgeoisie, se heurtera quand même à celle-ci à un certain moment du développement de la lutte, comme à un obstacle immédiat. La classe qui sera capable de surmonter cet obstacle devra l'attaquer et assumer par conséquent l'hégémonie, si du moins il est dans les destinées du pays de connaître une renaissance démocratique. Dans ces conditions, nous voyons venir la domination du « Quatrième Etat ». Bien entendu, le prolétariat remplit sa mission quand il cherche un appui, comme jadis la bourgeoisie, dans la classe paysanne et la petite bourgeoisie. Il dirige la campagne, il entraîne les villages dans le mouvement, il les intéresse au succès de ses plans. Mais c'est lui, nécessairement, qui est et reste le chef. Ce n'est pas « la dictature des paysans et du prolétariat », c'est « la dictature du prolétariat appuyé sur les paysans ». L'œuvre qu'il accomplit ne se limite pas, certainement, aux frontières du pays. Par la logique même de sa situation, il devra immédiatement entrer dans l'arène internationale¹.

L'opinion des mencheviks sur la révolution russe, en somme, n'a jamais été bien claire. Comme les bolcheviks, ils ont parlé de « mener la révolution jusqu'au bout » ; mais, de part et d'autre, on comprenait cette formule d'une façon très limitée : il ne s'agissait que de réaliser « notre programme minimum », après quoi devait s'ouvrir l'époque d'une exploitation capitaliste « normale », dans les conditions générales du régime démocratique. Pour « mener la révolution jusqu'au bout », il fallait pourtant songer à renverser le tsarisme et à faire passer le pouvoir aux mains d'une force sociale révolutionnaire. Laquelle ? Les mencheviks répondaient : la démocratie bourgeoise. Les bolcheviks répondaient : le prolétariat et les paysans.

1. Préface du plaidoyer de Lassalle en cour d'assises. Certaines expressions sont assez vagues, mais à dessein : cet article devait être publié avant « l'ère constitutionnelle », en juillet 1903. (1909)

Mais, qu'est-ce que la « démocratie bourgeoise » des mencheviks ? Ce terme ne désigne pas un groupe social déterminé, dont l'existence soit réelle et sensible ; c'est une catégorie en dehors de l'histoire, inventée au moyen de la déduction et des analogies, par des journalistes. Parce que la révolution doit être menée « jusqu'au bout », parce que c'est une révolution bourgeoise, parce que les jacobins, révolutionnaires démocrates, en France, ont mené la révolution jusqu'au bout, la révolution russe ne peut transmettre le pouvoir qu'à la démocratie révolutionnaire bourgeoise.

Après avoir établi, d'une façon immuable, la formule algébrique de la révolution, les mencheviks s'efforcent ensuite de lui adjoindre des valeurs arithmétiques qui n'existent pas dans la nature. A chaque instant, ils sont arrêtés par ce fait que la social-démocratie s'accroît et s'affermi aux dépens de la démocratie bourgeoise. Il n'y a pourtant en cela rien d'étonnant ; ce n'est pas par hasard que les choses se présentent ainsi, c'est une conséquence de la structure sociale. Mais, plus le phénomène est naturel, plus il s'oppose nettement aux conceptions artificielles du menchevisme. Ce qui empêche le triomphe de la révolution bourgeoise démocratique, c'est principalement que le parti du prolétariat grandit en force et en importance. De là cette philosophie mencheviste qui voudrait que la social-démocratie remplisse un rôle trop pénible, trop difficile pour la chétive démocratie bourgeoise, c'est-à-dire que la social-démocratie, au lieu d'agir comme le parti indépendant du prolétariat, ne soit qu'une agence révolutionnaire destinée à assurer le pouvoir à la bourgeoisie. Il est évident que, si la social-démocratie entrait dans cette voie, elle se condamnerait à une impuissance égale à celle de l'aile gauche de notre libéralisme. La nullité de ce dernier et la force grandissante de la social-démocratie révolutionnaire sont deux phénomènes connexes qui se complètent. Les mencheviks ne comprennent pas que, dans la société, ce qui affaiblit la démocratie bourgeoise est en même temps une source de force et d'influence pour la social-démocratie. Dans l'impuissance de la première, ils croient apercevoir l'impuissance de la révolution même. Faut-il dire à quel point cette pensée est insignifiante quand on considère les choses du point de vue de la social-démocratie internationale, en tant que parti d'une transformation socialiste mondiale ? Il suffit de constater quelles sont les conditions réelles de notre révolution. On n'arrivera pas à ressusciter le Tiers-Etat par des lamentations. Une seule conclusion s'impose : seule la lutte de classe du prolétariat, qui soumet à sa direction révolutionnaire les masses paysannes, peut « mener la révolution jusqu'au bout ».



Voilà qui est parfaitement vrai, disent les bolcheviks. Pour que notre révolution soit victorieuse, il est nécessaire que la lutte

soit menée conjointement par le prolétariat et les paysans. Or, « la coalition du prolétariat et des paysans, coalition qui remportera la victoire dans la révolution bourgeoise, n'est autre chose que la dictature révolutionnaire démocratique du prolétariat et des paysans ». Ainsi parle Lénine dans le numéro 2 de la *Przeglad*. L'œuvre de cette dictature consistera à démocratiser les rapports économiques et politiques dans les limites de la propriété exercée par des particuliers sur les moyens de production. Lénine établit une distinction de principe entre la dictature socialiste du prolétariat et la dictature démocratique (c'est-à-dire bourgeoise démocratique) du prolétariat et des paysans. Cette opération de logicien purement formelle écarte, lui semble-t-il, les difficultés avec lesquelles on devrait compter si l'on envisageait d'une part le peu d'importance des forces productrices et, d'autre part, la domination de la classe ouvrière. Si nous pensions, dit-il, que nous pouvons accomplir une transformation de régime dans le sens socialiste, nous irions au-devant d'un krach politique. Mais du moment que le prolétariat, ayant pris le pouvoir avec les paysans, comprend nettement que sa dictature n'a qu'un caractère « démocratique », tout est sauvé. Lénine répète infatigablement cette pensée depuis 1904. Mais elle n'en est pas plus juste.

Puisque les conditions sociales en Russie ne permettent pas encore une révolution socialiste, le pouvoir politique serait pour le prolétariat le plus grand des malheurs. Ainsi parlent les mencheviks. Ce serait juste, réplique Lénine, si le prolétariat ne comprenait pas qu'il s'agit seulement d'une révolution « démocratique ». En d'autres termes, constatant la contradiction qui existe entre les intérêts de classe du prolétariat et les conditions objectives, Lénine ne voit d'issue que dans une limitation volontaire du rôle politique assumé par le prolétariat ; et cette limitation se justifie par l'idée théorique que la révolution, dans laquelle la classe ouvrière joue un rôle dirigeant, est une révolution bourgeoise. Lénine impose cette difficulté objective à la conscience du prolétariat et résout la question par un ascétisme de classe qui prend son origine non dans une foi mystique mais dans un schéma « scientifique ». Il suffit de se représenter clairement cette construction théorique pour comprendre de quel idéalisme elle procède et combien elle est peu solide.

J'ai montré ailleurs, avec détails à l'appui, que, dès le lendemain de l'établissement de la « dictature démocratique », toutes ces rêveries d'ascétisme quasi marxiste seront réduites à néant. Quelle que soit la théorie admise au moment où le prolétariat prendra le pouvoir, il ne pourra éviter, dès le premier jour, le problème qui s'imposera aussitôt : celui du chômage. Il ne lui servira guère alors de comprendre la différence que l'on établit entre la dictature socialiste et la dictature démocratique. Le prolétariat au pouvoir devra immédiatement assurer du travail aux chômeurs, aux frais de l'Etat, par tels ou tels moyens (organisation de travaux publics, etc.). Ces mesures appelleront nécessaire-

ment une grand lutte économique et une longue suite de grèves grandioses : nous avons vu tout cela, dans une faible mesure, à la fin de 1905. Et les capitalistes répondront alors comme ils ont déjà répondu quand on exigeait la journée de huit heures : par le *lock-out*. Ils mettront de gros cadenas à leurs portes et ils se diront : Notre propriété n'est pas menacée puisqu'il est décidé que le prolétariat, actuellement, s'occupe d'une dictature démocratique et non socialiste. Que pourra faire le gouvernement ouvrier quand il verra qu'on ferme les usines et les fabriques ? Il devra les rouvrir et reprendre la production pour le compte de l'Etat. Mais alors, c'est le chemin du socialisme ? Bien sûr ! Quelle autre voie pouvez-vous proposer ?

On peut nous répliquer : Vous nous dessinez là le tableau d'une dictature illimitée des ouvriers. Mais ne parlions-nous pas d'une dictature de coalition du prolétariat et des paysans ? Bien. Envisageons cette objection. Nous venons de voir que le prolétariat, malgré les meilleures intentions des théoriciens, avait en pratique effacé la limite qui devait être celle de la dictature démocratique. On propose maintenant de compléter cette restriction politique par une véritable « garantie » antisocialiste, en imposant au prolétariat un collaborateur : le moujik. Si l'on veut dire par là que le parti paysan qui se trouvera au pouvoir à côté de la social-démocratie ne permettra pas d'employer les chômeurs et les grévistes pour le compte de l'Etat et d'ouvrir, pour la production nationale, les usines et les fabriques que les capitalistes auront fermées, cela signifie que, dès le premier jour, c'est-à-dire longtemps avant que la tâche de la « coalition » n'ait été accomplie, nous aurons un conflit du prolétariat avec le gouvernement révolutionnaire. Ce conflit peut se terminer soit par une répression anti-ouvrière venant du parti paysan, soit par l'élimination de ce parti du gouvernement. L'une ou l'autre solution ressemble fort peu à une dictature « de coalition démocratique ». Tout le malheur vient de ce que les bolcheviks ne conçoivent la lutte de classe du prolétariat que jusqu'au moment de la victoire de la révolution ; après quoi, la lutte est suspendue provisoirement et l'on voit apparaître une collaboration « démocratique ». C'est seulement après l'établissement définitif du régime démocratique que la lutte de classe du prolétariat reprend pour amener cette fois le triomphe du socialisme. Si les mencheviks, en partant de cette conception abstraite : « Notre révolution est bourgeoise », en viennent à l'idée d'adapter toute la tactique du prolétariat à la conduite de la bourgeoisie libérale jusqu'à la conquête du pouvoir par celle-ci, les bolcheviks, partant d'une conception non moins abstraite, « Dictature démocratique mais non socialiste », en viennent à l'idée d'une auto-limitation du prolétariat détenant le pouvoir à un régime de démocratie bourgeoise. Il est vrai qu'entre mencheviks et bolcheviks il y a une différence essentielle : tandis que les aspects antirévolutionnaires du menchevisme se manifestent dès à présent dans toute leur étendue, ce qu'il y a d'antirévolutionnaire dans le bolchevisme ne nous menace — mais la menace n'en est

pas moins sérieuse — que dans le cas d'une victoire révolutionnaire¹.



La victoire de la révolution ne pourra donner le pouvoir qu'au parti qui s'appuiera sur le peuple armé des villes, c'est-à-dire sur une milice prolétarienne. Quand elle se trouvera au pouvoir, la social-démocratie devra compter avec une très grande difficulté qu'il sera impossible d'écarter en prenant pour doctrine cette formule naïve : « Une dictature exclusivement démocratique ». Une « auto-limitation » du gouvernement ouvrier n'aurait d'autre effet que de trahir les intérêts des sans-travail, des grévistes et enfin de tout le prolétariat, pour réaliser la république. Le pouvoir révolutionnaire devra résoudre des problèmes socialistes absolument objectifs et, dans cette tâche, à un certain moment, il se heurtera à une grande difficulté : l'état arriéré des conditions économiques du pays. Dans les limites d'une révolution nationale, cette situation n'aurait pas d'issue. La tâche du gouvernement ouvrier sera donc, dès le début, d'unir ses forces avec celles du prolétariat socialiste de l'Europe occidentale. Ce n'est que dans cette voie que sa domination révolutionnaire temporaire deviendra le prologue d'une dictature socialiste. La révolution permanente sera donc de règle pour le prolétariat de Russie, dans l'intérêt et pour la sauvegarde de cette classe. Si le parti ouvrier manquait d'initiative pour prendre une offensive révolutionnaire, s'il croyait devoir se borner à une dictature simplement nationale et simplement démocratique, les forces unies de la réaction européenne ne tarderaient pas à lui faire comprendre que la classe ouvrière, détenant le pouvoir, doit en mettre tout le poids dans la balance, sur le plateau de la révolution socialiste.

1. Il n'en fut pas ainsi, fort heureusement : sous la direction du camarade Lénine, le bolchevisme transforma (non sans luttes intérieures) son idéologie sur cette question primordiale dès le printemps de 1917, c'est-à-dire avant la conquête du pouvoir. (1922)

TROTSKY

"TERRORISME ET COMMUNISME"

Union generale

19207

Éditions. Paris. 1963.

Selección de textos. Cap. I

Les rapports des forces. P. 35 a 45

Clasificación: 2
0-18

Un argument constamment répété dans la critique du régime soviétique russe et surtout dans celle du passage révolutionnaire au régime des Soviets dans d'autres pays, c'est celui qui a trait au *rapport des forces*. Le régime soviétique est, en Russie, utopique, car il ne correspond pas au « rapport des forces ». La Russie arriérée ne peut pas se donner des tâches qui pourraient être celles de l'Allemagne avancée. Même pour le prolétariat allemand, ce serait d'ailleurs une folie que de s'emparer du pouvoir politique, car ce serait en ce moment rompre le « rapport des forces ». La Société des Nations n'est point parfaite, mais répond au « rapport des forces ». La lutte pour l'abolition du régime capitaliste est utopique ; mais quelques amendements au traité de Versailles correspondraient au « rapport des forces ». Quand Louguet boitait à la suite de Wilson, ce n'était pas du fait de sa débilité politique, mais pour la gloire du « rapport des forces ». Le président autrichien Seidtz et le chancelier Renner doivent, de l'avis de Frédéric Adler, exercer leur trivialité petite-bourgeoise dans les premières magistratures .

de la république bourgeoise, — afin que ne soit pas rompu le « rapport des forces ». Environ deux ans avant la guerre mondiale, Karl Renner qui n'étant pas encore chancelier, n'était qu'un avocat « marxiste » de l'opportunisme, me démontrait que le trade-unionisme, c'est-à-dire le régime des capitalistes et des propriétaires fonciers couronné d'une monarchie, se maintiendrait inévitablement en Russie pendant toute une époque historique, puisqu'il correspondrait un « rapport des forces ».

Qu'est-ce donc que ce « rapport des forces », — formule sacramentelle qui doit définir et expliquer tout le cours de l'histoire, en gros et en détail ? Et pourquoi, de façon plus précise, ce « rapport des forces » sert-il invariablement, à l'école actuelle de Kautsky, de justification à l'indécision, à l'inertie, à la couardise, à la trahison ?

Le « rapport des forces » signifie tout ce que l'on veut : le niveau de la production, le degré de différenciation des classes, le nombre des ouvriers qualifiés, l'encaisse des syndicats, quelquefois le résultat des dernières élections parlementaires, fréquemment le degré de condescendance du ministère, ou d'impudence de l'oligarchie financière, — et, enfin, le plus souvent l'impression d'ensemble politique d'un pédant à demi aveugle qu'on appelle un politique réaliste — qui s'est peut-être assimilé la phraséologie marxiste, mais s'inspire en réalité des plus basses combinaisons, des préjugés les plus répandus et des méthodes parlementaires. Après un petit entretien confidentiel avec le directeur de la Sûreté générale, le politicien social-démocrate autrichien savait toujours bien exactement, au bon vieux temps

jadis, si le « rapport des forces », permettait, à Vienne, pour le 1^{er} mai, une manifestation pacifique. Les Ebert, les Scheidemann, les David mesuraient, il n'y a pas si longtemps, le « rapport des forces » au nombre de doigts que leur tendaient Bethman-Hollweg et Ludendorff en les rencontrant au Reichstag.

L'établissement de la dictature des Soviets en Autriche aurait, selon Frédéric Adler, désastreusement rompu le « rapport des forces » et l'Entente aurait affamé le pays. Comme preuve, Frédéric Adler nous désignait la Hongrie, où les Renner magyars n'avaient pas encore réussi à ce moment à renverser, avec le concours des Adler, le pouvoir des Soviets. A première vue, il semble que Frédéric Adler ait eu raison. La dictature prolétarienne n'a pas tardé à être renversée en Hongrie et le ministère ultra-réactionnaire de Friedrich l'a remplacée. Mais on peut bien demander si cela répondait « au rapport des forces ». Ni Friedrich ni Huszar n'auraient pu, en tous cas, prendre le pouvoir, même momentanément, s'il n'y avait eu l'armée roumaine. On voit d'ici qu'en expliquant les destinées de la Hongrie, il convient tout au moins de prendre en considération le « rapport des forces » dans deux pays : Hongrie et Roumanie. Mais il est évident qu'on ne peut s'y arrêter. Si la dictature des Soviets avait été instituée en Autriche avant la crise hongroise, le renversement du pouvoir des Soviets à Budapest eût été autrement difficile. Nous voici donc obligés de faire entrer en ligne de compte dans le « rapport des forces » qui déterminèrent la chute momentanée du gouvernement des Soviets hongrois, l'Autriche et la politique de trahison de Frédéric Adler.

Frédéric Adler lui-même ne cherche pas la clef du « rapport des forces » en Russie ou en Hongrie, mais à l'occident, chez Clemenceau et Lloyd George : ils détiennent le pain et le charbon ; or, le pain et le charbon sont, aujourd'hui, dans le mécanisme de la « corrélation des forces », des facteurs tout aussi importants que les canons dans la constitution de Lassalle. Descendue des hauteurs où elle se réfugie, l'opinion de Frédéric Adler, c'est que le prolétariat autrichien ne doit pas prendre le pouvoir tant que ne le lui permettra pas Clemenceau (ou Millerand, c'est-à-dire un Clemenceau de deuxième qualité).

Mais, ici encore, il est permis de demander : la politique de Clemenceau répond-elle vraiment au rapport des forces ? A première vue, il peut paraître que les gendarmes de Clemenceau, s'ils ne démontrent pas cette corrélation, suffisent à l'assurer en dissolvant les réunions ouvrières, en arrêtant et en fusillant les communistes. Et nous ne pouvons pas ne pas rappeler à ce propos que les mesures de terreur du gouvernement des Soviets — perquisitions, arrestations et fusillades — dirigées exclusivement contre les ennemis de la révolution, sont considérées par diverses personnes comme prouvant que le gouvernement des Soviets ne répond pas du rapport des forces. Mais c'est en vain que nous chercherions aujourd'hui dans le monde entier un régime qui n'eût pas recours à de terribles représailles en masse. C'est que les forces des classes ennemies, ayant crevé l'enveloppe de tous les droits, même « démocratiques », tendent à fixer leurs nouvelles corrélations par une lutte impitoyable.

Quand le système des Soviets s'est établi en Russie, les politiciens capitalistes n'ont pas été

les seuls à le considérer comme un insolent défi au rapport des forces : les opportunistes socialistes de tous les pays étaient aussi de cet avis. Il n'y avait pas, à ce sujet, de désaccord entre Kautsky, le comte habsbourgeois Czernin — et le Premier Bulgare Radoslavov. Depuis, les monarchies austro-hongroise et allemande se sont effondrées, le militarisme le plus puissant s'est émietté. Le gouvernement des Soviets a tenu. Les puissances victorieuses de l'Entente ont mobilisé et jeté contre lui tout ce qu'elles ont pu. Le gouvernement des Soviets s'est maintenu. Si Kautsky, Frédéric Adler et Otto Bauer avaient pu prédire, il y a deux ans, que la dictature du prolétariat se maintiendrait en Russie, d'abord malgré les attaques de l'impérialisme allemand, ensuite malgré une lutte ininterrompue contre l'impérialisme de l'Entente, les sages de la II^e Internationale auraient considéré cette prédiction comme témoignant d'une risible méconnaissance du rapport des forces.

Le rapport des forces politiques est, à chaque moment donné, la résultante de divers facteurs de puissance et de valeur inégales et ne se détermine que tout au fond des choses par le degré de développement de la production. La structure sociale d'un peuple retarde considérablement sur le développement des forces productrices. La petite bourgeoisie et la classe paysanne subsistent longtemps après que leurs méthodes économiques aient été dépassées et condamnées par le développement industriel et technique de la société. La conscience des masses retarde à son tour considérablement sur le développement des rapports sociaux ; la conscience des anciens partis socialistes retarde d'une époque entière par rapport

à l'état d'esprit des masses : la conscience des anciens leaders parlementaires et trade-unionistes, plus réactionnaire que celle de leurs partis, forme une sorte de caillot durci que l'histoire n'a pu, jusqu'à ce jour, ni digérer ni vomir. A l'époque du parlementarisme pacifique, étant donné la stabilité des rapports sociaux, le facteur psychologique pouvait être placé — sans trop criantes erreurs — à la base de tous les calculs : et l'on pensait que les élections parlementaires exprimaient suffisamment le rapport des forces. La guerre impérialiste a révélé, en rompant l'équilibre de la société bourgeoise, l'insuffisance radicale des anciens critères qui ne tenaient nul compte des profonds facteurs historiques, lentement accumulés par le passé et qui émergent à présent pour diriger le cours de l'histoire.

Les politiciens routiniers incapables d'embrasser le processus historique dans sa complexité, dans ses contradictions et ses discordances intérieures, se sont imaginé que l'histoire préparerait simultanément et rationnellement, de tous les côtés à la fois, l'avènement du socialisme, de sorte que la concentration de l'industrie et la morale communiste du producteur et du consommateur eussent pu évoluer et mûrir avec les charmes électriques et les majorités parlementaires. D'où une attitude purement mécanique vis-à-vis du parlementarisme qui, aux yeux de la plupart des politiciens de la II^e Internationale, indiquait le degré de préparation de la société au socialisme de même qu'un manomètre indique la pression de la vapeur. Il n'est pourtant rien de plus absurde qu'une semblable représentation mécanique du développement des rapports sociaux.

Si l'on s'élève de la production, fondement des sociétés, aux superstructures — classes, états, droits, partis, etc., — on peut établir que la force d'inertie de chaque étage de superstructure ne s'ajoute pas simplement à celle des étages inférieurs, mais est, dans certains cas, multipliée par elle. En résultat, la conscience politique de groupes qui, pendant longtemps, ont feint d'être les plus avancés, apparaît dans la période de transition comme un obstacle terrible au développement historique. Il est absolument hors de doute que les partis de la II^e Internationale placés actuellement à la tête du prolétariat, n'ayant pas osé, n'ayant pas su, n'ayant pas voulu prendre le pouvoir au moment le plus critique de l'histoire de l'humanité, ayant conduit le prolétariat à l'extermination mutuelle, ont été la force décisive de la contre-révolution.

Les forces puissantes de la production, ce facteur décisif du mouvement historique, étouffaient dans les superstructures sociales arriérées (propriété privée, État national), dans lesquelles l'évolution antérieure les avait enfermées. Grandies par le capitalisme, les forces de la production se heurtaient à tous les murs de l'État national et bourgeois, exigeant leur émancipation par l'organisation universelle de l'économie socialiste. L'inertie des groupements sociaux ; l'inertie des forces politiques qui se révélèrent incapables de détruire les vieux groupements de classes ; l'inertie, l'inintelligence et la trahison des partis socialistes dirigeants, assumant en fait la défense de la société bourgeoise, tout cela aboutit à la révolte spontanée, élémentaire, des forces productrices, sous les aspects de la guerre impérialiste. La technique humaine, le facteur le plus révolution-

naire de l'histoire, avec sa puissance accumulée pendant des décades, s'insurgea contre le conservatisme écœurant et la vile ineptie des Scheidemann, des Kautsky, des Renaudel, des Vandervelde, des Longuet, et, à l'aide de ses mitrailleuses, de ses dreadnoughts, de ses avions, déclencha contre la culture humaine un effroyable pogrom.

La cause des calamités que l'humanité traverse aujourd'hui réside donc précisément dans le fait que la puissance technique de l'homme était déjà mûre, depuis longtemps, pour l'économie socialiste, que le prolétariat occupait dans la production une situation qui assure sa dictature, tandis que les forces les plus conscientes de l'histoire — les partis et leurs leaders — étaient encore tout à fait sous le joug des vieux préjugés, et ne faisaient qu'entretenir la défiance des masses envers elles-mêmes. Kautsky le comprenait ces dernières années. « Le prolétariat, écrivait-il dans sa brochure *Le Chemin du Pouvoir*, s'est tellement affermi qu'il peut attendre avec calme la guerre qui vient. Il ne peut plus être question d'une révolution prématurée à l'heure où le prolétariat a extrait des fondements actuels de l'Etat toutes les forces qu'on pouvait en extraire et où leur transformation est devenue la condition de son élévation ultérieure ». Dès le moment où la croissance des forces productrices ayant dépassé les cadres de l'Etat national-bourgeois a ouvert pour l'humanité une ère de crises et de troubles, l'équilibre relatif de la conscience des masses, au cours de l'époque précédente, s'est trouvé rompu par de menaçantes secousses. La routine et l'inertie du train quotidien, l'hypnose de la légalité, ont déjà perdu tout leur pou-

voir sur le prolétariat. Mais il n'est pas encore entré consciemment et sans réserves dans la voie des luttes révolutionnaires ouvertes. Dans ses derniers moments d'équilibre instable, il hésite. A ce moment psychologique le rôle des sommets, du gouvernement d'une part et du parti révolutionnaire de l'autre, acquiert une signification colossale. Il suffit d'une impulsion décisive — de droite ou de gauche — pour donner au prolétariat — pour une période plus ou moins longue — telle ou telle orientation. Nous l'avons vu en 1914 quand la pression des gouvernements impérialistes et des partis social-patriotes unis rompit instantanément l'équilibre de la classe ouvrière et l'aiguilla sur la voie de l'impérialisme. Nous voyons ensuite comment les épreuves de la guerre, le contraste de ses résultats et de ses mots d'ordre primitifs, bouleversent les masses en les rendant toujours plus aptes à la révolte ouverte contre le capital. Dans ces conditions, l'existence d'un parti révolutionnaire se rendant exactement compte des forces dirigeantes de l'époque actuelle, comprenant la place exclusive occupée parmi elles par la classe révolutionnaire, connaissant ses ressources inépuisables, croyant en elle, sachant toute la puissance de la méthode révolutionnaire aux époques où tous les rapports sociaux sont instables, prêt à appliquer jusqu'au bout cette méthode, l'existence d'un tel parti constitue un facteur historique d'une portée inappréciable.

Au contraire, un parti socialiste bénéficiant d'une certaine influence traditionnelle, mais qui ne se rend pas compte de ce qui se passe autour de lui, qui, ne comprenant pas la situation révolutionnaire, ne peut en trouver la clef, qui n'a rien en soi, ni en le prolétariat, un parti de cette